7
BIBLIOTECA UNIVERSAL DE
MISTERIO Y TERROR

ediciones UVE

7
BIBLIOTECA UNIVERSAL DE
MISTERIO Y TERROR

Dirección y Selección:
José Antonio Valverde



Avda. Alfonso XIII, 118.
Teléfs. 413 54 94 y 413 55 43.
MADRID-16.

Director Editorial:
José Antonio Valverde.
Jefe de Redacción:
Luciano Valverde.
Ilustraciones:
Victoriano Briasco.
Diseño Gráfico:
Luis M. de Miguel y Paco Bravo.
Dpto. de Producción:
Santos Robles.
Asesores Especiales:
Pedro Montero y José León Cano.

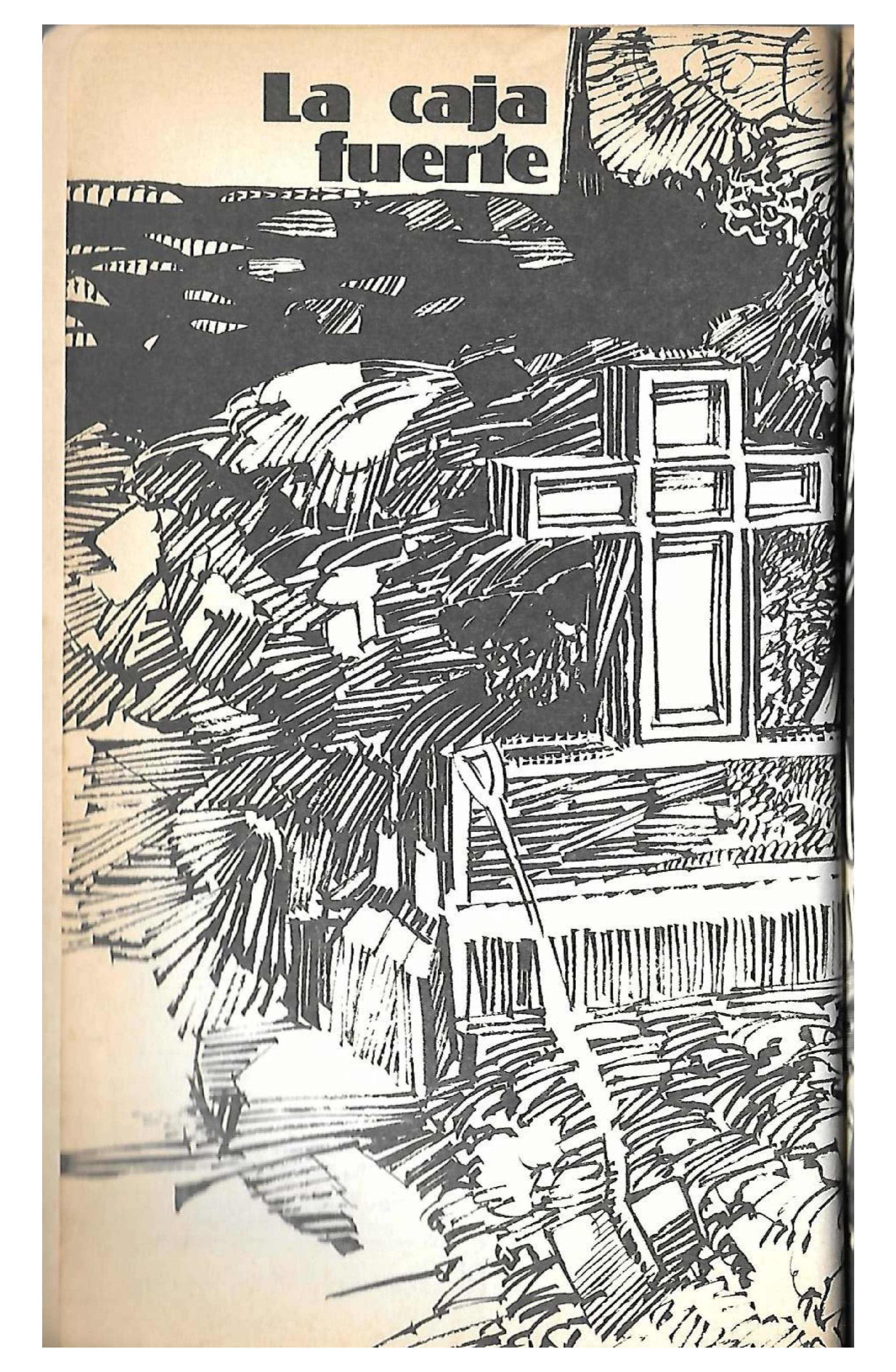
Imprime: HEROES, S. A.
Torrelara, 8.—Madrid-16.

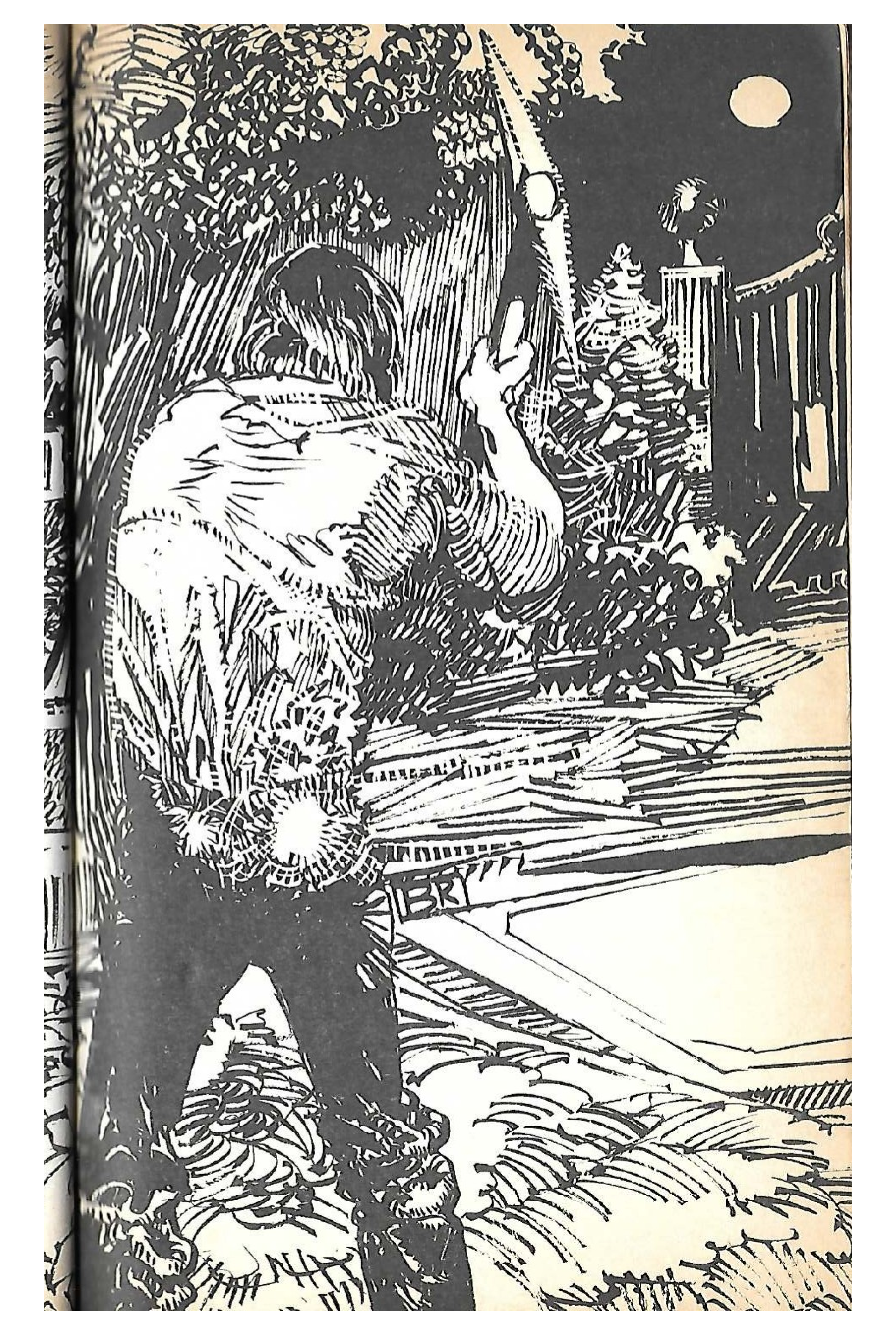
Depósito legal: M. 19.977-1981.
ISBN: 84-85609-79-4.
Distribuye: UVE Distribuciones.

Impreso en España - Printed in Spain.

SUMARIO

La caja fuerte

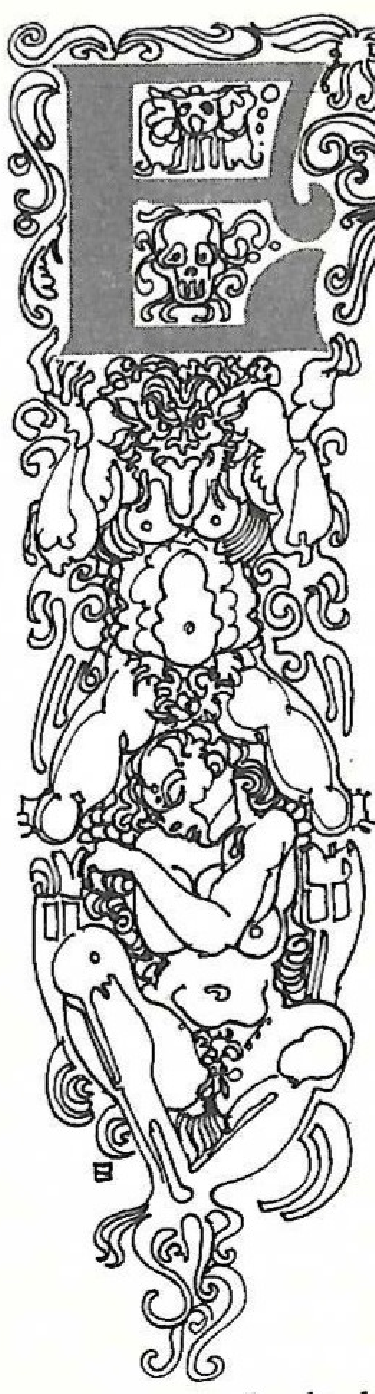



BR

La caja fuerte

José León Cano

La herencia era lo suficientemente cuantiosa como para vivir en la opulencia el resto de sus días. ¿Por qué, entonces, no respetar el último y extravagante deseo de su difunto benefactor?...



STA usted seguro?

—Completamente, señor. Es una caja York, de alta seguridad. Podría utilizar explosivos, pero aún así me temo que los resultados no iban a ser muy brillantes. La única forma de abrir esta cerradura es utilizando su propia llave.

Richard Collins despidió al cerrajero y se sirvió un whisky doble. Afortunadamente, el maldito tío Melvyn se había marchado de este mundo dejando las puertas del bar abiertas de par en par. Pero podía haber tenido, también, la consideración de dejar a su querido sobrino Richard la llave de la caja fuerte. Aquella excentricidad *post mortem* era típica de un tipo tan chiflado y avaricioso como su tío. Era una manera como otra cualquiera de envenenarle la herencia.

«Pero no te saldrás con la tuya, querido tío —pensó Richard mientras volvía a servirse un nuevo vaso de Chivas—, encontraré la llave aunque para ello tenga que revolver el apestoso cieno de tu tumba.»

Apuró el vaso de un trago y se dispuso a buscar la llave minuciosamente por todos los rincones de la

vieja mansión. El fervor de su búsqueda llegó al extremo de abrir uno a uno todos los volúmenes de la biblioteca con la esperanza de que estuviera entre las páginas de algún libro. La casa era lo bastante grande como para que la búsqueda se prolongase durante dos días. Los rincones de los armarios, los entresijos de la bodega, los baúles del desván asistieron impasibles a su frenética y baldía actividad. La llave no aparecía por parte alguna.

Siempre había odiado a su tío. Pero ahora, tres semanas después de que su cuerpo descansase en el pequeño cementerio familiar del jardín, le odiaba más que nunca. Le odiaba, ante todo, por el hecho de haberse casado, a los sesenta años, con aquella preciosidad de Molly, quien apenas acababa de cumplir entonces los veinte. Un tipo con muchísimo dinero podía permitirse esa clase de lujos, y no había derecho a que por la sola fuerza del dinero un anciano decrépito pudiera acostarse todas las noches con quien le diera la gana. Claro que entonces Richard era lo que se dice un joven apuesto, aunque sin un chelín en el bolsillo, y gozó doblemente seduciendo a Molly y poniéndole a su tío unos cuernos descomunales. Tiempos maravillosos aquéllos, porque Molly era en la cama una auténtica fiera, una de esas mujeres que saben mover las caderas con tan refinada malicia que le transportaban al paraíso todas las noches. Fue una pena que aquel inoportuno e impensable ataque al corazón acabase tan pronto con su vida. Pero, pensándolo bien, la pobre Molly tendría que acabar así, o suicidándose, después de dos años de aguantar al insoportable tío Melvyn, siempre tan solícito, tan melífluo, tan pegajosamente bueno que parecía idiota... Por supuesto, Richard estaba seguro de que su tío no llegó a sospechar nunca que Molly le ponía los cuernos precisamente con él, con su querido y único sobrino, Richard. Pero jamás se arrepintió de ello. Se los tenía bien merecidos. «En este mundo —reflexionó burlonamente— no se puede tener todo, tío Melvyn.

Dinero y felicidad conyugal era demasiado para ti.»

Sin embargo, la reflexión le sirvió de poco. Aquella era una historia pasada, y él lo que necesitaba ahora era abrir la caja fuerte. Se lo había dejado todo en el testamento, pero había en él un párrafo estúpido, muy propio de un viejo chocho y estúpido como Melvyn: «Algunas cosas secretas de mi propiedad me las reservo para siempre. No quisiera que nadie, movido por la avaricia, pudiera llegar a gozar de ellas». Estaba claro que con esa frase se refería al contenido de la caja fuerte. Y por eso la llave había desaparecido.

Pero por todos los diablos que acabaría encontrándola. Aunque para ello —se repitió— tuviera que revolver entre la podredumbre de su tío. Por supuesto, no era más que una frase hecha. Aunque, después de todo, ¿por qué no suponer que otra chifladura más del inefable tío Melvyn fuera enterrarse con la llave? Si eso fuera así, algo muy valioso tendría que contener la caja fuerte.

Al día siguiente despidió a los criados, concediéndoles una semana de vacaciones, y reanudó la búsqueda de la llave. Fue completamente inútil, aunque sirvió al menos para que la idea de que tal vez estuviera enterrada junto al cadáver le pareciese menos absurda. Tuvo que vencer no poca repugnancia hasta tomar la determinación de que un cuerpo putrefacto no sería obstáculo suficiente entre él y el sin duda valioso contenido de la caja fuerte. Esperó hasta que la noche pudiera ocultar sus movimientos, y cuando al fin llegó, salió de la vieja mansión provisto de una linterna, un pico y una pala.

La casa se levantaba sobre una colina, en medio de un inmenso jardín boscoso en muchas de sus partes. Había pertenecido a los Collins durante generaciones, familia que conservaba el privilegio raramente concedido a los nobles de poder enterrar a sus muertos dentro sus propiedades. En seguida llegó al pequeño cementerio, un simple conjunto de añosas lá-

pidas rodeadas de enormes cipreses, cuya majestuosa frondosidad se fundía con las primeras sombras. La lápida más reciente, de mármol blanco, llevaba una inscripción simple: «Melvyn Collins», y estaba colocada al lado de la de su segunda esposa, Molly Warden, encima de la cual se encontraba un ramo de rosas ya marchitas, sin duda la última ofrenda de su recientemente fallecido marido.

Richard colocó su linterna encendida encima de la tumba de Molly, de tal manera que el haz de luz incidiera directamente sobre el mármol que sepultaba al tío Melvyn, tras cerciorarse de que nadie sería testigo de lo que iba a hacer. Pero no era nada fácil, ni agradable levantar una tumba reciente. Los cipreses crujieron a sus espaldas y sintió un largo escalofrío. Trató de convencerse de que era motivado por lo mucho que había bajado la temperatura. Sacó una petaca del bolsillo y bebió un generoso trago de whisky, pero sólo a medias consiguió vencer el miedo irracional que le embargaba.

«Acabemos cuanto antes» —se dijo—, y con la ayuda del pico consiguió mover levemente la losa. «Maldito seas, Richard —volvió a decirse—, los muertos no pueden hacer daño a nadie», pero una gota de sudor frío se deslizó insidiosamente por su frente. Estaba atento al menor ruido, poseído por una temerosa atención. Por encima de todo trató de racionalizar su miedo asegurándose de que era simple precaución, ya que alguien, tal vez, podía ser testigo de sus reprobables manipulaciones, lo que no impedía que el sonido más insignificante acelerase peligrosamente los latidos de su corazón.

Cuando logró remover la losa casi por completo y percibió la masa oscura y húmeda de la tierra sepulcral, a punto estuvo de desistir. Fue como si reconociera, bien a su pesar, que siempre se había comportado con su tío como un canalla, que el bueno de Melvyn no se merecía tan infame profanación. El terror a los muertos, sin duda fruto de las espantosas leyendas escuchadas en la niñez, también estaba ac-

tuando en su ánimo como un freno poderoso. Recordó los terribles castigos que, según todas las mitologías, estaban reservados a los profanadores de tumbas. Melvyn le había dejado una cuantiosa herencia, más que suficiente para que no tuviera que preocuparse por el dinero durante el resto de su vida. ¿Por qué no respetar, entonces, el extravagante deseo del difunto y olvidarse de lo que pudiera contener la caja fuerte?

Pero cogió la pala y comenzó a remover la tierra. Al cabo de unas cuantas paletadas tuvo que enfrentarse a un olor nauseabundo, insoportable, y a la ominosa visión de los primeros gusanos. Pequeños seres blancos se escondían en la tierra retorciéndose con increíble celeridad. A la macilenta luz de la linterna eran como bruscos chispazos instantáneos, pronto absorbidos por la negrura de la tierra, cuyo hedor revulsivo ofendía cada vez más a sus entrañas.

La pala tocó al fin la tapa del ataúd. Fue un golpe sordo que hizo crujir la madera medio carcomida. Tuvo que bajar a la tumba para proseguir con su tarea, después de haber apoyado la linterna sobre la losa. La oscuridad de la noche y la podredumbre de la tierra se habían aliado para encoger de angustia su corazón, pero el deseo de apoderarse de la llave fue más fuerte que todo.

Gracias a eso logró quitar toda la tierra y dejar completamente al descubierto la tapa del ataúd. Jadeaba por el esfuerzo y eso le hacía respirar hasta el fondo de los pulmones el lóbrego perfume de la muerte. Aún vaciló por última vez antes de decidirse a abrir la tapa. Pero cuando al fin se decidió a hacerlo descubrió la existencia de una pequeña cerradura.

«¡Maldito tío Melvyn y sus malditas cerraduras!», casi gimió, rabioso, al comprobar la posible inutilidad de sus esfuerzos. Sin embargo, ya había llegado demasiado lejos para pensar en volver atrás, así que esgrimió el pico y descargó furiosamente varios golpes en la tapa, de tal manera que la punta afilada del instrumento horadó también la carne putrefacta, ha-

ciendo que salieran al exterior los densos humores de la corrupción. Pero a Richard, fuera de sí, ya nada podía detenerle, sino que siguió descargando golpes y más golpes hasta convertir la tapa en astillas. Fue así como apareció poco a poco, a la débil luz de una linterna ya parpadeante, el atroz espectáculo del cuerpo de Melvyn.

Y Richard, pese a la extremada agitación en que se encontraba, no pudo ser ajeno al horror que había desenterrado. Un rostro carcomido, tumefacto, cuyos ojos espantosamente intactos parecían brillar, mirándole, con un supremo gesto de desdén. El pico había deshecho la deforme hinchazón del vientre, sobre el que pululaba el execrable festín de multitud de gusanos diminutos. Y Richard tuvo que verlo, que olerlo, que tocarlo. Tuvo incluso que abrazarse al cadáver para darle la vuelta e inspeccionar así mejor sus partes menos accesibles.

Odió a sus manos cuando tuvieron que introducirse por los innumerables bolsillos del viejo. Primero, los cinco del pantalón; luego, los cuatro del chaleco; finalmente, los cinco de la chaqueta. Las yemas de sus dedos, a través de la ropa, tuvieron que sentir el asqueroso tacto de aquel cuerpo rebosante de muerte. Pero nada encontró.

«Aunque tenga que revolver tus entrañas, aunque tenga que inspeccionar una a una tus asquerosas tripas, acabarás entregándome la llave.» E inflamado por este infame pensamiento prosiguió su repugnante tarea. Tiró con fuerza de la camisa hasta desgarrarla, y eso hizo que la cabeza del muerto provocara un siniestro movimiento afirmativo. En el pecho tumefacto habían quedado ya al descubierto algunas costillas, pero sobre él brillaba también una cadena de plata, y de ella pendía una diminuta llave de acero.

«¡Por fin!» —exclamó Richard—, descargando con ese grito parte de su angustiosa tensión. Y entonces, a pesar del lugar donde se encontraba, empezó a sentirse magníficamente bien. Se había demostrado tener más riñones que nadie. Había logrado vencer el

ingenuo engaño de aquel pobre muerto, de la misma forma que le había engañado estando vivo. El tío Melvyn, con todos sus millones, no había sido más que un infeliz, y he aquí que su genial sobrino conseguía arrebatarle de su tumba su última posesión. Adiós para siempre pues, tío Melvyn, y que los gusanos te acompañen por toda la eternidad.

La segunda parte de su trabajo fue infinitamente más sencilla. Tiró con fuerza de la cadena y se apoderó de la llave. Al hacerlo, la cabeza del muerto giró hacia un lado y otro, como si compusiera un imposible gesto de negación. Era el último gesto de aquella carroña robada, ya que la tierra no tardó en cubrirla piadosamente mientras Richard, con la llave en el bolsillo, se afanaba dando virulentas paletadas, volviendo a colocar la losa en su sitio, y tratando de hacer desaparecer la menor huella de su ignominiosa acción.

Había consumido casi toda la noche en aquella macabra operación, pero el tiempo, ahora, le parecía que discurría muy despacio, tan embriagado estaba de su triunfo. Le sorprendió, por tanto, que comenzara a clarear cuando regresó a la casa. No se ocupó de bañarse o de cambiarse de ropa, pese al repugnante hedor de la que llevaba puesta. Dejó el pico y la pala en el pabellón del jardinero, de donde las había cogido, y subiendo de tres en tres los escalones llegó hasta la enorme biblioteca de tío Melvyn, en una de cuyas paredes, disimulada tras un pequeño Renoir, se encontraba la caja fuerte.

Colocó un sillón frente al cuadro y se sentó. Estaba extenuado, y pensó que disponía de todo el tiempo del mundo para abrir la caja fuerte cuando quisiera. Estaba impaciente por hacerlo, pero al mismo tiempo, una magnífica sensación de autocomplacencia le empujaba a alargar lo más posible aquella suprema felicidad en que se encontraba inmerso.

La pálida luz de la madrugada empezaba a filtrarse por los grandes ventanales. Eso le permitió contemplar el cuadrito, al que hasta entonces no había pres-

tado demasiada atención. Representaba a una joven campesina sentada en un prado, en medio de un verde lujurioso. Y tuvo entonces la evidencia de que el modelo —real o ficticio— de Renoir se parecía asombrosamente a Molly Warden. El mismo corte anguloso, pero dulce, de la cara, la misma boca lujuriosa, de labios abultados como fresas, la misma exuberancia dorada del cabello... «Tal vez por eso, porque se parecía a nuestra querida Molly Warden, compró este cuadro el pobre tío Melvyn», pero este pensamiento cruzó fugazmente por el exaltado cerebro de Richard, cuya mano blandía ya la pequeña llave y cuyo cuerpo, incorporado del sillón por un impulso repentino, se acercaba resueltamente hacia la caja fuerte, ardiendo de impaciencia por conocer al fin su contenido.

Atrajo hacia sí un extremo del cuadro y éste giró sobre sus ocultos goznes hasta dejar al descubierto la pequeña puerta blindada de la caja fuerte. Introdujo la llave en la cerradura, y al abrirse sonó un leve «clic» seguido de otros iguales a intervalos regulares.

Pero Richard, paralizado por el horror, no pudo prestar atención a esa leve sucesión de «clics» que evidenciaban la existencia de algún resorte mecánico. Porque lo que sus ojos contemplaron en el interior de la caja fuerte era tan insoportablemente insólito que la sangre se heló en sus venas: momificada, envuelta en un plástico del que sobresalían como matas de estopa los cabellos, con la boca abierta y los ojos abiertos, mirándole, estaba la cabeza cercenada de Molly Warden.

Los «clics» seguían sucediéndose, inexorables como los últimos momentos de un moribundo. Pero Richard, fascinado por el indecible horror de aquella mirada, apenas velada por el plástico, no se daba cuenta. Como tampoco advirtió, hasta pasados unos segundos de paralizadora angustia, que junto a aquel horrible trofeo había una carta. Incapaz de realizar movimiento alguno, le costó un esfuerzo inusitado alargar el brazo hasta alcanzar la carta, abrirla y co-

menzarla a leer. Y mientras tanto, los «clics» seguía sonando...

La carta estaba dirigida «A mi querido sobrino Richard Collins», y decía lo siguiente:

«Espero que lo hayas pasado bien mientras escudriñabas en mi cadáver. No es demasiado agradable, ¿verdad? Así te verás en seguida, querido. No creas que soy tan imbécil como te habías imaginado. Siempre supe lo tuyo con Molly, y no es cierto que muriera de un colapso. Yo la envenené y luego corté su cabeza. La muy puta se lo tenía más que merecido. Pero para ti he reservado un castigo mucho más refinado. En mi testamento te hago heredero universal, pero dejo que la avaricia te pierda e invento la trampa de la llave. De esta forma te obligo a que metas tus sucias manos en mi cuerpo corrompido, y luego te hago ver esta adorable cabeza para que no la olvides nunca, en los pocos segundos que te quedan. Porque tu perra vida, si no ha terminado ya, espero que acabe en el instante justo en que concluyas la lectura de esta carta...»

Y los deseos de tío Melvyn se vieron cumplidos a satisfacción, porque al llegar al último párrafo, exactamente como se había calculado, sonó el último «clic», y la pistola que estaba detrás de la cabeza momificada se disparó.

Mientras caía herido de muerte, Richard Collins se llevó la mano a la frente ensangrentada, y aún tuvo tiempo de pensar que, en efecto, el tío Melvyn no era tan idiota como a él siempre le había parecido.

Puerta condenada





Puerta condenada

Pedro Montero

—¿Los que están del otro lado?
—preguntó.
—Quiero decir que a la puerta
ni le va ni le viene que alguien
pase por ella. Los condenados
quedan, de esta parte o de la
otra, condenados a no traspasarla.

A Cris



CONFORME recorrían la casa, Arturo iba perdiendo las esperanzas de que aquel chalecito fuera a convertirse en su futuro hogar durante los próximos meses. Su ubicación era perfecta. Situado a menos de un kilómetro de la autopista, podía decirse que, si el tráfico lo permitía, no tardaría más de un cuarto de hora en acceder a la ciudad, y en otros quince minutos podría encontrarse ya en la oficina. Pero, lo que desde fuera le había parecido una modesta casa, resultó ser un interior costosamente amueblado con una distribución y una amplitud dignas de un pequeño palacete: un espacioso salón-comedor con chimenea, cinco dormitorios, dos cuartos de baño, sin contar otros dos servicios provistos de ducha, una cocina espléndida, y la habitación vacía.

—Esta habitación sin amueblar puede ser la solución para los días de lluvia —dijo Carolina—. Los niños podrían jugar aquí a sus anchas.

Arturo asintió sin decir palabra y recorrió con la vista las paredes de la amplia estancia. Por contraste con el resto de la casa, la pintura aparecía bastante descuidada, y grandes desconchones afeaban la parte

baja de los muros, a través de los cuales podían verse fragmentos de la antigua decoración.

—Mejor —afirmó Carolina cuando él se lo hizo notar—. Así no tendremos que preocuparnos por si los niños lo estropean jugando.

Al fondo de la estancia se ubicaba una puerta cuyas dos hojas estaban provistas de cristales esmerilados. Arturo se dirigió hacia ella e intentó abrirla, pero el pestillo se resistió a los primeros intentos. Un momento después, tiró de los pasadores que aseguraban una de las hojas al marco y la puerta cedió finalmente. Ante su vista apareció un imprevisto muro de ladrillo. La puerta estaba condenada.

—No está mal —observó él ante el comentario de su esposa, que encontró ventajoso el hecho de que la puerta estuviera cegada.

—Confieso que es la casa que más me agrada de todas las que llevamos vistas. No me hace mucha gracia vivir aislada en medio del campo —continuó diciendo Carolina—, pero tres meses pasan pronto.

—José Luis no ha hablado nunca de tres meses.

—Lo sé —declaró ella sonriente—, pero lo más probable es que le trasladen antes del verano. En julio, todo lo más. Entonces nos marcharemos a su piso.

—¿Imaginas el alquiler que van a pedir por esta casita?

—Tres meses... —respondió ella colgándose de su brazo—. Ahora viene el buen tiempo, y ese jardín sería una bendición para los niños.

—Creí haberte entendido que la habitación de los desconchones sería perfecta para los días de lluvia.

—Salgamos —repuso Carolina con el tono mimoso que empleaba cuando deseaba conseguir alguna cosa.

Miguel y Teresa correteaban por el descuidado jardín y se aproximaron a sus padres apenas aparecieron en el porche.

—¿Nos la quedamos, mamá?

—Eso tiene que decidirlo tu padre —declaró ella

procurando otorgar a su mentira visos de verosimilitud.

—¿Nos la quedamos? —insistió Miguel.

—Ya veremos —repuso el padre esforzándose por no sonreír en demasía.

Dieron la vuelta a la casa recorriendo el jardín, y al llegar a la parte trasera, Carolina declaró:

—Qué extraño...

—¿La puerta?

—Supuse que daba al jardín —añadió ella.

Como un complemento a la habitación de los desconchones, aparecía una construcción supletoria, una especie de cubo perfecto, sin ningún tipo de ventanas, y a la que únicamente debería de accederse por la puerta condenada. Aquella construcción era de una pureza de líneas tal que era muy difícil dilucidar si había sido erigida hacía mucho o poco tiempo, o si su construcción era anterior o posterior al resto del edificio.

Lo rodearon lentamente mientras los niños continuaban absortos en sus juegos y constataron que, según podía deducirse de aquella somera inspección, la única comunicación con el resto de la vivienda era la puerta condenada.

—Seguramente será un almacén donde habrán depositado muebles viejos; una especie de desván —comentó Arturo.

—¿Por qué entonces esa pared de ladrillos? —se interrogó Carolina.

—Ya viste con qué facilidad abrimos la puerta. Se trata de una simple precaución.

El fin de semana lo dedicaron a instalarse en el chalet. Para sorpresa del matrimonio, el alquiler no resultaba en extremo elevado. Los empleados de la agencia tampoco supieron dar ninguna razón acerca de la pieza que había tras la puerta clausurada y Arturo no quiso insistir. Al fin y al cabo había habitaciones de sobra.

Carolina cambió algunos muebles de sitio en el

salón-comedor e instaló el dormitorio de los niños en la planta superior, contiguo al del matrimonio. Las restantes alcobas las destinó para caso de invitados o alguna ocasional visita de la madre de Arturo. Repasó concienzudamente la cocina y se aseguró de que todos los aparatos electrodomésticos funcionaban a la perfección, especialmente la nevera. El relativo alejamiento de la ciudad la obligaría a hacer la compra una vez por semana, y no podía arriesgarse a un fallo en el refrigerador. Realizó una limpieza somera de todas las piezas de la casa, cosa que no le llevó excesivo tiempo dado que parecían haber sido recientemente aseadas, y dejó las tareas más ingratas para los primeros días de la semana, al fin y al cabo tiempo era lo que iba a sobrarle. Arturo se llevaría a los niños y los dejaría en el colegio, de paso para la oficina, y los recogería por la tarde. Mientras fregaba unos vasos se hizo el propósito de preguntar el precio de un automóvil de segunda mano. No se resignaba a quedarse incomunicada gran parte del día, especialmente cuando se vio desagradablemente sorprendida al comprobar que la casa no tenía teléfono, carencia con la que no había contado en absoluto.

El sábado por la noche, cuando ya había oscurecido, dio de merendar a los niños e hizo café para Arturo y para ella. El agradeció el sacrificio que para su esposa representaba aquel destierro temporal, y ella, entre bromas y veras, dejó bien sentado que si había accedido era en función exclusiva de que tal situación era provisional. Un hotel hubiera representado un gasto excesivo, sin contar con que no deseaba reducir a los niños al asfixiante espacio de una o dos habitaciones, por muy amplias que éstas fuesen.

Dejando a los niños y a Arturo contemplando una película de televisión, regresó a la cocina para ocuparse de los preparativos de la cena. Por más esfuerzos que hacía no lograba comprender el porqué de aquella absurda habitación a la que daba acceso la puerta cegada y, sin poder evitarlo, tomando un paño

del fogón con el que enjugarse las manos, abandonó la cocina y se dirigió a la habitación de los desconchones.

Realmente era un ámbito inhóspito y un tanto antipático. Los desconchones de las paredes hacían pensar inmediatamente en manchas de humedad procedentes de alguna cañería, pero aproximándose a ellos, Carolina advirtió que no había tal. El descascarillamiento se debería probablemente a una mezcla defectuosa en el enlucido de los muros.

Tocó con el dedo índice un ligero abultamiento del yeso, y al instante un gran fragmento del revestimiento se vino abajo deshaciéndose en mil pedazos al chocar contra el suelo. Carolina tuvo que apartar los pies para que la placa no se estrellara contra ellos. Bajo el enlucido, en el espacio que había quedado al descubierto, vio un fragmento de la antigua pintura. Se trataba de una cenefa de motivos geométricos, una especie de greca de dibujo repetido que parecía correr a lo largo del muro separando la parte superior de éste de un amplio zócalo de color más oscuro.

La puerta, que estaba formada por dos hojas, constaba de seis entrepaños en total, cuya madera había sido retirada y sustituida por cristales esmerilados rodeados por estrechos bastidores. El picaporte era dorado y brillante, y el pestillo debía de estar defectuoso a juzgar por la dificultad con que corría.

Recordando la maniobra efectuada por Arturo, tiró de los pasadores y las dos hojas de la puerta se abrieron sin ofrecer resistencia. Detrás se encontraba el muro de ladrillo que condenaba la puerta. Carolina pasó una mano por la rugosa superficie y la retiró al instante. Un cierto calor, una especie de confusa vibración, se transmitió a su palma y desde ella a todo el brazo de igual manera que si sus dedos hubieran tomado contacto con un cable de conducción eléctrica.

Tras examinar la palma de su mano y no hallar en ella nada anormal, volvió a cerrar la puerta de cristales, y abandonando la habitación de los desconchones

se dirigió de nuevo a la cocina, donde se lavó las manos.

Cuando el lunes por la mañana Arturo y los niños marcharon a la ciudad, Carolina se sintió mucho más sola de lo que había imaginado. Permaneció sentada durante cerca de una hora ante la mesa del desayuno sin decidirse a comenzar las tareas que tenía previsto realizar hasta que, finalmente, depositando en el fregadero las tazas y los cubiertos sucios salió al jardín.

El día se prometía espléndido. El cielo estaba completamente despejado, y a aquella temprana hora de la mañana una ligera brisa ondulaba el descuidado césped de los parterres, que necesitaban ser segados. Una manguera abandonada junto al muro de la casa invitaba a las plácidas labores de la jardinería.

Carolina comenzó regando los arriates de la parte delantera, y conectando la manguera a sucesivas bocas de riego fue dando la vuelta a la casa. Al ir acercándose a la construcción adosada a la habitación de los desconchones comprobó que a una distancia aproximada de un metro de sus muros no crecía la hierba ni ninguna otra especie vegetal. Los arriates se interrumpían en aquel punto y continuaban de nuevo al otro lado de la construcción cúbica como si ignoraran deliberadamente aquel añadido del chalet. Carolina se imaginó el interior de aquella singular edificación, pero tan sólo pudo concebir una profunda oscuridad. Puesto que la puerta condenada era su única comunicación con el exterior, ¿cuánto tiempo haría que aquel clausurado cuarto no había sido alumbrado por el más mínimo rayo de luz? ¿Qué gelidez y qué miasmas habrían ocupado el lugar del aire? ¿Habría crecido la hierba entre los intersticios que dejaban los baldosines fragmentándolos y sacándolos de su primitivo emplazamiento? ¿Habría en su interior multitud de muebles viejos o cachivaches inservibles acumulados anárquicamente, o, por el contrario, se trataría de una habitación absolutamente vacía?

Estaba terminando de fregar los servicios del desa-

yuno, cuando oyó un ruido procedente de la habitación de los desconchones. Nada más entrar en ella advirtió que un gran fragmento del revestimiento había caído al suelo deshaciéndose en minúsculos pedazos. Mientras barría los restos de yeso pensó si no merecería la pena raspar todos los muros y pintarlos de nuevo; no era cuestión de pasarse el día recogiendo migajas de enlucido.

Al levantar la vista, advirtió que el desconchón permitía contemplar una nueva sección de la primitiva decoración del cuarto. La greca, que ya había advertido días pasados, debía de dar la vuelta a lo largo de las cuatro paredes, mas, a pesar de que el reciente descortezamiento ampliaba otro ya existente, todavía no había suficiente espacio al descubierto para hacerse una idea precisa de qué es lo que representaban las pinturas que en otro tiempo habían ornamentado aquella pieza.

Por un momento estuvo tentada de introducir el dedo bajo el revestimiento y continuar por sí misma la obra de desmoronamiento del enlucido, pero se contuvo pensando que nada la acuciaba a contemplar aquella pintura. Tan sólo era cuestión de esperar a que el revestimiento se viniera abajo por sí mismo, lo contrario hubiera constituido una reacción infantil que la propia Carolina habría reprobado en sus hijos.

Lo que sí deseaba era contemplar el muro de ladrillo que cegaba la puerta de cristales.

Abrió de par en par las dos hojas y ante sus ojos apareció el tabique de panderete. Experimentó deseos de acariciar con su mano los ladrillos puestos de canto y unidos por una masa solidificada que rebosaba en algunos puntos formando gotas pétreas, pero contuvo sus impulsos recordando la inquietante sensación que había percibido la primera vez que acariciara la áspera superficie.

Mientras contemplaba el rojizo tabique, comenzó a oírse un zumbido, leve en un principio, pero que fue subiendo de tono. Los cristales esmerilados de la

puerta entraron en vibración en consonancia con aquel ronroneo, y Carolina pensó que el oscuro murmullo que comenzaba a ensordecerla era el prolegómeno de un temblor de tierra. Los cristales vibraron más furiosamente, y cuando ya amenazaban con hacerse añicos, cerró la puerta violentamente. Al instante cesaron el zumbido y la trepidación. Carolina advirtió que, como consecuencia de aquel temblor, un nuevo fragmento del revestimiento de los muros se había desplomado. Un tanto más tranquilizada, barrió los fragmentos y abandonó la habitación de los desconchones cerrando la puerta tras sí.

Cerca de las seis de la tarde vio aproximarse el coche. Se hallaba plácidamente sentada en una butaca del porche contemplando los campos cuando advirtió su llegada. Los dos niños descendieron corriendo del vehículo y entraron en tromba en la casa tras besarla apresuradamente. Arturo se sentó con ella y le preguntó si no se había sentido demasiado sola.

—Un poco —repuso ella no deseando lamentarse en exceso—. Con la cantidad de cosas que hay que hacer no tengo tiempo de aburrirme.

—Cuando todo esto esté en orden contrataremos a alguna muchacha de confianza para que se quede con los niños y saldremos algunas tardes —afirmó él—. No es justo que tú lleves la peor parte del traslado.

A continuación le comunicó las impresiones de aquel primer día de trabajo en la nueva sucursal y fue describiéndole a sus compañeros. Al oscurecer, una brisa fresca se levantó a ras de tierra y entraron en la casa.

—¿Podemos ir a jugar a la habitación de los desconchones, mamá? —preguntaron los niños—. Carolina estaba a punto de objetar algo respecto a la humedad y al frío, pero una ligera presión en su brazo seguida de una mirada significativa de Arturo la impulsaron a cambiar de opinión.

Desde la habitación de los desconchones llegaban las alegres risas de los niños. Arturo se aproximó a su

esposa, y pasando los brazos por detrás de su cuello depósito en sus labios un beso apasionado.

* * *

—¿Qué hay en la otra habitación? —preguntó Miguel sorbiendo aparatosamente su sopa.

—Come como es debido —repuso su madre.

—¿Qué hay? —insistió el niño.

—No lo sabemos —intervino Arturo—. Habrá muebles viejos o cosas así.

—¿Qué cosas así? —interrogó la niña.

—No nos interesa —respondió el padre—. Es un asunto privado de los dueños de la casa.

—¿Qué dueños?

—¡Al demonio! —exclamó Arturo.

—Por favor, Arturo —intervino Carolina experimentando un cierto escalofrío. Y dirigiéndose a sus hijos añadió—: Cuando han condenado la puerta es que no desean que nadie entre allí.

—¿A qué está condenada la puerta? —preguntó Miguel.

—A nada. Está cegada. Cuando una puerta o una ventana están tapiadas, igual que ésa, se dice que están condenadas.

—La puerta condenada al infierno... —musitó la niña con voz cavernosa, y los dos pequeños se echaron a reír.

—Ya basta —intervino Carolina con un tono más severo que el que convenía para aquella leve reprensión—. Terminad de cenar y a la cama.

Los dos niños ahogaron una carcajada traviesa y hundieron su nariz en el plato.

—Curioso —comentó Arturo mientras contemplaban la televisión, una vez que los niños se habían acostado.

—¿Qué resulta curioso?

—La expresión «puerta condenada» —añadió él—. Más bien debería decirse que los condenados somos

nosotros o los que estuvieran del otro lado de la puerta.

—¿Los que están del otro lado? —inquirió Carolina tensa.

—Quiero decir que a la puerta ni le va ni le viene que alguien pase por ella. Cuando se la tapia —continuó diciendo—, los condenados quedan, de esta parte o de la otra, condenados a no traspasarla.

—¿A qué viene esa disquisición? —preguntó Carolina visiblemente malhumorada.

—Lo siento. Una tontería —manifestó su esposo encendiendo un cigarrillo—. Condenado mechero —añadió al advertir que no funcionaba debidamente.

A media mañana tomó un descanso en las tareas domésticas y se sentó en el salón a fumar un cigarrillo. Mientras hojeaba distraídamente el periódico del día anterior oyó un ruido y comprendió que un nuevo fragmento de enlucido acababa de desprenderse en la habitación de los desconchones, pero no se inmutó. Se había hecho el propósito de no volver a entrar en aquel cuarto salvo en caso de estricta necesidad. Ya podía caerse la pared entera. (Un nuevo chasquido y otro pequeño desmoronamiento.)

A fin de olvidarse del asunto subió al piso superior y arregló la habitación de los niños. El desorden era absoluto. Los muchachos habían estado haciendo sus deberes colegiales la tarde anterior y, como de costumbre, no se habían molestado en volver a poner las cosas en su sitio.

Fue colocando los libros en sus lugares correspondientes y tirando papeles al cesto. Cuatro o cinco bolígrafos de distintos colores se hallaban distribuidos encima de la mesa desprovistos de sus correspondientes capuchones. Al fin consiguió dar con ellos y los guardó en el estuche de Teresa. Un gran diccionario yacía abierto sobre la mesilla de noche próxima a la cama de Miguel. Un instante antes de cerrarlo, Carolina pudo darse cuenta de que la palabra que encabezaba aquella página era: «condenado».

En aquel momento fue cuando escuchó una sonora carcajada que identificó como perteneciente a Miguel. Acto seguido se oyó la voz de la niña diciendo algo que Carolina no consiguió entender.

Extrañada por un regreso tan inopinado, descendió a la planta baja. El coche no estaba en la puerta. Ningún abrigo tirado por el suelo ni ninguna cartera abandonada sobre la mesa indicaba que los chicos hubieran vuelto.

—¿Miguel? —llamó, pero nadie respondió—. ¿Teresa? —insistió entrando en todas las habitaciones.

Nuevamente le llegaron las voces. Salió al comedor y pudo darse cuenta de que procedían de la habitación de los desconchones.

—¿Miguel? —repitió deseando ser oída, pero apenas si fue un susurro lo que escapó de su garganta.

Mientras recorría el pasillo que conducía a aquella habitación las voces se acallaron, y un segundo antes de que Carolina entrara en la estancia escuchó un siseo como si alguien solicitara silencio.

La habitación de los desconchones estaba completamente desierta. La ausencia de muebles hacía imposible que nadie pudiera ocultarse para pasar desapercibido, y la única ventana, que daba sobre el jardín, aparecía perfectamente cerrada. Súbitamente se oyó gran estrépito y Carolina se estremeció de pies a cabeza. Un gran fragmento de enlucido se había precipitado contra el suelo reduciéndose casi por completo a arena.

Pensando que el único escondite posible era el estrecho espacio existente entre la puerta de cristales y el muro de ladrillos que la cegaba se dirigió hacia ella, considerando que allí había sitio suficiente para que dos niños traviesos se ocultaran. Al comprobar que los dos pasadores y el pestillo estaban echados se detuvo confusa, pero en seguida los descorrió para descubrir tan sólo la rugosa superficie de los ladrillos.

No supo con certeza si la vibración de los cristales fue debida a un golpe que ella inadvertidamente había dado a las puertas o a la violencia con que las

había abierto. De todas formas, sin detenerse a averiguarlo, volvió a cerrarlas y abandonó con apresuramiento la habitación de los desconchones.

—¿Arturo? —llamó mientras cruzaba la cocina y penetraba en el salón, pero nadie respondió.

Salió al exterior y comenzó a dar la vuelta a la casa. Al llegar a la construcción aneja al cuarto de los desconchones, se distanció un poco más de los muros y continuó el recorrido. Ella era el único ser viviente en el chalet y sus alrededores.

No se atrevió a decir nada a Arturo acerca de la extraña experiencia temiendo inquietarle. Además, a aquellas alturas, ya se había convencido de que su imaginación le había jugado una mala pasada. La soledad, el aislamiento al que no estaba acostumbrada debían de haber sido los causantes de aquella alucinación.

Una vez que los niños hubieron realizado sus tareas escolares regresaron al comedor. Carolina escuchó desde la cocina que solicitaban el permiso de su padre para ir a jugar a la habitación de los desconchones. Retirando una sartén del fuego salió a la sala de estar.

—¿Dónde vais? —preguntó procurando aparentar naturalidad.

—Ya hemos terminado los deberes —repuso Miguel.

—Vamos a cenar dentro de un rato.

Los niños se disponían ya a abandonar el salón. La voz de Carolina sonó ligeramente alterada. Arturo levantó la vista del periódico.

—¿Dónde vais, he dicho? —repitió ella.

—A jugar a la habitación.

Carolina sintió la mirada de Arturo fija en su nuca y no se atrevió a formular una prohibición tajante.

—Hay mucha humedad y vais a coger un resfriado. ¿Por qué no me ayudáis a hacer la ensalada? —añadió sabiendo que a los niños les encantaba hacerlo.

—Pero mamá... —protestó Teresa.

—¿Cómo os lo voy a decir?

—Déjalos que corran un rato —terció Arturo. Yo puedo ayudarte.

—Oh, es lo mismo —comentó ella volviendo a la cocina.

Unos minutos más tarde se apercibió de que, ensimismada frente al fuego, había dejado quemar el aceite. Un espeso olor se extendió por toda la planta baja. La cabeza de Arturo asomó por la puerta de la cocina.

—¿Ocurre algo? —preguntó.

—Se ha quemado el aceite. Nada más —repuso ella sin mirarle.

A la hora del desayuno todo llevaba un cierto retraso en la casa. Carolina se había quedado dormida. Los niños habían tardado más de lo acostumbrado en ducharse y, para colmo, había tenido que cambiar sola la bombona de gas de la cocina por no interrumpir el aseo de Arturo. Casi deseaba que él le echara en cara aquella demora para provocar una discusión. Ignoraba la causa, pero aquella mañana se sentía especialmente nerviosa y susceptible. No veía el momento en que el coche se alejara camino de la ciudad. Temía que si no se encontraba sola acabaría por explotar de una vez por todas su mal humor que hasta entonces había conseguido dominar. El día en que se quedaba dormida no se despejaba completamente hasta media mañana, y hasta entonces era presa de un humor endiablado, por lo que prefería no enfrentarse con nadie. Arturo, que conocía aquel rasgo de su carácter, se hallaba sentado pacientemente a la espera del desayuno.

Cuando ella entró con la bandeja le vio silencioso contemplando uno de los cuadros colgado en la pared frontera. Teresa hacía recuento de sus lápices y cuadernos.

—¿Dónde está tu hermano? —preguntó Carolina.

—No sé —repuso la niña.

—Tengo que cuidarme de todo. ¡Miguel! —llamó. Fue sirviendo el café en las tazas empezando por la

de Arturo, que echó una ojeada a su reloj de pulsera.

—Lo sé, lo sé —manifestó ella—. Vais con retraso. ¡Miguel! —volvió a llamar—. Dónde se habrá metido esta criatura...

El niño había escuchado la llamada, y respondió desde algún lugar de la casa:

—¡En seguida voy!

—Pero, ¿qué hace ahora ese niño en la habitación de los desconchones? —se preguntó Carolina dirigiéndose en aquella dirección.

—Está arriba —dijo Arturo al verla salir.

Ella se detuvo en la puerta.

—Ha respondido desde esa habitación —aseguró irritada.

—Todavía está arriba.

Carolina enarcó las cejas en un gesto de escepticismo y se dirigió a la habitación de los desconchones. La estancia aparecía desierta. Nuevos fragmentos yacían por tierra. Cuando regresó al comedor los tres habían terminado de desayunar.

—¿Se puede saber dónde estabas? —preguntó.

—Se me había olvidado un cuaderno —repuso el niño disculpándose.

Ella hizo un gesto que a Arturo le pareció de resignación y se sentó en un sillón.

—¿No desayunas?

—Cuando os hayáis marchado —dijo ella—. Todavía estoy dormida.

Se despidió de ellos y contempló desde la ventana de la cocina cómo el coche se alejaba por la carretera camino de la autopista. De pronto se sintió deprimida y consideró que no iban a ser fáciles aquellos tres meses de destierro.

Mientras barría los fragmentos del revestimiento, se detuvo un instante y trató de adivinar qué era lo que representaban las pinturas semiocultas por la capa de yeso. Los huecos dejados por los sucesivos desprendimientos deberían permitir ya hacerse una idea de los motivos dibujados sobre las paredes, pero, a pesar de la amplitud de los desconchones,

sólo conseguía vislumbrar una serie de formas abstrusas y carentes de sentido. Muy cerca de la única ventana parecía adivinarse un torso de mujer, pero, al arrancar instintivamente una porción del ènlucido, a fin de contemplarlo en su integridad, comprobó que lo que en principio había tomado por un torso no era tal, sino algo mucho más complejo y deforme, cuyo contorno continuaba extendiéndose por debajo del revestimiento.

Junto a la puerta condenada aparecía dibujada la mitad de una mano de gran tamaño. Cuando arrojó al suelo otro fragmento, advirtió (algo le decía que iba a ser así) que lo que le había parecido parte de una mano, no tenía ninguna relación con aquel miembro. Solamente destruyendo una considerable porción del enlucido se podría haber hecho una idea más perfecta de lo que representaba aquel dibujo. Pero en aquel momento le pareció que algo se movía tras los cristales esmerilados de la puerta. Una sombra, una silueta deformada por la rugosidad de los cristales se había inmovilizado entre la puerta y el muro de ladrillo.

Abandonando la escoba, dio unos pasos apresuradamente hacia la salida, pero, considerando en un arranque de lucidez que nada podía haber tras la puerta, volvió sobre sus pasos y se situó frente a ella. Se abalanzó sobre los pasadores, y asiendo el pomo con determinación, la abrió de par en par. El tabique de ladrillos fue lo único que sus ojos pudieron contemplar, y a continuación, con más calma, volvió a cerrar la puerta y abandonó la habitación.

Una vez que terminó las tareas domésticas salió al jardín, y tomando la manguera se dedicó a regar los parterres, lo que le producía una sensación de placidez y tranquilidad extremas. Desde el extremo de la parcela podía contemplarse un sector de la autopista, distante poco más de un kilómetro, y aquel hormigueo de coches le resultó reconfortante. No estaba tan aislada como se había empeñado en creer. Bastaban diez minutos a pie para tomar contacto con la

civilización, si es que los automóviles podían ser considerados genuinos representantes de ésta.

Comió frugalmente, y a continuación contempló el programa de sobremesa de la televisión, que terminó por aburrirla. El desfile de rostros y la constante cháchara la impulsaron a desconectar el aparato.

Ya a media tarde subió al dormitorio para arreglarse. Todavía era consciente de que no es aconsejable descuidar en absoluto el aspecto físico. No consentía que Arturo se paseara por la casa en zapatillas enchancletadas ni con un jersey con las coderas gastadas. Para Carolina la confortabilidad no estaba reñida con la elegancia, y disfrutaba doblemente de una velada, aunque transcurriera en familia, sí gozaba de la agradable sensación de saberse atractiva y moderadamente elegante.

Sentada delante del tocador, oyó que el coche se detenía ante la puerta, y atusándose por última vez el cabello bajó a recibir a su familia.

—Carolina —oyó que Arturo llamaba.

—Ya estoy aquí —repuso descendiendo los últimos escalones—. ¿Dónde os habéis metido?

—Carolina —articuló de nuevo la voz de Arturo. Ella se sintió molesta al advertir que su marido estaba en la habitación de los desconchones.

—¿Qué haces ahí? —inquirió.

—Carolina.

Al abrir la puerta experimentó un escalofrío por todo su cuerpo. La habitación de los desconchones estaba desierta. Los fragmentos de incomprensibles pinturas parecían contemplarla con extraña ironía.

—¿Arturo? —lamó saliendo al comedor—. Ya basta de bromas estúpidas.

Salió al exterior, y desde el porche pudo contemplar que no había ningún vehículo estacionado ante la puerta. Permaneció confusa unos instantes hasta que unos alegres toques de claxon le hicieron volver a la realidad. El coche iba aproximándose al chalet por el camino de la autopista.

—¿Por qué esas bromas estúpidas? —preguntó cuando él abandonó el volante.

—¿No te ha hecho ilusión que te saludara con el claxon? —preguntó Arturo sonriente—. Carolina se dejó besar distraídamente, y a continuación entraron en la casa.

El sábado por la mañana hicieron planes para el fin de semana. Por la tarde irían de compras con los niños, y a última hora verían alguna película para todos los públicos. El domingo lo dedicarían íntegramente a conocer la ciudad, caminar por sus paseos, visitar el zoológico o el parque de atracciones.

La mañana era agradable. Carolina y Arturo se habían alejado de la casa mientras planeaban la pequeña excursión dominical. Los niños habían prometido ocuparse de regar el jardín, y sus voces alborozadas llegaban hasta ellos amortiguadas por la distancia. Arturo creyó percibir en la voz de Carolina un tono doliente que no supo a qué atribuir.

—Ha sido muy duro dejar una casa en la que hemos vivido durante muchos años, lo sé —comentó con la mirada perdida en el horizonte—, pero ésta era una ocasión única y tú pareciste comprenderlo así.

Carolina no respondió, y tomando una brizna de hierba la apretó entre sus labios.

—He pensado —continuó diciendo él— que podíamos tomar una asistenta algunas horas del día. Ya veré la forma de solucionar el problema del transporte.

Al llegar a una zona más elevada, desde donde se dominaba gran parte del terreno circundante, ella se sentó en una peña y contempló la casa empequeñecida por la distancia. Arturo se dio cuenta de que Carolina apenas si había abierto la boca para contestar con monosílabos a sus sugerencias. En realidad, era él quien había planeado todas las actividades del fin de semana.

—Volvamos —dijo finalmente.

La idea de un paseo por el campo no había resultado muy afortunada. Ahora comprendía que Carolina había aceptado sólo por complacerle. En realidad, ella debía de estar harta de contemplar aquel panorama durante toda la semana.

* * *

Una vez en la ciudad, Carolina pareció animarse. Entraron en todos los grandes almacenes. Merendaron en la terraza de una cafetería contemplando el ir y venir de las gentes y, por último, consultaron el periódico en busca de una película para todos los públicos.

Al salir del cine, los niños comentaban alborozados las incidencias de la película, y Carolina sonreía al verlos felices. Fue al abandonar la autopista e internarse en el camino que conducía hacia la casa cuando su rostro volvió a adoptar aquella expresión de tristeza que él había observado durante los últimos días.

El chalet tenía un aspecto algo sombrío recortado contra el fondo del cielo estrellado. La construcción supletoria semejaba una protuberancia incongruente que en nada favorecía la dudosa armonía que el conjunto presentaba a la luz de las estrellas. Arturo pensó que deberían haber dejado una luz encendida en el porche a fin de hacerse la ilusión de un recibimiento más acogedor por parte de la casa.

Carolina permaneció ligeramente retrasada cuando su marido y los niños entraron, y no se decidió a hacerlo hasta que las luces estuvieron encendidas. Miguel y Teresa se habían dirigido directamente a la habitación de los desconchones y alborotaban recordando escenas de la película. Carolina no tuvo fuerzas para mandarlos salir y subió directamente a desnudarse.

—¡Mamá! —gritaron los niños cuando Arturo les dijo que subieran a cambiarse—. Se ha caído otro trozo de la pared.

Ella escuchó sus voces desde el cuarto de baño

mientras hacía correr sobre su cuerpo el agua tibia de la ducha.

* * *

Algo había hecho desaparecer su fuerza de voluntad, y aunque se había prometido no entrar, salvo para efectuar la limpieza, penetró en la habitación de los desconchones y trató de adivinar qué extrañas representaciones se escondían bajo el enlucido de sus paredes. Lo deseaba y lo temía a la vez. De buena gana se hubiera abalanzado sobre los muros para arrancar presa de un incontenible frenesí todo el revestimiento. Por otra parte, algo le decía que era preferible dejar las cosas como estaban.

Examinando fragmentos cercanos o contiguos, trató de trazar líneas imaginarias para completar los dibujos. Allí podía suponerse una cabeza. El óvalo del rostro era perfectamente visible en uno de los desconchones, y siguiendo la lógica dirección de los trazos, éstos volvían a ser perceptibles medio metro más arriba conformando la representación imaginada por Carolina, pero cuando golpeaba con el puño propiciando el desprendimiento del estuco intermedio veía desvanecerse la ilusión que se había forjado. Aquello no tenía el mínimo parentesco con una cabeza, ni las líneas que ella había imaginado bajo el yeso seguían en absoluto la dirección que parecía más lógica.

¿Eran los pies de un niño aquello, cuya mayor parte se veía dibujada a la altura de la única ventana? Medio metro más arriba, la continuación del dibujo así parecía confirmarlo. Carolina hubiera puesto la mano en el fuego y apostado su cabeza a que la figura semioculta todavía representaba un muchacho de la edad de Miguel, aproximadamente.

Decidida a confirmar su hipótesis fue en busca de una silla, subiéndose a ella comenzó a raspar la pared entre los dos desconchones. Finalmente, después de que hubo despejado la zona intermedia, se alejó unos

metros para contemplar con adecuada perspectiva el dibujo. Experimentó asco, más que desilusión. Aquella representación no tenía nada que ver con lo que ella había supuesto, sino que, descontando el hecho de que su insólito perfil seguía siendo incompletamente visible, no había nada en el mundo que hubiera podido servir de modelo para que el autor de aquellos frescos lo hubiera plasmado allí. Era absolutamente imposible no sentir horror ante aquel incompleto fragmento de dibujo, pero, singularmente, Carolina intuía que había algo familiar en aquella incomprensible representación. Un cierto sentimiento de ternura se despertó en su corazón y asustada por aquella extraña sensación abandonó la estancia.

Apenas había salido de la habitación, cuando algo vibró tras la puerta condenada. Los cristales esmerilados comenzaron a temblar, y la ligera trepidación se extendió, igual que las ondas de un temblor de tierra, hasta alcanzar la zona que Carolina había estado observando en último lugar.

A impulsos de aquella débil vibración, el enlucido fue desprendiéndose en los alrededores de la ventana, y cuando una gran sección de yeso se vino abajo quedó casi completamente al descubierto la figura cuyos contornos había intentado definir Carolina.

Simultáneamente se fueron abriendo las dos hojas de la puerta condenada, y algo emergió a través del muro de ladrillos. Algo que se aproximó a la representación pictórica de la pared y la contempló con complacencia no exenta de cierto sentimiento que nosotros hubiéramos llamado vanidad. En verdad, el anónimo artista había plasmado con perfecta fidelidad sobre aquella parte del muro los indescriptibles perfiles del modelo que ahora se recreaba en su perfecta representación.

Inclinada sobre el fregadero, Carolina terminaba de limpizar las pilas. El continuado chorro de agua y la acción del detergente habían terminado por dejar la superficie de acero inoxidable tan pulida como la de un espejo.

Su pensamiento, no obstante, vagaba muy lejos de allí. Trataba de imaginar qué estarían haciendo Teresa y Miguel a aquellas horas en el colegio. La niña parecía más despierta y sociable, pero a Miguel le costaba más adaptarse a nuevos ambientes y conseguir amistades. Al evocar el relato que el niño le había hecho de sus nuevos profesores, no pudo evitar sonreír. Si hubiera tenido que hacer un retrato-robot de alguno de ellos, a partir de los datos que Miguel había ido proporcionándole, era seguro que el dibujo habría tenido cierto parentesco con... Y en aquel momento interrumpió sus divagaciones para no verse obligada a evocar lo que en la última media hora había estado tratando de olvidar.

Algo avanzaba por el pasillo en dirección a la cocina.

Si Carolina no hubiera puesto tanto empeño en abrillantar el metal de los grifos, y si el chorro de agua no hubiera producido un continuo rumor es posible que hubiera percibido un arrastrarse de quién sabe qué materia o forma que iba aproximándose a aquella habitación.

La puerta de la cocina se abrió, y algo fue aproximándose a Carolina que, de espaldas a la entrada, se afanaba en aclarar las pilas.

Cuando aquello se hubo aproximado lo suficiente, la mujer ahogó un grito de espanto. La superficie combada de acero inoxidable reflejaba una deforme presencia detenida a escasos centímetros de su cuerpo.

Asió con fuerza la esponja, y, de manera instintiva, la pasó por el acero de las pilas tratando de borrar aquella imagen que le recordaba las pinturas del cuarto de los desconchones. El agua corrió por la superficie difuminando los contornos de aquella visión, y entonces fue cuando escuchó una voz infantil que conocía muy bien.

—Mamá.

Se volvió lentamente y, temblando todavía, contempló a Miguel que sonreía detrás de ella. Experi-

mentó una sensación de vacío, y pensando que iba a desvanecerse, se dejó caer en uno de los taburetes esmaltados de blanco.

—¿Qué te pasa mamá?

Carolina se llevó la mano a la frente y cerró los ojos durante unos instantes tratando de dominar sus pensamientos. Cuando volvió a abrirlos, el niño permanecía frente a ella mirándola con curiosidad no exenta de cierta preocupación.

—¿Te encuentras mal?

Ella intentó hablar, pero las palabras quedaron atrapadas en su garganta. Finalmente balbució:

—P... pero, ¿qué haces tú aquí?

—Te estaba mirando —repuso el niño tranquilamente.

—¿Y tu padre?

Miguel permaneció mudo mirándola fijamente.

—¿Quién te ha traído? —exclamó Carolina sin poder contenerse.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó el niño esbozando un gesto que hubiera podido interpretarse como una mezcla de tristeza y de odio. Y antes de que Carolina hubiera podido reaccionar, el niño abandonó la cocina. Unos segundos más tarde oyó que un fragmento de yeso se derrumbaba en la habitación de los desconchones y corrió hacia allí.

—¡Miguel! —gritó al contemplar la estancia vacía. Pero nadie respondió a su llamada—. ¡Miguel! —repitió avanzando hacia la puerta condenada. El muro de ladrillos invitaba a acariciar su rugosa superficie. La extraña representación junto a la ventana parecía sonreír aún careciendo de labios y de rostro.

Cuando el coche enfiló el camino que desde la autopista conducía hasta el chalet, Arturo advirtió que alguien caminaba por los campos cercanos a la casa.

—¡Es mamá! —gritó alborozada Teresa.

—¡Mamá! —exclamó Miguel cuando su padre detuvo el vehículo a un par de cientos de metros antes de llegar al jardín.

Carolina, enfundada en un abrigo de pieles, paseaba con gesto abstraído por la vereda. Los niños descendieron del coche y corrieron hacia ella. Arturo bajó también y la besó en las mejillas.

—¿No hace demasiado fresco para pasear? —preguntó fijando su vista en el lívido rostro de su esposa—. Ella sonrió ausente y se colgó de su brazo mientras todos regresaban hacia el coche.

Mientras disponía la mesa para la cena consideró si debería hablar con Arturo acerca de sus alucinaciones, puesto que con toda seguridad se trataba de eso. No quería pasar por una demente si le preguntaba a bocajarro: «¿Habéis estado vosotros aquí esta mañana?», pero, sin poder evitarlo, fue precisamente aquello lo que salió de sus labios.

Arturo la miró ligeramente desconcertado.

—¿Cómo dices?

Carolina terminó de disponer los cubiertos. En aquellos momentos Miguel entraba en la habitación de los desconchones y contemplaba la pintura de la pared próxima a la ventana. De pronto, algo vibró tras la puerta condenada, y el niño se dirigió hacia allí. Tiró del pomo, y el muro de ladrillos le contempló ofreciéndole sus asperezas y rugosidades. Miguel pasó la mano por la rojiza superficie, y en aquel momento su brazo se hundió en los ladrillos, que cedieron igual que si sus poros se hubieran dilatado monstruosamente, y advirtió que su mano tanteaba en el vacío situado detrás de la puerta condenada. Después dio unos pasos y todo su cuerpo fue absorbido hacia el interior.

—¿Qué has dicho? —repitió Arturo.

—¿Dónde está Miguel? —fue la respuesta de Carolina.

Sin esperar la réplica se precipitó corriendo hacia la habitación de los desconchones. Arturo, desconcertado, la siguió.

El niño, con gesto complacido y las manos cruzadas a la espalda, contemplaba la representación pictórica próxima a la ventana.

—¿Qué haces aquí? —preguntó la madre con un tono histérico—. Miguel se volvió lentamente y clavó su mirada en los ojos de Carolina.

—Nada, mamá —se disculpó con gesto de inocencia—. Estaba mirando los dibujos.

—¡Te prohibo que entres más aquí! —gritó Carolina—. ¡Y a ti también! —dijo dirigiéndose a Teresa, que los había seguido.

—¿Por qué? —gimoteó el niño.

—Esas pinturas son... —titubeó Carolina— son repugnantes; repugnantes e incomprensibles —finalizó asqueada.

Arturo le miró desconcertado, y a continuación fijó su vista en la pared.

—Está bien. Todo el mundo a cenar —dijo en tono conciliador—. Subid en una carrera a lavaros las manos.

—¿Qué te pasa? —preguntó Arturo aprovechando que los niños habían subido a asearse.

—¿Es que no has visto ese dibujo?

—Claro que lo he visto. ¿Qué tiene de particular?

—Es nauseabundo.

—Es la antigua decoración de la pared —repuso Arturo con calma—. No sé que has visto en él. Se trata simplemente de unas pinturas.

—No quiero que mis hijos lo vean —comentó ella testaruda.

Arturo esbozó un gesto de fastidio y volvió a hablar intentando mostrarse calmado.

—Si te parece, vamos a procurar no enfrentarnos ni discutir delante de los niños.

—Eso es muy sencillo para ti, que te pasas el día fuera de casa —comenzó a decir ella.

Coincidiendo con la aparición de los niños en la escalera, se oyó el ruido de un pequeño derrumbamiento en el cuarto de los desconchones.

—¿Has oído? —preguntó alterada.

—Así me gusta —comentó Arturo sonriendo a los niños—. Ahora ya podemos sentarnos a la mesa y cenar. ¿Qué sorpresa nos habrá preparado mamá?

Cuando Carolina servía la sopa a su hijo, éste levantó la vista y la miró fijamente como si deseara intercambiar con ella una mirada de inteligencia. Luego miró hacia su hermana y sonrió.

—¡Qué asco! —exclamó Teresa—. ¡Hay una cucaracha en mi sopa!

El insecto era de un tamaño tal que apenas si cabía en la cuchara.

Carolina volvió la espalda y cerró los ojos. Arturo apagó la luz del cuarto de baño, y tras despojarse del batín, se introdujo en la cama. Poniendo una mano sobre el hombro de su esposa, preguntó:

—¿Qué te ocurre? —y como ella no respondiera, continuó diciendo—: Voy a iniciar gestiones para conseguir un piso en la ciudad. Creo que este aislamiento no te conviene. Yo tampoco me acostumbro a tanto ajetreo de idas y venidas —añadió con precauciones—: ¿Por qué dijiste antes que si habíamos estado aquí esta mañana?

—Estoy cansada —repuso Carolina con obcecación—. Eso es todo.

Teresa se revolvió inquieta en su cama. Una mano la zarandeó tomándola por los hombros.

—¿Qué quieres? —dijo abriendo los ojos a medias.

—Despierta, hermanita.

—Déjame dormir.

El niño volvió a zarandear a su hermana.

—¿Qué te pasa? —dijo finalmente sentándose en la cama.

—¿No oíste lo que dijo antes mamá?

Los ojos de Miguel, en los que se reflejaba la luz blanquecina de la luna, que inundaba desmayadamente la estancia, se fijaron con intensidad en los de su hermana.

—Ha dicho que esas pinturas son asquerosas y nauseabundas.

—¿Qué pinturas?

—Se ha caído un trozo muy grande de la pared, y se pueden ver unas cosas muy raras. ¿Vienes?

Miguel condujo a su hermana sigilosamente hasta el cuarto de los desconchones. La puerta crujió un instante al abrirse, y los dos niños penetraron en la estancia.

—Mira —dijo Miguel en un murmullo.

Teresa fijó sus ojos en una gran sección de la pared situada a la derecha de la ventana.

—¿Qué es eso? ¿Es nauseabundo?

—¿Te da miedo? —preguntó el muchacho.

—¿Qué es?

—Soy yo.

Teresa se aproximó más a la pintura. Al lado de la descomunal e incomprensible silueta, la figura de la niña parecía enormemente empequeñecida.

—¿Tú?

—¿Te parece nauseabundo?

Teresa no conocía exactamente el significado de tal palabra, pero comenzaba a sentir una sensación de vacío en la boca del estómago, algo así como si le hubiera sentado mal la cena.

—Fíjate bien —musitó el niño.

Sin que ella lo advirtiera, ensimismada como estaba en la contemplación de aquel enorme dibujo, Miguel fue retrocediendo en dirección a la puerta condenada. Tomó el pomo con decisión, y el muro de ladrillo rojo quedó al descubierto. Una sorda palpitación recorría la áspera superficie. Los cristales esmerilados comenzaron a vibrar, y emergiendo a través del tabique de ladrillo, atravesándolo como si fuera una blanda masa de mantequilla, surgió una mano infantil, y a continuación un brazo. Miguel sonrió perversamente; asiendo aquella mano tiró con fuerza de ella hasta que una criatura con bucles dorados y ojos cariñosos entró a través de la puerta condenada.

Tomados de la mano, los dos infantes fueron aproximándose con paso sigiloso, sonriéndose mutuamente de vez en cuando, hasta donde Teresa permanecía contemplando la abstrusa forma pintada en la

pared. Al llegar junto a ella, Miguel y la criatura recién llegada, poniendo una mano sobre la boca de Teresa, la sujetaron fuertemente por los brazos, y haciendo gala de una fuerza sobrehumana la arrastraron en volandas hasta las proximidades de la puerta condenada. Un momento después arrojaron a la niña contra el muro de ladrillos en el que el cuerpo de la muchacha se sumergió de igual forma que hubiera podido hacerlo en las aguas de un lago. A continuación cerraron cuidadosamente la puerta condenada, y esbozando una mueca que quería ser una sonrisa, las dos criaturas abandonaron la estancia; apenas lo habían hecho cuando, con gran estrépito, una gran sección del enlucido que cubría los muros se vino abajo dejando al descubierto un extraño y descomunal dibujo similar al que podía contemplarse junto a la ventana.

—¿Has oído eso? —preguntó Carolina incorporándose en el lecho.

Arturo encendió la lámpara de la mesilla y contempló a su esposa. Carolina tenía los ojos muy abiertos y la ligera inclinación de su cabeza denotaba que se encontraba a la escucha de algo.

—¿Qué ocurre?

—Me ha parecido que la niña lloraba.

Arturo permaneció silencioso unos instantes, y a continuación manifestó:

—¿No estarías soñando?

—Lo estaba —repuso Carolina—. Precisamente por eso he oído el llanto de la niña —añadió apartando las sábanas.

—Yo iré —se resignó Arturo, incapaz, no obstante, de impedir que ella le siguiera.

Una tranquila respiración era el indicio más evidente de que todo estaba en orden en el cuarto de los niños. De puntillas fueron acercándose a las camas gemelas. Miguel, cubierto hasta las cejas, dormía apaciblemente, y su hermana lucía una ligera sonrisa, como si estuviera soñando con algo agradable.

De nuevo en el lecho, Carolina recordó cierto pasaje de un libro que había leído en su infancia: cuando el señor y la señora Gentil entraron en el cuarto de los niños escucharon la tranquila respiración y dedujeron que sus retoños dormían apaciblemente. Cómo iba a ocurrírseles imaginar que los pequeños, prestos a iniciar una gran aventura, fingían a la perfección respirar rítmicamente, como en sueños, ocultos detrás de las cortinas de la ventana.

Cuando las criaturas volvieron a saberse solas, se incorporaron en sus respectivos lechos, y mirándose significativamente adoptaron, para sentirse más confortables, sus verdaderos perfiles.

* * *

Acuciado por la impaciencia, Arturo pisó a fondo el acelerador al tiempo que hacía girar repetidas veces la llave de contacto. Un rumor ahogado procedente del motor indicó que algo fallaba en determinado lugar del ingenio.

Los niños, sentados formalmente en el asiento trasero, con los relucientes cabellos recién peinados y sosteniendo sus carteras sobre las rodillas, observaban en silencio las maniobras de Arturo, que descendiendo del vehículo abrió el capó y sumergió su cabeza en las profundidades del motor. Minutos después volvió a cerrarlo violentamente.

—No hay nada que hacer —comentó dirigiéndose a Carolina que contemplaba la escena desde el porche—. Abajo, niños —añadió.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó la mujer.

—Caminar hasta la autopista y esperar que alguien se detenga. Una vez en la ciudad daré el aviso en algún taller de reparaciones. ¡Maldito trasto! —exclamó dando una patada en una rueda.

—No les hagas correr mucho —pidió ella fijándose en las descomunales carteras llenas de libros.

—Hoy se quedarán aquí —repuso Arturo—. No

puedo exponerme a que esperen una hora en la autopista con el tiempo que hace. Además, no es lo mismo llevar a una que a tres personas. Alguien me recogerá.

Los niños parecieron cruzar una mirada de inteligencia. Carolina se sintió en cierto modo amenazada e inquieta ignorando la razón de aquel singular sentimiento.

—Si viene pronto el de la grúa puedo pedirle que los acerque —dijo sin poder evitarlo.

Arturo la miró con extrañeza.

—No —respondió—. Es preferible que se queden. De paso te harán compañía.

Ya cerca de las doce, Carolina oyó el ruido del motor de un coche. Una camioneta provista de grúa se detuvo junto a la entrada y su conductor comenzó a efectuar las maniobras precisas para remolcar el vehículo averiado sin solicitar ningún permiso.

—Buenos días —saludó el hombre cuando ella apareció en el porche—. Creí que no había nadie.

Carolina le devolvió el saludo y dirigió su vista hacia la columna de humo que surgía por la chimenea.

—¿Sabe ya lo que le pasa? —preguntó por decir algo.

—En el taller lo veremos. ¿Está sola? —añadió el mecánico.

—No —repuso ella sin especificar quién la acompañaba.

—Bueno —comentó el hombre una vez que todo estuvo listo para el remolque—, si necesita algo dígamelo.

—Gracias —aseguró Carolina.

—Su marido me encargó que le dijera que, si se tarda más de un día en repararlo, alquilará un coche.

Ella afirmó con la cabeza en señal de asentimiento.

—¿Quiere tomar algo? —preguntó por mera cortesía.

El mecánico contempló la casa con cierto detenimiento, y a continuación respondió:

—Si tiene una cerveza en el refrigerador la aceptaría —comentó sin moverse del sitio en el que se encontraba.

—Desde luego. Pase —dijo Carolina.

—El caso es que... —pareció excusarse el mecánico— no quiero molestarla.

—No es ninguna molestia —añadió ella—. Entre.

—No, muchas gracias. Ya voy con retraso —señaló el empleado—. Gracias —repitió subiendo a la camioneta y saludándola con la mano puso en marcha el vehículo, que salió de los límites de la propiedad remolcando el coche averiado.

Carolina permaneció unos momentos en el porche y experimentó la sensación de que el mecánico había rehuido entrar en la casa. Luego, cuando se disponía a regresar al interior, levantó la vista hacia las ventanas del piso superior. Un par de cabecitas se apoyaba contra los cristales contemplando el alejarse de la grúa. Carolina sintió un escalofrío, y cruzando las manos sobre el pecho se frotó los brazos.

Los niños continuaban jugando en el piso de arriba y Carolina se esforzaba en preparar un postre especial en vista de que aquel día comerían en casa, pero a mitad de su tarea advirtió que no estaba poniendo demasiada ilusión en la confección de aquel plato extraordinario. En otras circunstancias se hubiera sentido contenta de estar acompañada por los pequeños, pero ahora parecía satisfecha de que estuvieran alejados de su vista. Se sentía infeliz, por otra parte, al experimentar tales sentimientos de vacío y ausencia de cariño, pero pensó que se trataba de una situación transitoria causada por la fatiga y los numerosos días de aislamiento a que había estado sometida.

Oyó pasos en el comedor y salió de la cocina después de reducir al mínimo la llama del gas. Miguel y Teresa cruzaban la estancia casi de puntillas.

—¿Dónde vais? —preguntó, aunque por la dirección que sus hijos llevaban hubiera intuido ya adónde se dirigían.

—A jugar en la habitación de los desconchones —respondieron al unísono.

—Ya os he dicho que no quiero que entréis más en esa habitación —manifestó tajante.

—Pero, ¿por qué? —gimoteó Teresa.

—Porque no —repuso Carolina sin ofrecer razones.

—¿Es por las pinturas nauseabundas? —preguntó Miguel con una cierta crueldad en su voz.

—Hay mucha humedad —argumentó la madre.

—¿No te gustan las pinturas? —inquirió la niña mirándola fijamente.

—Tienes que acostumbrarte a mirarlas —comentó Miguel dando un ligero codazo a su hermana.

—Ven con nosotros —pidió Teresa con una seriedad que hizo estremecerse a Carolina.

—Ven con nosotros —repitió el niño.

—¡Arriba ahora mismo! —gritó ella a punto de echarse a llorar.

Sin poder hacer nada por evitarlo, una gran congoja inundaba su alma. Los muchachos permanecieron silenciosos y después intercambiaron una mirada no exenta de complicidad.

Carolina experimentó un gélido temor que obstruía su garganta. Finalmente consiguió articular con voz ahogada la misma orden:

—Arriba ahora mismo.

Pensó que se estaba volviendo loca, pero, por encima de todo, no estaba dispuesta a compartir la comida con los niños. Decidió almorzar en la cocina; sin detenerse a considerarlo más puso la mesa en el salón y sirvió allí la comida para los pequeños.

—¡A comer! —dijo sin estar segura de haber sido oída debido a lo ahogado de sus palabras.

Se sentó junto a la mesa de la cocina y comió sin ganas unas cucharadas de sopa. De pronto escuchó un rumor como si algo lento y pesado se arrastrase escaleras abajo. El entarimado del salón crujió bajo un peso considerable, y luego se escucharon unos so-

nidos como los que produce al comer una piara de cerdos.

Permaneció arrinconada sujetándose la cabeza con las manos; cuando ya no pudo más abrió violentamente la puerta oscilante de la cocina y salió al comedor. Sentados ante la mesa se hallaban Miguel y Teresa, que acababan de dar fin al almuerzo. El aspecto formal de los niños contrastaba con el espantoso desorden en que estaba sumida la estancia.

Por el suelo yacían platos y cubiertos, y toda la superficie de la alfombra estaba sembrada de restos de comida. La jarra del agua aparecía rota y su contenido derramado sobre un sillón. El hermoso pastel que Carolina había preparado había sido arrojado contra una de las paredes y yacía en el suelo reducido a un amasijo informe.

—Pero... ¿qué...? —balbució Carolina.

—Vendrás a jugar con nosotros a la habitación de los desconchones —musitó Miguel con gélida determinación.

* * *

Arturo salió de la cocina con cara de circunstancias, y dirigiéndose a los niños declaró:

—Vuestra madre —y aquí se interrumpió un instante creyendo ver una sonrisa en el rostro de los niños—, vuestra madre —repitió— me ha informado de lo mal que os habéis portado. En consecuencia, esta noche no veréis el programa de televisión, y el domingo os quedaréis sin ir al cine.

—Pero papá... —se quejaron los pequeños.

—¿No os da vergüenza?

—Nos aburrimos mucho...

—¿Y eso es excusa para organizar semejante maremágnum?

—¿Qué es un maremágnum? —preguntó Teresa con rostro angelical.

Arturo tuvo que hacer un esfuerzo por no sonreír.

—Ya me habéis oído. Ahora a la cama.

—¿Podemos jugar un rato? —preguntó Miguel.

—En cuanto encienda la televisión os quiero ver en la cama —dijo Arturo.

—¿Dónde están? —preguntó Carolina cuando él regresó a la cocina.

—Han ido a jugar un rato a la habitación.

—Te lo ruego, Arturo —pidió ella—, no les dejes entrar allí.

—No entiendo a qué viene esa obsesión —replicó el hombre.

—Te lo ruego —repitió ella retorciéndose las manos.

—Está bien.

Cuando Arturo entró en la habitación de los desconchones vio que se había desprendido otro gran fragmento de enlucido. Aproximándose a la pared, examinó lo que había quedado al descubierto y, extrañamente, se notó complacido al contemplar aquella nueva sección de pintura. Los dos niños se encontraban uno a cada lado de la puerta condenada y le miraban exhibiendo una cierta sonrisa.

—¿Te parece nauseabundo? —preguntaron al unísono.

Arturo miró de nuevo la pintura y experimentó un sentimiento mezcla de repulsión y autocomplacencia.

—Ven, papá —dijeron los niños.

Arturo volvió la vista hacia ellos. El muro de ladrillos que condenaba la puerta parecía más rojizo que nunca.

—Ven.

Caminó lentamente hasta donde se encontraban los niños, que le tomaron de la mano cuando llegó a su altura. Desde la cocina, Carolina escuchó un gran estrépito e imaginó que un considerable fragmento de enlucido había caído al suelo.

Al poco rato oyó el sonido de la televisión, y suponiendo que los niños se habían acostado ya, salió al comedor. Arturo se hallaba sentado en medio del sofá y rodeaba con sus brazos a los niños, que se

encontraban uno a cada lado. Los tres parecían entusiasmados con el programa que se estaba emitiendo.

Carolina optó por mantenerse en silencio y no organizar una escena delante de los niños. Tomó una silla y se sentó un poco apartada del trío, que parecía haberse confabulado para no dejar ninguna plaza libre en el sofá. Se sentía aislada, y notaba que una cierta corriente, de la que no participaba, fluía entre padre e hijos.

En el descanso, los niños salieron en dirección a la habitación de los desconchones, y ella quiso comentar con su marido lo inadecuado de perdonar un castigo impuesto con severidad, pero, al ver que no ponía objeciones a que los pequeños volvieran a entrar en aquel cuarto, colocó la silla en su sitio y subió a acostarse.

Mientras se desnudaba sintió que un odio sordo contra Arturo iba abriéndose paso en su alma. No solamente había perdonado el castigo a los niños desautorizándola, sino que la había hecho sentirse separada de ellos. Ahora se recriminaba el no haber subido directamente al dormitorio en lugar de haber permanecido sentada en aquella silla durante más de media hora. Finalmente, un momento antes de introducirse en el lecho, se aproximó a la puerta y echó el pestillo. Al fin y al cabo, había varios dormitorios más.

Permaneció despierta durante varias horas a la espera de que Arturo intentara entrar y se encontrara con la puerta cerrada. Deseaba concederse aquella pequeña satisfacción, pero transcurrió el tiempo y nadie se aproximaba al dormitorio.

Un ruido la desveló. Echó una ojeada al reloj despertador y comprobó que señalaba las cuatro y media. Se había quedado dormida durante cerca de dos horas. Aquel inquietante sonido fue aumentando. Era como si algo voluminoso y pesado se arrastrara escaleras arriba haciendo crujir la madera de los escalones. A la vez podía oírse un resollar fatigoso como el

que produce una persona gruesa cuando se ve obligada a subir dos o tres pisos sin descansar.

Se incorporó en el lecho y permaneció atenta a los rumores, que parecían ir acercándose al dormitorio. Finalmente, el pomo de la puerta giró sobre sí mismo varias veces. La voz de Arturo, extrañamente distorsionada, llegó hasta ella.

—Carolina.

El intentaba abrir la puerta y forcejeó violentamente.

—Carolina, ábreme.

Algo le decía que no debía acceder a la petición de Arturo, pero, a pesar de sus propósitos, no pudo impedirse dirigirle la palabra.

—Quiero verte. Los niños también quieren verte.

—¿Quién...? —comenzó a decir ella al extrañar el metal de voz.

—Abre la puerta.

—¿Arturo? —preguntó.

—Abreme.

—¿Arturo? —repitió con un hilo de voz.

Hubo un largo silencio, después se oyó un arrastrarse de algo pesado e informe. La escalera crujió bajo el peso de aquella masa.

Al cabo de algunas horas le rindió el sueño. Cuando se despertó la luz del sol entraba a raudales por la ventana. Miró el reloj y vio que eran cerca de las diez. Arturo y los niños se habrían marchado hacía ya dos horas.

Al asomarse a la escalera advirtió con sorpresa que su marido y los niños permanecían sentados silenciosamente ante la mesa del comedor. Ajustándose la bata, descendió lentamente y fue aproximándose a ellos, que no hicieron ningún movimiento revelador de que hubieran advertido su presencia.

—Buenos días —dijo intentando mostrarse natural.

Los tres levantaron el rostro y la miraron fijamente sin decir palabra.

—Lamento... —comenzó a decir pero se interrumpió pensando que no resultaría conveniente pedirle excu-

sas delante de los niños. Ellos continuaban contemplándola con extrema fijeza.

Tomó una silla y se sentó un poco apartada. Se sentía revuelta y con deseos de vomitar.

—Siento no haber preparado el desayuno. Por un momento pensó que era sábado al verlos allí reunidos a aquella hora. Finalmente, el niño habló:

—¿Vienes a jugar con nosotros a la habitación de los desconchones? —dijo.

Carolina creyó que iba a vomitar de un momento a otro.

—¿Vienes? —preguntó Teresa—. Los dos se levantaron al unísono y abandonaron el comedor.

—Lamento lo de anoche —dijo ella cuando los muchachos se ausentaron—. Hizo un movimiento en dirección a Arturo, pero se contuvo sin saber por qué.

—¿Vienes a la habitación de los desconchones? —preguntó éste de súbito.

—No comprendo... —comenzó Carolina.

—¿Vienes?

—No pienso entrar más en esa habitación —repuso.

Arturo se levantó de la mesa, y con paso torpe abandonó el comedor.

Carolina hundió el rostro entre sus manos y sollozó amargamente. Por un momento pensó en tomar el coche y marcharse a la ciudad, pero luego recordó que estaba en el taller de reparaciones. De pronto escuchó ruido de platos procedente de la cocina y comprendió que había una quinta persona en la casa. El rumor del agua en el fregadero y el entrechocar de la vajilla le indicaron que alguien se estaba ocupando de las tareas domésticas. ¿Habría contratado Arturo a la asistenta?

Se levantó de la silla en la que se encontraba sentada, y poco a poco, con una precaución aparentemente innecesaria, se fue aproximando a la cocina. El entrechocar de platos llegaba hasta ella más claramente, y le pareció que quien los fregaba estaba can-

turreando. Puso su mano sobre la madera de la puerta y al instante cesaron todos los sonidos.

Muy lentamente fue abriendo la puerta; cuando hubo suficiente espacio pudo ver una silueta de mujer inclinada sobre el fregadero y perfectamente inmóvil. Cuando Carolina abrió la puerta por completo, la mujer del fregadero comenzó a volverse, y a medida que iba girando, Carolina sintió que un pavor sin límites se apoderaba de ella. Quien ahora la miraba fijamente con una ligera sonrisa en los labios era una réplica exacta de sí misma, algo así como si estuviera contemplando su imagen en un espejo.

La mujer avanzó un paso hacia ella y tendió una mano que sostenía un chorreante estropajo. Sintiéndose morir, pensando que acababa de perder el juicio, Carolina abandonó la cocina y dando alaridos se precipitó en la habitación de los desconchones en busca de Arturo y los niños.

Tres deformes seres, tres masas viscosas y agusanadas la contemplaron desde el fondo de la habitación. Tres réplicas exactas de los monstruosos seres que, finalmente, habían quedado por completo visibles dibujados sobre los muros de la estancia. Tan sólo una de las paredes permanecía cubierta por la capa de enlucido.

Horrorizada, intentó retroceder, pero desde el fondo del pasillo caminaba hacia ella su propia imagen, que conforme iba acercándose sufría una horrorosa transformación que la asemejaba a las criaturas que la miraban desde el fondo de la habitación de los desconchones.

Mientras permanecía petrificada por el horror, la puerta condenada fue abriéndose, y el muro de ladrillo rojo comenzó a vibrar palpitando como un corazón ensangrentado. Las criaturas iniciaron unos movimientos reptantes hacia ella, que incapaz de mover un solo músculo permaneció junto a la entrada como si se hubiera transformado en una estatua de piedra.

Cuando los extraños seres llegaron hasta donde Carolina se encontraba la sujetaron por los brazos, y

comenzaron a empujarla hacia la puerta condenada. Ella, entonces, se debatió violentamente y gritó con desesperación, pero todo fue inútil. Los cristales esmerilados vibraban furiosamente, toda la estancia parecía presa de un paroxismo. Unos momentos después, Carolina fue arrojada contra el muro de ladrillo que absorbió su cuerpo de igual forma que lo hubieran hecho las aguas de un lago. En aquel mismo instante se escuchó un fuerte estrépito, y todo el enlucido de la última pared de los desconchones se vino abajo dejando ver una cuarta silueta incomprensible y monstruosa. Después, la vibración fue cesando, y la puerta condenada se cerró lentamente.

Las cuatro indescriptibles criaturas fueron perdiendo sus pavorosos perfiles, y al cabo de unos instantes un hombre, una mujer y dos niños contemplaban ensimismados los muros de la habitación de los desconchones.

* * *

—Lamentamos mucho las molestias —dijo la mujer pelirroja—, pero antes de decidirnos deseábamos ver la casa por dentro.

—Es lógico —repuso la que se hacía llamar Carolina.

—¿Y esta habitación vacía? —preguntó el marido de la pelirroja.

—Aquí podrán jugar los niños —comentó sonriente ella.

—¿A dónde da esa puerta? —quiso saber la futura inquilina.

—Está condenada —explicó el que se hacía llamar Arturo.

—Bien, bien —comentó la pelirroja, que experimentó deseos de acariciar la superficie rugosa de ladrillo—. El enlucido parece en muy mal estado; no me extrañaría que empezara a caerse en el momento menos pensado.

Como respuesta a sus palabras, un pequeño frag-

mento del revestimiento se vino abajo reduciéndose a fina arenilla al chocar contra el suelo.

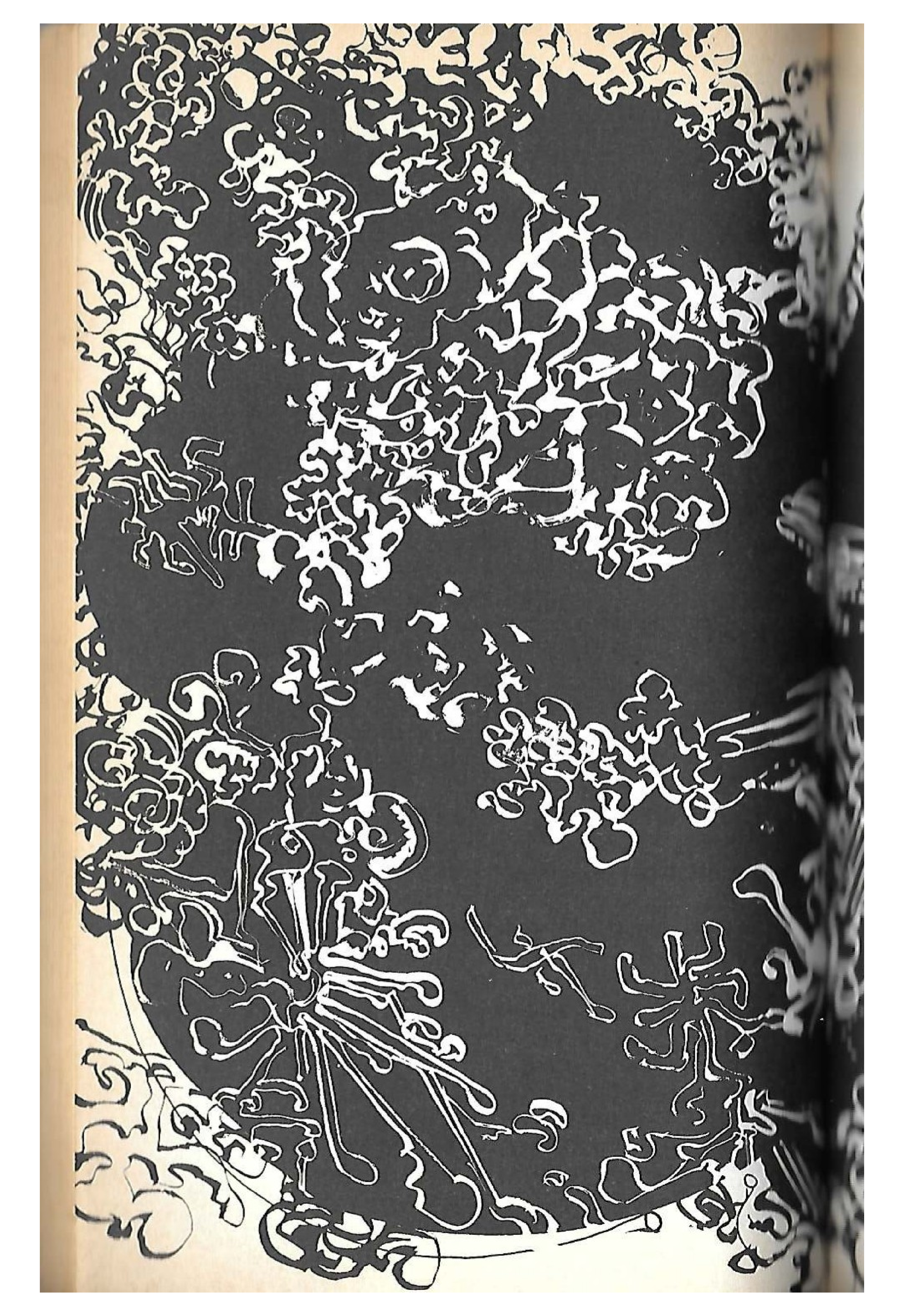
—Esto parece la pintura anterior de las paredes —declaró el marido de la pelirroja arañando el enlucido.

—No quisiera parecer entrometida —dijo la pelirroja—, pero, ¿se marcharán ustedes pronto?

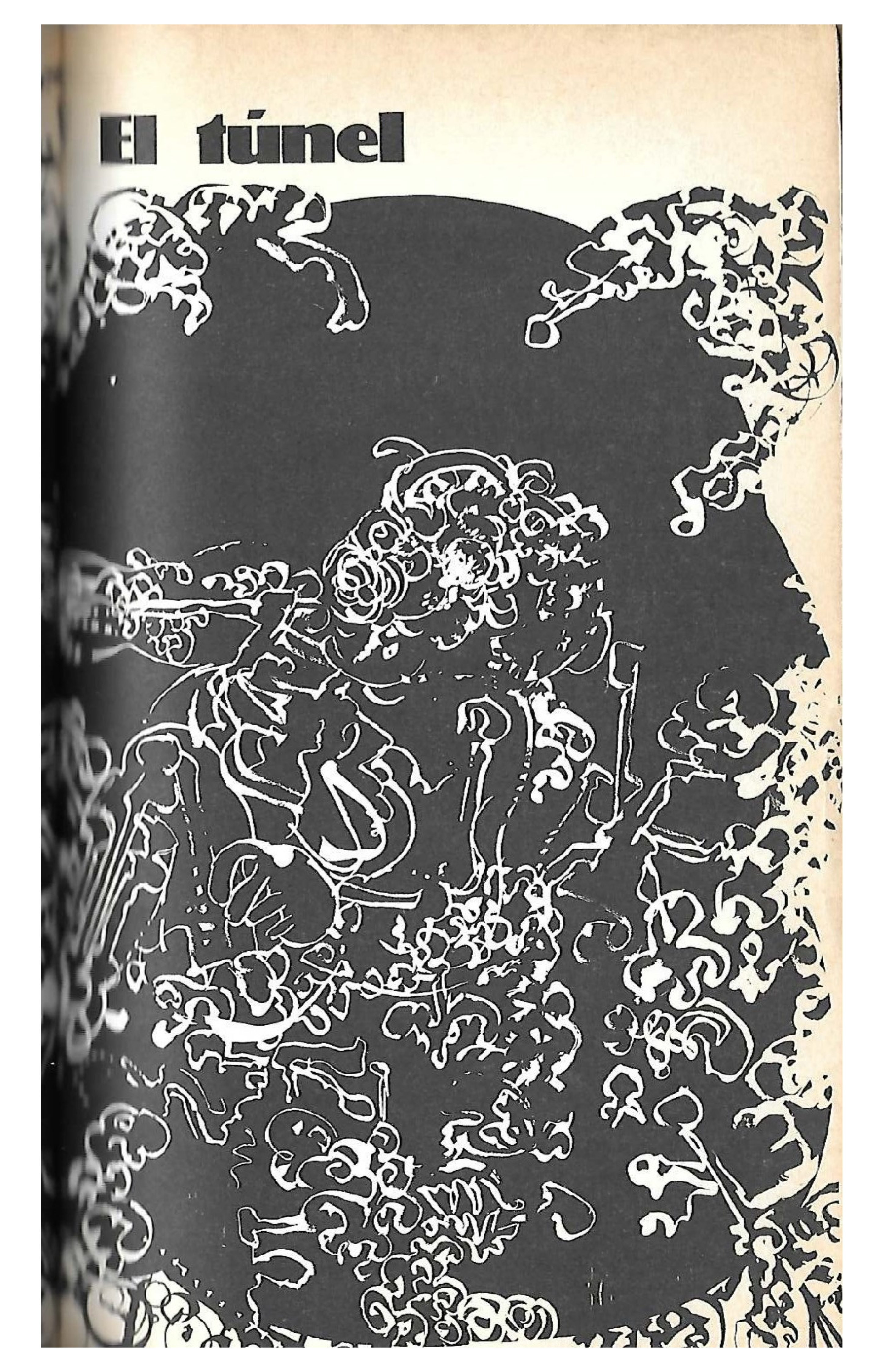
—Esta misma tarde. Ya hemos estado suficientemente enclaustrados en esta propiedad, y al fin hemos conseguido una oportunidad para salir de aquí —respondió el que se hacía llamar Arturo—. Mañana mismo podrán ocupar la casa.

—Bien, bien —repitió la pelirroja contemplando el rugoso muro de ladrillo que condenaba la puerta—. Me gusta. Presiento que estaremos aquí durante mucho tiempo.

—Estoy segura de ello —manifestó la que se hacía llamar Carolina mirando fijamente a quien se hacía llamar Arturo.



El túnel



El túnel

Luis C. González del Pozo

Envuelto en una desoladora oscuridad tenía la asfixiante sospecha de encontrarse atrapado en un angosto pasadizo... Pero lo más terrible de todo es que no guardaba memoria de su identidad ni sabía nada acerca del futuro que le aguardaba.



UÁNTO tiempo llevo aquí?

¿Cuántas veces he pasado de la lucidez al desvanecimiento? ¿Puedo, siquiera, creer que estoy despierto o soy un personaje más de mi propia pesadilla?

Estoy recorriendo de nuevo el camino entre el terror y el abatimiento. Las horas, los minutos, tal vez los años, apenas son ya palabras. Y en medio de esta oscuridad, no tiene sentido pensar en días o noches...

¡Resulta tan difícil recordar! Mi cabeza parece a punto de reventar. El dolor es tan continuo, que se ha hecho soportable, la única prueba de que continúo vivo.

¡He de luchar! No quiero perderme una vez más. Los últimos períodos de consciencia fueron tan breves... ¿Cuántos instantes mantendré el dominio de mis pensamientos? Si me duermo, ¿seré capaz de despertar?

¡Por favor, por todos los Cielos, que no vuelvan a desvanecerse mis ideas!

Lo primero, serenar los nervios. Poco o mucho, el tiempo es precioso. Necesito relajarme. Es fundamental la tranquilidad, el dominio de mí mismo.

Los párpados... ¿Por qué tengo tan apretados los párpados?

¿Acaso es de noche, tan sólo porque no puedo abrir los ojos?

Me duelen los ojos. Si concentrara mi voluntad, toda mi voluntad en ellos, siquiera sea un instante...

Estoy comprimido, encajonado en un espacio tan pequeño... Paredes, nada más que paredes a mi alrededor...

¿Paredes?

¡No!

¡Dios mío! ¡No es posible! ¡No, por favor! ¡No! ¡No!

¡Calma! ¡Calma!

Calma...

Los ojos... sólo he de mover dos pedacitos de piel que los mantienen tapados. Durante años, han subido y bajado miles de veces. Involuntariamente. No tiene que ser difícil...

¡Esas paredes que comprimen mi cuerpo!

¡No quiero pensar en mi cuerpo! Los ojos, sólo los ojos... He de empujar los párpados hacia arriba...

Ya se mueven... ¡Qué duro resulta! Apenas me quedan fuerzas...

¡Un poco más! ¡Un poco más! Los he abierto...

¡No veo nada! ¡No consigo ver nada!

Estoy a oscuras. Completamente a oscuras.

Por más que trata de engañarme, de pensar en otra cosa, hay algo de lo que no me es posible dudar: estoy completamente a oscuras y, además, entre paredes que oprimen mi cuerpo...

Este es el camino. Si logro analizar fríamente, una a una, todas mis circunstancias, antes de perder otra vez los nervios...

Vamos a ver... Encajonado entre paredes, con un silencio absoluto a mi alrededor. Tampoco huelo, ni oigo, ni palpo. Sólo sé que estoy completamente rígido, atrapado en un reducido espacio. Y noto una sensación de humedad. Mi piel advierte humedad...

¿Acaso no está todo suficientemente claro?

¡Tranquilo, tranquilo, por favor! Mi peor enemigo es la desesperación. No tiene por qué ser «eso». Puede haber miles de explicaciones: un mal sueño, tal vez anoche bebí demasiado...

No permitiré que la idea me domine o estaré perdido. En estos tiempos, ya no se entierra vivo a nadie. Lo he leído, lo dijo aquel señor en la televisión. Y era un experto.

Si pudiera cambiar de postura, aunque sólo fuera unos centímetros...

¡Un nuevo esfuerzo! Lo conseguí con los párpados...

¡Dios mío, la cabeza vuelve a marcharse! ¿Por qué intenté moverme? ¡No, otra vez las sombras, no! ¡No, por favor! No...

Ya pasó el mareo. Soy yo de nuevo. La sensación de flotar en el vacío ha desaparecido.

Si no estoy enterrado vivo... ¿Qué hago aquí?

De momento, puedo respirar. ¿Cuándo se agotará el aire? Dicen que la tierra lo filtra con facilidad. Ningún gusano se asfixia. Y los ataúdes nunca resultan suficientemente herméticos.

¡Entonces, puede durar horas! ¡A lo mejor pasan horas hasta que me muera del todo!

¿No había decidido apartarlo de la cabeza?

Si lograra moverme unos centímetros, tantear con la mano estas malditas paredes... No debo. Podría marearme otra vez.

No tengo luz, ni sentidos, ni siquiera dispongo de espacio. ¿A qué se deben los desvanecimientos? ¿Será por lo enrarecido del aire?

¿Por qué insisto en pensar que estoy sepultado? ¿Es que no puede tratarse de otra cosa? Seguramente, mañana me reiré de esta angustia. Ya no entierran vivo a nadie. Es prácticamente imposible. La ciencia ha adelantado mucho. Ahora hacen mil y una comprobaciones.

¿Cómo se llamaba aquella novela? Al protagonista le sucedía lo mismo: despertaba, de pronto, encajonado entre paredes y humedad.

¿Quién me asegura que se trata de maderas?

También él intentaba apartarlo de la mente. Y se desesperaba. Pero era otra época. Y se trataba de un hombre propenso, muy diferente a mí: había sufrido varios ataques de catalepsia, el riesgo era enorme...

Ahora recuerdo. Lo leí en una antología de relatos de terror. Estaba escrito por Allan Poe, un especialista en poner los pelos de punta a la gente. Y al final, después de pasar unos minutos terribles, resultaba que todo era mentira. El pobre hombre se encontraba, sencillamente, dormido en la estrecha litera de un barco.

Tiene que tratarse de una explicación tan sencilla como esa. ¡Ha de haberla! Y yo la encontraré, seguro que la encontraré. Me va en ello la vida.

Todo se reduce a investigar por uno y otro lado, hasta dar con la clave. Pero sin perder la calma. Hay que buscar el último recuerdo. ¿Dónde estaba yo antes de ahora?

La sensación de humedad es más intensa... ¿Qué hacen estos muros alrededor de mi cuerpo?

¡Estaba en un hospital! Me habían llevado a un hospital. Aquellos botes en la ambulancia y los coches apartándose a nuestro paso... Pero ahora no me duele el vientre. ¿Llegaron a operarme?

¡Eso es! ¿Cómo no di antes con ello? Me encuentro aún bajo los efectos de la anestesia. De ahí los mareos y la pérdida de consciencia. No veo y no oigo, porque todavía no soy dueño de mis sentidos. Continúan adormecidos.

¡Qué alivio! Tenía que tratarse de algo así. ¿Cómo se me pudo ocurrir que estaba bajo tierra? En unos instantes despertaré del todo, cuando acabe de reaccionar al cloroformo. ¡Completamente a salvo! Sólo es cuestión de minutos. ¿A qué preocuparme? Seguramente, tengo a mi alrededor toda la familia. Y los médicos, pendientes de mi pulso.

Trataré de no pensar en nada. Adormecerme unos momentos y, en seguida, abriré los ojos, tendido cómodamente en la cama del hospital...

La cama del hospital... ¡Un momento! ¡También de eso me acuerdo! Estoy seguro de haber despertado una vez en la cama del hospital. Y la sensación era parecida: la misma angustia, los mismos mareos, ideas inconexas. A lo mejor estoy ahora pronunciando palabras, de las que todos se ríen...

Y había una luz muy fuerte, que me daba en los ojos. La gente hablaba y hablaba...

Pero, si tampoco es la anestesia... ¿Llegué a salir de la clínica? ¿Me habrán operado otra vez?

¿Por qué no me da la luz en los ojos? ¡Quiero que todo el mundo hable a mi alrededor! ¡Gritad, gritad, para que pueda oíros!

El vientre no me duele. Debo estar curado. Pero, ¿qué hice después? ¿Volví a casa?

¿Qué importa lo que sucediera entonces? Ahora estoy solo, completamente solo. Y sin esperanza, por más que trate de ocultarlo. Ni Allan Poe, ni cloroformo. Y tampoco hay aquí ningún barco. Todo ha sido una trampa de mi cerebro para engañarme.

Cada vez hay menos aire. Me cuesta respirar... He intentado no pensar en ello pero apenas queda aire. El oxígeno es tan escaso aquí dentro...

¿Por qué «dentro»? ¿De dónde he sacado que estoy dentro de algo?

Es inútil. Lo sé. Unos instantes más y volverá el pánico. Lo siento ya subir por mis piernas, pronto llegará a la garganta... Y será el final. ¡Calma! ¡Calma!

¡Necesito salir! ¡Sáquenme de aquí, por favor! ¡Calma!

¡Por favor...! Por favor...

¿Es que nadie escucha mis pensamientos? ¿Hay alguien ahí fuera? ¡Ayúdenme! ¡Socorro! ¡Quiero salir! ¡¡Socorro!!

¡Necesito moverme, gritar con todas mis fuerzas! Tal vez aún no se han ido. La gente da el pésame a la familia junto a la tumba, los enterradores tienen que acabar su trabajo...

¿Por qué no puedo gritar? ¡Necesito gritar! ¿Hay alguien ahí? ¿Es de día o de noche? La voz no me

pasa de la garganta... no funcionan los músculos... Y la cabeza vuelve a fallar...

¡Me estoy ahogando! ¡Me ahogo! ¿Dónde se ha ido el aire?

¡Piedad! ¿Por qué a mí, precisamente a mí? ¡Piedad!

Con tante gente como hay en el mundo. Las estadísticas dirán que el mío es un caso de mala suerte, que se da cada millón de enterrados... ¡Pero me está sucediendo a mí, precisamente a mí!

¡Voy a morir! ¡Estoy irremisiblemente condenado a morir aquí, bajo tierra!

Debí negarme a ir al hospital, así todo habría acabado. ¿Qué son unos minutos con dolores de vientre? Y podría aullar y retorcerme...

¡Malditos médicos! Y mi familia... ¿Por qué lo ha consentido? ¡Me querían! Me querían...

No iba a sucederme nada. ¿Es que esto es nada?

Apenas queda aire. ¡Qué calor hace aquí dentro! Y la humedad...

Me estoy muriendo, me muero... Por favor, que todo sea rápido, que sea muy rápido...

¡Ojalá! ¿Es mucho pedir una muerte rápida? Se la conceden hasta a los condenados a la guillotina o a la cámara de gas. Y yo siempre he cumplido la ley. Pagaba los impuestos, conducía con precaución...

¿Faltará mucho? ¡Qué alivio, desaparecer de una vez!

¡Si tuviera tiempo! ¡Qué estúpido he sido! ¡Qué bien me harían ahora tantos días desaprovechados, esos minutos inútiles. Cualquiera de ellos sería precioso... ¡Si dejaran ahorrar el tiempo vacío! Esperas en la estación, horas tumbado en la cama, sin nada que hacer, en busca del sueño... Tenía que ser posible descontar esos instantes, administrarlos, como si el tiempo fuera una cuenta en el Banco. ¿Por qué no nos dan un talonario con años y meses al nacer? Sólo suplico unos instantes, cada vez que miré el reloj y le pedí que corriera más...

¿Qué podría hacer para adelantar el final? Ni si-

quiera sé si respiro. ¿Y si contuviera el aliento, hasta asfixiarme? ¿Me quedarán segundos, minutos? ¿Acaso horas? El aire se filtra, los gusanos no mueren...

¡Y este dolor en el pecho! Van a estallarme las sienes...

Un poco más, y... ¿qué será de mí dentro de unos instantes?

¿Cómo es, de verdad, la muerte?

¡No quiero saberlo!

Tantas veces me aseguraron que hay un Más Allá... Otro mundo feliz, eterno, interminable, en el que no entierran vivo a nadie...

Sé que no es cierto. Sólo somos un capricho cruel de la Naturaleza, la más terrible de sus equivocaciones. Materia que se descompone, para volver a juntarse en otro ser. Mi sangre, mis pensamientos, serán piedra... o flor. O breve animal, entre el miedo y la muerte. Ideas, pensamientos, todo es producto del cerebro. Y cuando el cerebro se acaba, cuando yo me acabe, todo terminará también. Todo...

¡Si pudiera rezar! Padre nuestro, que estás en los Cielos...

De niño, no le tenía pánico a la muerte. Era algo lejano, que siempre le sucedía a otros. Incluso deseable, porque Dios esperaba al otro lado...

¡Dios! ¿Quién es Dios?

A Dios lo han inventado los hombres. Es sólo un personaje literario, un cajón de sastre para ocultar la ignorancia, mitigar el miedo, la angustia... Lo hemos creado, a nuestra imagen y semejanza, para justificar la esperanza, aliviar el terror ante lo definitivo de la muerte, lo terrible del último instante.

Y yo estoy viviendo mi último instante. Encerrado en un oscuro ataúd, muchos metros bajo el suelo. Y allá arriba, la gente corre, va, viene, ríe y canta. Si supieran...

¿Alguna vez pensé, realmente, en la muerte?

¿Para qué? Al apartar a Dios, cerré también esa puerta... Si la muerte es inevitable, si ha de llegar tarde o temprano...

¡Y va a llegar! Y no es la muerte, es «mi» muerte. La única muerte de que dispongo. ¡Qué manera más terrible de malgastarla!

¡No! ¡No! ¡Al menos, déjenme salir, permitidme que llore! ¡Dios! ¡Dios! Si existes, ayúdame. ¿No has hecho tantos milagros? ¿Es que soy menos que los ciegos, los leprosos o los criminales que van a la cámara de gas? ¿Por qué?

¿Por qué?

Apenas queda aire. Y quiero vivir. ¡Quiero vivir!

Aunque sea aquí abajo, entre paredes y silencio. La vida es hermosa. Lo único bello, el Gran Tesoro.

¿Gastarán más oxígeno los pensamientos desesperados?

Dios no existe. Lo sé hace mucho tiempo.

Pero eso era allá arriba. Cuando no me hacía falta.

¿Por qué no? Hay hombres brillantes, mentes mucho más capaces que la mía. Y creen en El.

¿A qué engañarme? Es inútil. Los sabios también son hombres. Y necesitan de la fe. Porque su miedo es tan horrible como el mío.

¡Si lograra creer! Cualquier mentira que pudiera aliviarme, sería tan hermosa...

Aunque no haya Dios, el Más Allá es posible. Si no lo exige la vida, tampoco lo que haya detrás.Podría continuar todo indefinidamente, de otra forma, sin ningún creador que lo sustente.

Voy a comprobarlo dentro de unos instantes. Por favor, que sea cierto. ¡Que sea cierto!

¿Qué decía aquel libro? También hablaba de operados que volvían a la vida. Y la mía no era una intervención difícil. Media hora de quirófano. El médico dijo que me habían llevado a tiempo. ¿Qué le enseñaron en la Facultad? ¿Así salva a sus enfermos? ¿No ha aprendido a distinguir la vida de la muerte? ¡Le sacaría los ojos, le aplastaría el alma! ¿El alma?

¡Firmar un certificado de defunción es algo muy serio! Sobre todo si no se está muerto... ¡Malditos médicos! ¡Quiero vivir! ¡Quiero salir de aquí!

Sí, era algo sobre operaciones, ahora recuerdo.

Gente que ha rozado la muerte y logró recuperarse. Y todos relataban la misma experiencia: primero, angustia, una opresión infinita; después, la sensación de atravesar un oscuro túnel. Un largo y oscuro túnel. Y, poco a poco, la calma les iba llegando. Conforme se acercaban a la luz. Había una luz al fondo del túnel.

¡Pero yo estoy a oscuras!

¡Quiero salir! ¡Ayúdenme, por lo que más quieran! ¡Sáquenme de aquí y haré lo que me pidan! ¡Lo que me pidan, se lo juro! Les besaré los pies, seré su esclavo. ¡Qué maravillosa vida la del esclavo! ¡Quiero ser esclavo!

¡Sáquenme! ¡Sáquenme de aquí!

Los esclavos son tan felices... están vivos... allá arriba, con el aire y el sol...

Veían una luz. Y, muy lentamente, avanzaban hacia ella. Alguien los esperaba al otro lado. Alguien o algo muy agradable. Sentían una inmensa calma, se llenaban de placidez... Cada vez más y más felices. Un estado muy diferente, otro mundo. Y ninguno deseaba volver.

A mí va a sucederme lo mismo. Unos instantes más y estaré en el túnel.

Ellos se veían forzados a regresar. Yo no. Yo me quedaré al otro lado.

¿Por qué tarda tanto la muerte?

La sensación de ahogo es la misma de entonces. Aquella vez que me sumergí en el lago más de los debido. También estallaban los pulmones. Y tardé horas en alcanzar el aire. Horas que apenas fueron segundos.

Lo mismo sucede ahora. Llevo unos instantes lúcido y parecen siglos. No debo engañarme. Pasará enseguida, en un abrir y cerrar de ojos.

Si fuera posible girar la cabeza, podría ver el túnel y, al fondo, la luz.

Aquí no hay luz. Estoy a oscuras. ¿Por qué no hay luz? ¿Por qué no hay luz, como en el libro?

Otra vez el mareo. Ahora ya no siento angustia. Me da igual todo.

La muerte no es tan terrible. Lo decía mi padre, el pobre. Contaba cómo el mecanismo se repite, inexorable. El moribundo pasa siempre de la indignación y la desesperanza a la más absoluta de las resignaciones. Es la última defensa del organismo.

Y yo he llegado a esa fase. He aceptado mi muerte y, pese a lo terrible de las circunstancias, no siento pánico. Estoy, por fin, completamente tranquilo. Sé que nadie acudirá a salvarme, aunque estén ahí todavía, con los pésames y los llantos.

Y este es mi último minuto. Se acaba. La respiración es más y más imposible.

Como aquella vez que monté en el barco. La noche anterior no pude dormir, por temor a que se hundiera. No quería subir. Mis padres tuvieron que llevarme a la fuerza, con azotes y amenazas. Y, una vez a bordo, una vez convencido de la imposibilidad de volver atrás, de que estaba ya en manos del Destino, el miedo desapareció de repente. Si no podía hacer nada, ¿para qué preocuparme?

Lo mismo siento ahora. Va a suceder, por mucho que me opusiera. Dios, túnel o nada, es igual. Acabaré para siempre o despertaré de nuevo. Y ninguna estrella alterará su curso por eso.

Ven, muerte, ven. Ven.

¡Qué bobada, representarla vieja y con guadaña! Es dulce y agradable. El descanso final, el más perfecto estado del hombre.

Ya está junto a mí. Y sonríe.

¡Qué importa si hay Más Allá o no! Si pudiera explicarle a los vivos que da lo mismo. La única verdad está aquí. Aquí, donde nadie sabe nada, donde nadie sabe lo que le espera, ni podría evitarlo...

Me encuentro más despejado que nunca. Hasta puedo oír los latidos de mi corazón. ¡Cómo retumban!

¿Cuánto tiempo llevo escuchándolos? Tiempo... ¡Qué tontería sin sentido! Allá donde voy, el tiempo no significa nada.

Nada. La única verdad está en la nada. La calma, la

perfección de no ser. ¿Cómo lo supieron esos filósofos cuando estaban vivos?

¡Que deje de latir! ¡No deseo escucharlo más!

¿Por qué despiertan mis sentidos, precisamente ahora, cuando ya no los necesito? ¡Serán estúpidos, se niegan a abandonar mi cuerpo!

¡Puedo oír! Ya no es todo silencio a mi alrededor. Escucho perfectamente el ruido de mi corazón. Contaré los latidos: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis... Cualquiera de ellos será el último...

¡El túnel! ¡Hay un túnel!

¡Era verdad eso del túnel!

Acabo de notar un leve movimiento. He empezado a recorrer el túnel. Y voy camino de la luz, aunque no pueda verla. Sé que voy hacia la luz.

¡Si dejaran de sonar los latidos!

¡No, por favor! Ahora necesito que siga funcionando, solo hasta el final...

Me hundo. Me estoy hundiendo. Es casi imperceptible, pero más rápido cada vez. Y apenas siento la opresión en los hombros. ¡Qué viscoso es el túnel! Y aprieta, como si se negara a soltarme.

¡¡Luz!!

¡Hay luz! ¡Una luz al fondo, aunque no pueda verla!

Si consiguiera abrir otra vez los ojos... Abrirlos por última vez... A través de los párpados, me llega la claridad. Y avanzo hacia ella...

¿Y esto era tan terrible? ¿Esto era la muerte?

¡Qué sensación más maravillosa!

¿Me obligarán también a regresar? ¡No quiero volver! Morir dos veces es demasiado...

En cuanto me sea posible, gritaré con todas mis fuerzas al Ser apacible que espera fuera. Me arrodillaré ante él, le suplicaré, lloraré, besaré su túnica. No deseo despertar otra vez en el hospital. Odio la vida.

Falta muy poco. Unos centímetros más y habré superado, por fin, el túnel. ¡Qué intensa es la luz! ¡Y qué diferente a la de la clínica!

Y también era cierta la sensación de plenitud, de libertad y vida...

Ya nada me oprime. Estoy abandonando el túnel. He llegado casi a la abertura. Noto, más allá, el espacio infinito, la paz... La vida...

¿Vida? ¿Es vida la muerte?

Me esperan. Alguien muy querido está al otro lado para recibirme. ¡Qué hermosa es la muerte!

Otra vez el mareo. Vuelvo a perder el dominio de mis pensamientos... Se están evaporando, apenas consigo razonar... ¿Dónde están mis ideas? ¡Volved, os necesito! Me hacéis falta para averiguar si soy un vivo o un muerto...

¿Qué es esto? ¿Qué hago en este túnel tan estrecho, deslizándome hacia la luz?

¿Qué túnel? ¿Qué luz?

¿Quién soy?

Me estoy durmiendo... Me muero, me duermo... me muero...

¡No quiero morir! ¡No quiero! ¡Tengo derecho a vivir mi propia muerte! ¡Lo decía mi padre, el pobre!

Este sopor... es tan intenso... tan irresistible...

La conciencia se va... apenas logro retener los pensamientos... se van... se escapan...

Mi voluntad desaparece para siempre... para siempre...

Y el túnel... El túnel no acaba... no tendré tiempo de recorrerlo, de llegar al final...

No acaba...

La luz... la luz... l.a l.u.z... l.a l.u.z...

L.a l.u.z... la l...u...z... l...a l...u...z...

* * *

Su cerebro se fue desvaneciendo, hasta apagarse por completo.

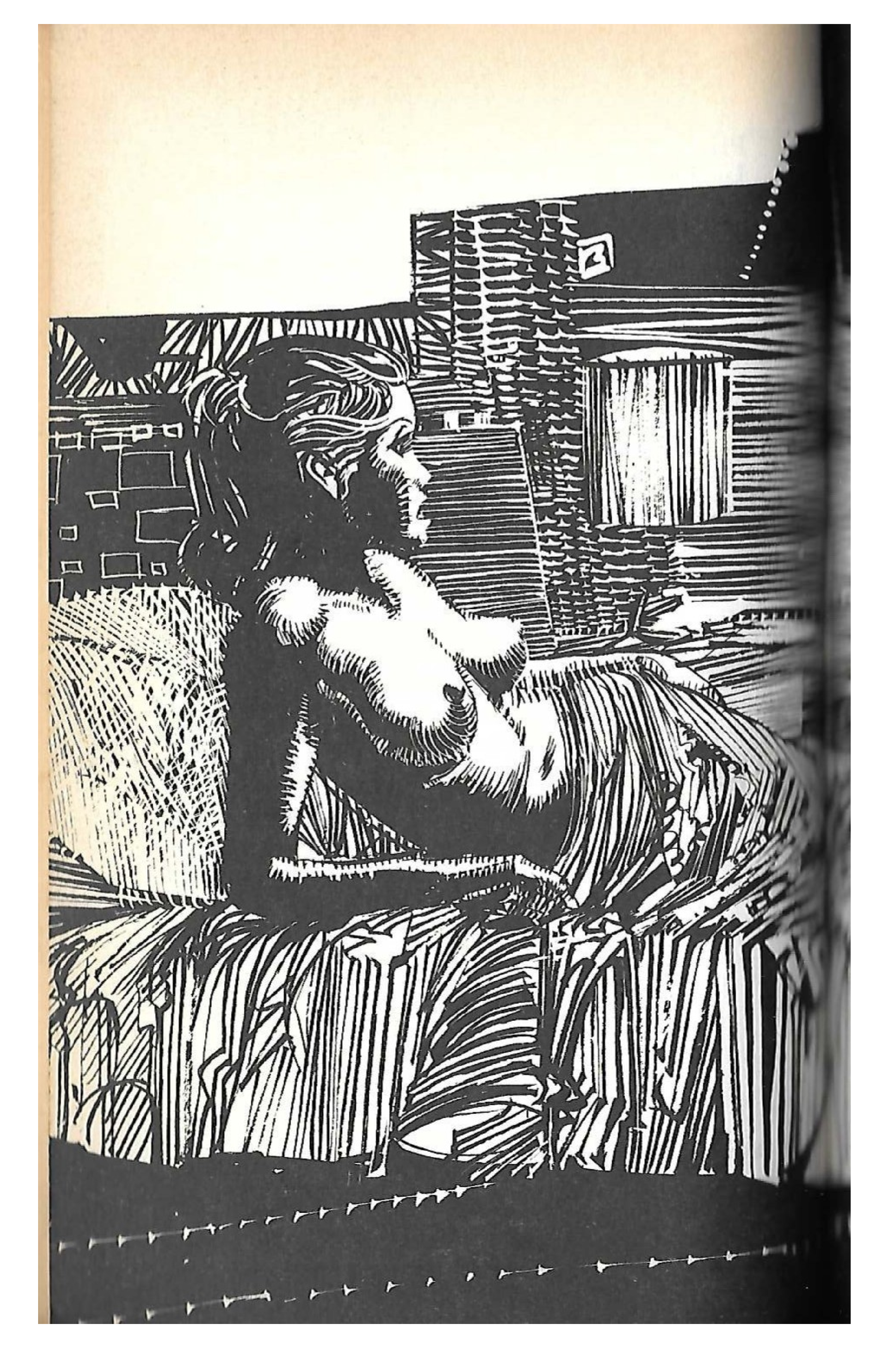
Instantes después, pasado ya el túnel, volvió a la vida.

Primero fue un golpe en la nuca.

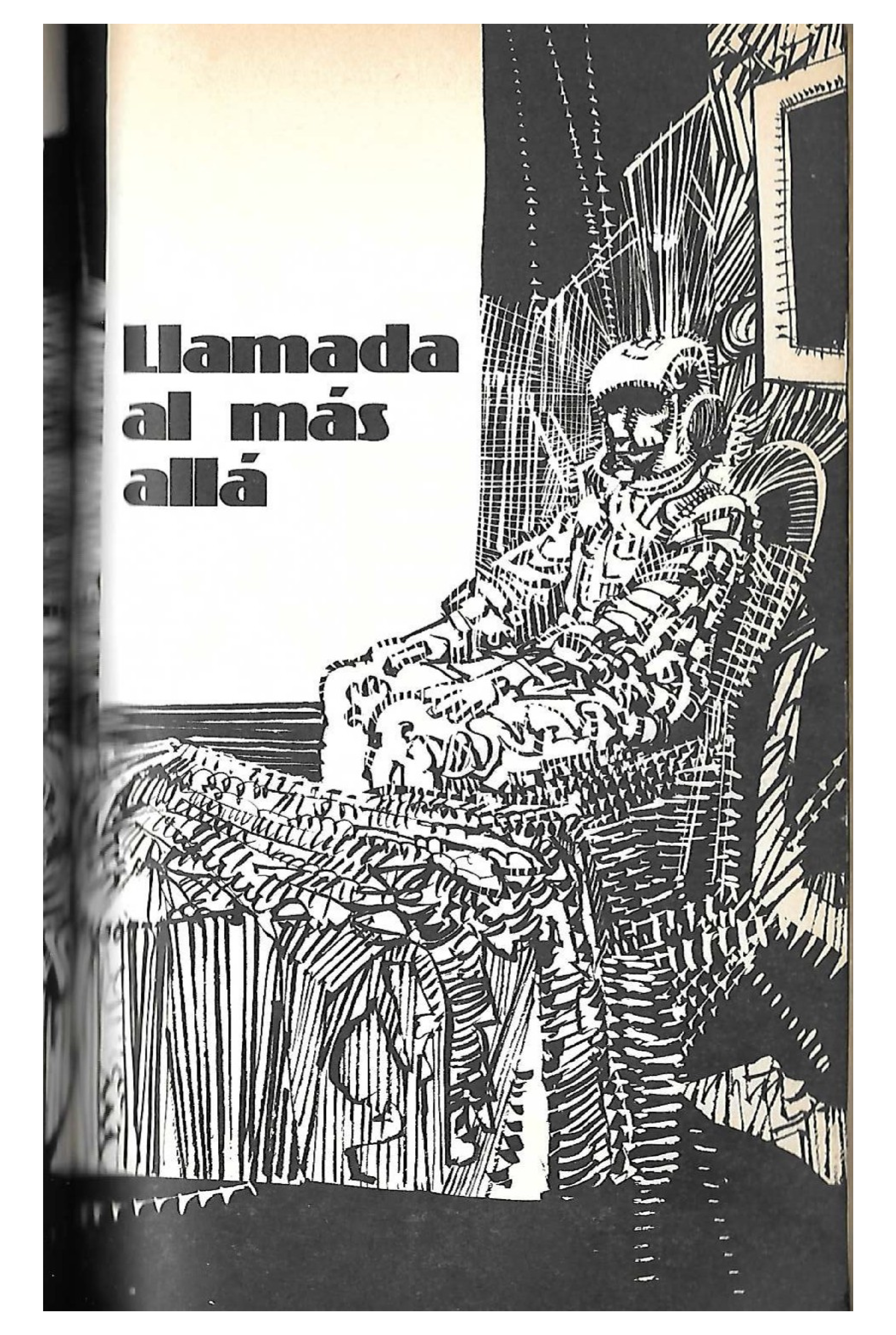
Luego, dos o tres más suaves.

Abrió los ojos y rompió a llorar. Era, el suyo, un llanto agudo, entrecortado e interminable.

Su primer llanto.



Llamada al más allá



Llamada al más allá

Stephen McCready

¿Realidad? ¿Visión alucinada?... No quería contestarse a estas preguntas. Le bastaba con la reconfortante presencia del ser querido que, noche tras noche, la visitaba hierático y silencioso.



MMA abrió el sobre con mano temblorosa. En principio sus ojos recorrieron la breve carta incapaces de descifrar las palabras que componían el mensaje. Igual que si de pronto hubiera olvidado por completo el mecanismo de la lectura, las letras le parecieron dibujos caprichosos, y los vocablos agrupaciones de esquemas sin otro sentido que el de rellenar la ofensiva blancura del papel. No conseguía enfocar correctamente la mirada y tuvo que dirigirla durante unos instantes hacia los árboles que se columbraban a través de la ventana, y mientras los contemplaba comprendió que de algún modo tenía ya noticia de lo que la carta decía.

Poco a poco fue serenándose, y una ojeada a la cuartilla le confirmó lo que ya había intuido.

«Estimada señora —comenzaba el mensaje—, con profundo pesar hemos de manifestarle que su esposo, el teniente William Martin ha desaparecido en el transcurso de una operación. Nuestros equipos de rastreo no han hallado ningún resto del aparato que tripulaba, en consecuencia, y mientras no haya constancia del hecho, hemos de considerarlo oficialmente

como desaparecido, aunque todos los indicios permiten afirmar que tanto su esposo como su copiloto han perdido la vida en algún lugar de las montañas Kwen-Li...»

Retirando la vista de la carta, Emma volvió a contemplar los árboles, cuyas hojas amarillentas iban siendo arrancadas por las ráfagas de viento. Durante un momento pensó que iba a caer desvanecida, pero, a pesar de que deseaba estrellarse contra el suelo y perder el conocimiento, algo, una fuerza puramente animal, la mantuvo sobre sus pies mientras sus pensamientos consideraban los días que harían falta para que aquellos árboles quedaran totalmente despojados de hojas. Después, depositando la misiva sobre una mesita, encendió un cigarrillo y deseó ensimismarse en la reciente noticia, pero todo lo que anhelaba en aquel momento era que el viento terminara de arrancar las dos hojas que se agitaban en el extremo de una pequeña rama que casi tocaba el cristal. Finalmente, una ráfaga más violenta se llevó las dos hojas, y entonces experimentó la sensación de que el mundo se hundía bajo sus pies. Un sentimiento de náusea ascendió hasta su garganta y finalmente las lágrimas acudieron a sus ojos. Estremeciéndose violentamente bajo el ímpetu de un llanto amargo y desconsolado se dejó caer sobre el diván y hundió el rostro entre los almohadones de raso. Cuando al cabo de un buen rato cesaron sus sollozos y dejaron de fluir los ríos de lágrimas, se incorporó sobre los húmedos cojines y contempló la estancia con ojos nuevos. Todo carecía de sentido. El mueble bar, la mesita, los cuadros, los dibujos de la alfombra, los dos ceniceros de plata, la lámpara. Solamente los desnudos árboles del jardín tenían coherencia. Sus troncos hundidos en la tierra y sus ramas casi por completo despojados de hojas eran lo único sólido de su entorno.

* * *

La estancia se hallaba sumida en una penumbra que invitaba a la concentración, y el resplandor artificial procedente de la bola de cristal prestaba un carácter fantasmal a los rostros de los allí reunidos. Madame había advertido de antemano que aquella esfera de vidrio no tenía nada de mágico. Se trataba de una simple ayuda para conseguir una concentración más profunda, pero Emma se sentía cada vez más hipnotizada por aquella esfera tenuemente iluminada que parecía vibrar ante sus ojos.

—Abandónense —dijo Madame arrastrando las sílabas—. Déjense llevar por las ondulaciones de su pensamiento. Intenten que su mente confluya con la mía. Que nuestros pensamientos se confundan.

Emma experimentó un temblor convulsivo que trató de disimular asiendo su bolso fuertemente con ambas manos. Como al borde del mar, sucesivas oleadas iban invadiendo la playa de su alma. Unas consoladoras, otras ascendían violentas y al retroceder rebañaban la superficie de su corazón dejando al descubierto la profunda herida.

—Está aproximándose —musitó Madame—. Se halla a nuestra espalda. ¡Acércate! —exclamó de súbito.

Emma experimentó un temblor en todo su cuerpo. Las olas ascendían ahora más violentamente acariciando con suavidad cada rincón de su ser, y después se retiraban en una resaca cada vez más arrasadora. Supuso que no podría soportar durante mucho tiempo aquella sensación de alivio y de dolor. Iba a perder el sentido en cualquier momento.

—Háblame, William —balbució la adivina—. Consuela a tu esposa. Acércate a nosotros si estás muerto. Atraviesa la muerta que no existe. Ven.

Emma sintió un estremecimiento a la altura de sus riñones, y un cosquilleo ascendió por su espalda hasta desembocar en la base del cuello. Sus hombros se hicieron tibios, y unas pulsaciones muy cerca de la axila fueron como si un dedo oprimiera suavemente su piel.

—Está entre nosotros —dijo Madame con voz

apenas inteligible—. Ha regresado —de pronto, su voz sonó atronadora—: ¡Háblanos! ¡Háblanos!

Un viento suave acarició los hombros de Emma y un aliento a la vez cálido y frío se movió por entre sus cabellos, e igual que susurran las ramas de los árboles cuando el aire las agita, un murmullo llegó hasta los oídos de Emma. Un rumor que se fue articulando. Un susurro que unos labios modularon. Una voz que muy lentamente dijo: «Emma, Emma...»

—No puede... —musitó la adivina—... No puede regresar... Acércate, William...

Emma agitó su cabeza como si se encontrara en trance y, cruzando sus brazos sobre el pecho, se acarició los hombros con sus manos, sintiendo el suave viento que entibiaba su piel y susurraba: «Emma, Emma...». Entonces advirtió que la brisa se iba desvaneciendo y el murmullo aquietándose. Súbitamente se puso en pie derribando la silla sobre la que estaba sentada.

—¡Vuelve! ¡Vuelve! —exclamó retorciendo sus manos—. ¡Regresa! —gritó—. Y, exhausta, se fue doblando sobre sí misma y se desplomó desvanecida.

* * *

Se despertó a media noche e imaginó los árboles agitados por el viento. Durante un momento se sintió desorientada en la oscuridad de su dormitorio, pero supo que si encendía la lámpara para ver qué hora era se desvelaría y le sería muy difícil volver a conciliar el sueño. Al cabo de unos instantes fue sumergiéndose en un sopor intranquilo y al rato su respiración se hizo rítmica y acompasada.

De nuevo volvió a despertarse creyendo haber escuchado algún ruido. Se incorporó en la cama apoyándose sobre el codo y prestó atención. Parecía que alguien había intentado introducir una llave en la cerradura. O quizá había soñado.

Al poco tiempo rechinaron las tablas del parquet del pasillo, y su crujido se hizo cada vez más pró-

ximo, como si alguien fuera acercándose. Cerró los ojos con fuerza y se cubrió la cabeza con las mantas. Si habían de matarla no deseaba ver el rostro de su asesino. El chirriar de la madera cesó, y una forma distinta de percibir el silencio de la habitación le indicó que alguien había abierto la puerta del dormitorio.

Experimentando una sensación similar a la que probablemente perciben los ciegos, Emma supo que quien había entrado en la alcoba estaba cruzando silenciosamente la estancia. Ni un ligero soplo de aire rozó las sábanas, pero la forma en que ella percibía los volúmenes de los objetos sufría una momentánea distorsión a medida que el intruso atravesaba la habitación. Finalmente la quietud volvió a reinar en la alcoba, pero Emma sabía que ya no estaba sola.

Muy poco a poco fue sacando la cabeza de debajo de las mantas. La luz de la luna en cuarto menguante penetraba a través de las cortinas y sumía la habitación en una rara claridad. Fue volviendo la cabeza lentamente mientras las pupilas de sus ojos se agrandaban para seguir con nitidez los perfiles de las cosas. Por último su vista se detuvo en la butaca del rincón y percibió una figura humana sentada en actitud hierática. Ahogó un grito. El terror y la sorpresa agrandaron sus ojos, pero supo que no debía moverse y así lo hizo.

Sentado en el sillón, con su traje de vuelo, se hallaba William.

Su antitud era estatuaria, su tez muy pálida, sus ojos fijos en la cama parecían mirar a Emma sin verla. Sus manos reposaban sobre sus rodillas, y en torno a su cuello había anudado un pañuelo de seda. El traje de vuelo le daba el aspecto de un astronauta o de un ser de otro planeta, y el respirador, necesario para las grandes alturas, se pegaba a su boca como un pulpo succionante otorgándole el aspecto de un enfermo al que se le suministra oxígeno.

Emma creyó morir al contemplar aquella figura tan querida. Un deseo incontenible de aproximarse a su

esposo se despertó en ella, pero un súbito terror paralizaba sus movimientos. De algún modo comprendió que debía permanecer donde estaba. Sus ojos se dirigían especialmente al gran pañuelo de seda que protegía su cuello.

Y así permaneció durante horas contemplando a su esposo como quien contempla a un ser querido a través del ventanal de la unidad de vigilancia intensiva de un hospital. Estableciendo con él una muda comunicación que no sabía si era correspondida o si la mirada de William atravesaba su cuerpo y se perdía en regiones desconocidas de fiebre y bruma.

Cuando ya había perdido la noción del tiempo, notó que algo se estremecía dentro de su esposo. Este se puso en pie como un autómata y, sin volver la vista atrás, salió de la estancia tan sigilosamente como había entrado. El parquet del pasillo rechinó hasta que Emma pudo escuchar el sonido de la puerta de la calle que se cerró sin violencia. Incapaz de moverse, permaneció en la misma postura contemplando la vacía butaca durante mucho tiempo. Después se durmió, y a la mañana siguiente se aproximó al rincón y apoyando la cabeza sobre el asiento lloró desconsoladamente.

Permaneció todo el día en casa, y por la noche se acostó a sabiendas de que no iba a poder conciliar el sueño. Apagó la luz y permaneció con el oído atento. Sobre las dos y media los faros de un coche iluminaron los visillos, y la claridad se derramó durante un segundo sobre toda la habitación. Cerca de las cuatro advirtió que el sueño se iba apoderando de ella, y cuando a la mañana siguiente sonó el timbre del despertador no supo si William había vuelto o no a sentarse en el sillón.

* * *

En la consulta de Madame Thibauld narró a la espiritista los acontecimientos de la primera noche.

—¿Cree que volveré a verle? —preguntó.

Madame reflexionó durante unos instantes.

—Eso no depende de mí, querida —repuso—. Yo me he limitado a propiciar un encuentro sin saber que iba a hacerse tan íntimo.

—¿Qué quiere decir?

—La situación ha superado mis previsiones, y en cierto modo se me escapa —respondió Madame.

—¿Está vivo? Sí, lo está —se aseguró Emma a sí misma—. Las ordenanzas militares son muy estrictas, y seguramente le han prohibido que se de a conocer hasta nueva orden. El me ha visitado de noche y ha entrado en el dormitorio creyéndome dormida. Lo desearía, y sin embargo, no quiero hablar con las autoridades que lleven el caso —reflexionó—. Tendré paciencia.

Madame Thibauld permaneció muda.

—Seguramente volverá esta noche —se dijo Emma—. Yo continuaré haciéndome la dormida. ¿Cree que volverá? —preguntó dirigiéndose a Madame.

—Su regreso ha sido propiciado, o quizá exclusivamente provocado, por el amor que usted le profesaba —dijo ésta.

—¿Profesaba? —repitió Emma.

—Solamente la fuerza que emana de usted está consiguiendo este, diríamos, mantenimiento.

—Está vivo —dijo Emma—. Las maderas del pasillo crujen bajo sus pasos, y no ha entrado como un fantasma, sino abriendo la puerta de la calle.

—¿Parecía alegre?

—No lo sé —repuso Emma, y se corrigió acto seguido—. No, su aspecto era triste. Había algo de vacío en su mirada.

—No se aferre al pasado, querida —aconsejó la pitonisa—. Hay ocasiones en que conseguimos atraer la voz de algún espíritu, si es que él mismo lo desea —añadió—. Yo supongo que algún terrible impedimento obstaculiza la vuelta de los seres que se han ido. Quizá una falta de interés —reflexionó—. Hace falta una gran fuerza para conseguir establecer una

comunicación con el Más Allá, y las más de las veces sólo obtenemos negativas o presencias vagas, las cuales —debo confesarlo—, bastan para satisfacer a la mayoría de mis clientes.

—Esto no es una presencia vaga, ni William ha regresado del Más Allá. Está aquí realmente —dijo Emma.

—¿Para qué ha venido a verme, entonces?

—No lo sé —confesó Emma—. Tenía deseos de contárselo a alguien.

—No se aferre al pasado, querida —repitió parsimoniosamente Madame.

* * *

Se despertó de súbito. El se encontraba sentado en la butaca del rincón. Emma experimentó una repentina alegría y una gran tristeza, simultáneamente. Una sensación parecida al miedo se mezcló también a los anteriores sentimientos. La habitación estaba casi en completa oscuridad, y, sin moverse, permaneció contemplando a William. La expresión de dureza en sus ojos se había acentuado, y las manos, que mantenía sobre la brillante tela del traje de vuelo, a la altura de sus muslos, se habían engarfiado un tanto. Parecía que las uñas fueran a atravesar el tejido de un momento a otro.

El parecía contemplarla desde la butaca, y a pesar de que Emma mantenía los ojos abiertos, supuso que, debido a la casi completa oscuridad, William no lo había advertido. Aunque deseaba levantarse del lecho y aproximarse a la butaca, un sentimiento mezcla de miedo y de respeto hacia la actual situación de su esposo le impidieron moverse. Era preferible esperar hasta que se aclarara la situación, pero a lo que no iba a renunciar era a contemplarle. Aquellas visitas furtivas eran prueba de su cariño por ella. Contra los sentimientos nada podían hacer las prohibiciones u órdenes de sus superiores. Pero, ¿por qué acudía siempre con el traje de vuelo? ¿Acaso efectuaba aquellas

visitas al regreso de unos entrenamientos secretos o se escapaba furtivamente eludiendo sus deberes militares? ¿Y aquel pañuelo al cuello? Ella no recordaba habérselo regalado. Permanecería inmóvil en la cama hasta que, un día, él se decidiera a romper aquel silencio y a despertarla, puesto que la creía dormida, y sorprenderla con su regreso. Pero deseaba tenerle allí cada noche.

Apenas había formulado este pensamiento cuando la mirada de William se endureció, y con movimientos de autómata, se levantó del sillón y salió silenciosamente de la estancia. Las maderas del pasillo crujieron hasta que se oyó la puerta de la calle. Sobre el respaldo de la butaca había un rastro de sangre, y en el suelo algunas gotas más.

* * *

—Los muertos con los muertos —sentenció Madame—. ¿Cree usted que soy dura? —preguntó.

—Creo que se equivoca —repuso Emma con disgusto.

—Desde el punto de vista humano nada hay tan encomiable como ese amor que usted profesa por su marido. Nadie podría echárselo en cara, pero desde otro punto de vista... —añadió, dejando la frase inconclusa.

—No quiero renunciar a él.

—¿Espera que regrese cada noche?

—Sí —repuso Emma—. Lo deseo fervientemente.

—¿Y si algún día tuviera la certeza de que su esposo está realmente muerto?

Emma sonrió despreciativamente.

—No lo está.

—¿Y si lo estuviera? —insistió Madame Thibauld.

—Aunque estuviera muerto la fuerza de mi amor le obligaría a regresar cada noche.

—Hija mía —se lamentó la adivina—, no juegue usted con fuego.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Emma sin demasiado interés.

—Considere que para obtener una simple comunicación verbal es preciso violentar ciertas leyes...

—Comprendo —afirmó ella con distracción y un punto de cabezonería.

—... No debe de ser fácil el regreso, aunque sea solamente a través de la voz. Suponga —continuó—, que obliga usted noche tras noche a alguien a realizar una acción que no desea. Puede que un día llegue a rebelarse contra esas órdenes.

—¿Cree usted?

—Ha de saber que su esposo la visita forzado por los deseos de usted. Seguramente se halla instalado en algún lugar del que no desea salir. Ciertas veces —siguió diciendo la espiritista— he advertido que los espíritus a los que por deseo de familiares o amigos convocaba, aparecían remisos a manifestarse, y en esas condiciones es preferible no forzar la situación.

—Yo quiero a William.

—¿Y si él...?

—¿Si él ya no me quisiera? —dijo Emma.

—Es inútil agobiar con nuestro amor a quien ya ha dejado de querernos.

—William no ha dejado de quererme.

—Es probable —explicó Madame— que así sea, pero también cabe en lo posible que intereses mayores le rexlamen. ¿No ha considerado usted como inoportunas las llamadas de amigos queridos cuando su único deseo era estar a solas con la persona amada?

Emma movió afirmativamente la cabeza.

—Pues bien, considere que su esposo se halla en esa situación, no ha dejado de quererla, pero ha entrado en un mundo en el que se encuentra feliz, y cualquier intento de reconstruir la memoria perdida de las cosas no hace sino herirle y agobiarle. Ceje, por tanto, en esas convocatorias nocturnas —finalizó Madame.

—Yo no le convoco —se excusó Emma.

—Probablemente, sí —afirmó Madame Thibauld—. La fuerza del amor es grande, pero a veces no conviene utilizarla en un solo sentido, porque se pueden obtener resultados contrarios a los que se desean. Olvídele, querida —dijo—. Los muertos con los muertos.

* * *

Emma permaneció despierta hasta muy tarde. Tenía la sensación de que William no iba a venir aquella noche, pero en lugar de resignarse deseó con todas las fuerzas de que era capaz que ocurriese lo contrario. Se desesperó, miró el reloj repetidas veces. Separó la manta acalorada, y cuando ya creía que todo estaba perdido, oyó la puerta de la calle. La madera del parquet chirrió espaciadamente, como si los pasos fueran más lentos.

Emma se hizo la dormida, y cuando supuso que su esposo había entrado ya en la habitación, abrió los ojos lentamente procurando que él no lo advirtiera. Un escalofrío recorrió su cuerpo al ver el aspecto de William. Su rostro estaba muy pálido, y sus ojos denotaban una ira concentrada que le dio miedo. Su boca, otrora agradable, aparecía convulsa y con las comisuras hacia abajo, igual que la de un pez. Sus manos se aferraban a las perneras de su traje de vuelo y las uñas de sus dedos casi traspasaban la tela al aferrarse a ella.

Emma hizo caso omiso de aquella actitud. Pasó por alto también el hecho de que William apareciera siempre en traje de vuelo, y considerando exclusivamente sus propios intereses, se incorporó en el lecho y se atrevió a decir.

—William...

No hubo respuesta, y pareció como si él no la hubiera oído.

—Amor mío... —musitó Emma.

Nuevo silencio.

—Sé que estás vivo. Comprendo que te arriesgas al

venir a verme desobedeciendo órdenes de tus superiores, pero no me importa —añadió—. Deseo tenerte a mi lado y haré lo que pueda para conseguirlo.

El rostro de William palideció aún más, como si una ira sorda fuera haciendo presa en él, y sus dedos se engarfiaron con más fuerza en la resbaladiza tela de su traje de vuelo. Emma fue levantándose del lecho, pero los ojos de su esposo no siguieron sus movimientos. Acercándose a la puerta, echó el pestillo sin que al parecer él lo advirtiera, y seguidamente, fue aproximándose lentamente hacia él.

—No vuelvas a marcharte —suplicó—. Me niego a creer lo que me han asegurado... ¿Dónde podrías encontrarte mejor? —y deteniéndose un momento con la vista fija en el pañuelo de seda, continuó diciendo—. ¿Por qué llevas ese pañuelo anudado al cuello?

Las manos de William temblaban, y su gesto se hizo feroz.

—Yo sé que no estás muerto, William. Sé que has venido voluntariamente... Y si de mí depende no volverás a irte... Me niego a creer...

En los ojos velados de William se hizo visible un brillo que hubiera detenido en seco a cualquier persona que no hubiera sido Emma.

—Déjame que te deshaga el nudo del pañuelo —rogó muy cerca ya de él.

Una de las manos de William abandonó la posición en que durante todo el tiempo había permanecido y se levantó temblorosa tratando de impedir el gesto de Emma, pero ésta no se detuvo. Entonces, él se puso en pie vacilantemente y se volvió hacia su esposa, la cual, sin dejar de hablar, tomó una de las puntas del pañuelo de seda y tiró resueltamente.

Al tiempo que el pañuelo se desanudaba y se desprendía del cuello de William, Emma lanzó un grito desgarrador. El pañuelo ocultaba una horrorosa herida que casi seccionaba en dos la garganta de su marido. Una herida de bordes putrefactos y resecos en cuyas sinuosidades aparecía la sangre coagulada.

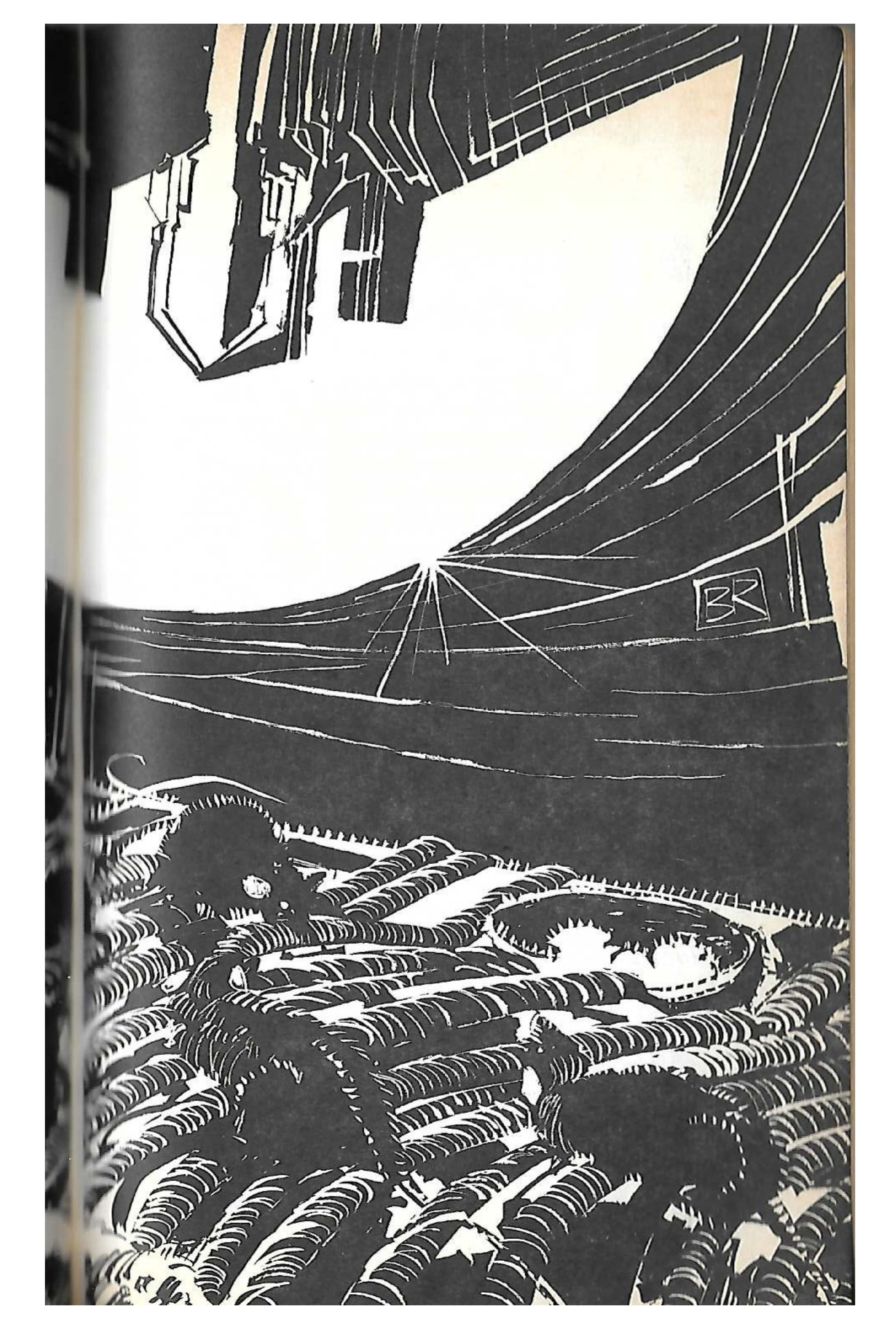
Al ver aquello, Emma retrocedió, pero al retirar la mano, una de las puntas del pañuelo se enganchó en la cremallera del traje de vuelo, y el violento tirón dejó al descubierto el tórax de su esposo.

A través del horrendo desgarrón de la carne podían verse las vísceras almacenadas bajo las costillas. El corazón, tumefacto, no latía. Los pulmones, deprimidos, permanecían inmóviles. Los intestinos, resecos, abandonaron su natural ubicación y colgaron como cadenetas siniestras. Y mientras tanto, William comenzó a avanzar hacia Emma, que horrorizada por lo que estaba viendo, retrocedió hacia la puerta y se refugió en un rincón de la habitación. A medida que William avanzaba, ella sintió que las rodillas no soportaban más su peso y fue deslizándose hacia el suelo con la espalda apoyada en la pared.

Cuando ya se encontraba desmadejada sobre la alfombra, William extendió sus brazos y la atrajo hacia él, mientras la expresión de su rostro se hacía más siniestra. Después, en un abrazo mortal, la apretó contra su descompuesto cuerpo, y Emma experimentó todo el horror de que era capaz al contacto con aquella masa putrefacta. Por último, el rostro de William se aproximó al suyo mientras que sus manos abarcaban el cuello de la mujer. Y a medida que transcurría aquel postrero beso de amor, Emma notó que una presión intolerable sobre su garganta la impedía respirar. Poco a poco fue aumentando el empuje de los dedos de su esposo hasta que Emma rodó por el suelo exánime. Después, el cadáver de William salió tambaleante por el pasillo. Se oyó crujir la madera del parquet y los pasos fueron alejándose en dirección a la puerta de la calle, que al cabo de unos instantes se cerró suavemente.

El pozo y el péndulo




BR

El pozo y el péndulo

Edgar Allan Poe

Vigilado por invisibles verdugos del Santo Oficio, sometido a un suplicio de matemática crueldad, intentaba enfrentar el oscurantismo que había sido capaz de idear aquel infierno lógico, con la luz de su razón de hombre.



LA larga agonía a la que me sometieron durante los interrogatorios me había producido un agotamiento mortal. En consecuencia, sentí que perdía el conocimiento cuando finalmente me desataron y pude sentarme. La última frase que llegó a mis oídos fue una espantosa sentencia de muerte. Luego, el sonido de las voces de los inquisidores toledanos se fue apagando en el indefinible zumbido de un sueño. Y de pronto ya no oí nada más. Pero mi mente, conturbada, pudo ver todavía durante algún rato. Vi los labios de los jueces vestidos de negro. Eran exageradamente blancos, todavía más blancos que esta hoja de papel sobre la que escribo. Y delgados hasta lo grotesco, adelgazados por la intensidad de sus duras expresiones, de su inexorable resolución, del desprecio riguroso al dolor humano. Les vi pronunciar las sílabas de mi nombre, y me estremecí al comprobar que el sonido no seguía al movimiento. Inmediatamente después me desvanecí.

Desperté en medio de una oscuridad absoluta. Alargué el brazo y encontré a mi lado un pan y un cántaro de agua. Demasiado agotado como estaba

para reflexionar en semejantes circunstancias, comí y bebí ávidamente. Luego inicié un viaje exploratorio en torno a mi calabozo. El suelo, aunque parecía ser de una materia dura, era traidor por el limo que en él había. Avancé unos cuantos pasos, pero pese a mis precauciones resbalé y caí violentamente de bruces. No noté al principio, en la confusión de mi caída, una circunstancia que hallándome todavía en el suelo llamó mi atención. Era que mi barbilla se apoyaba sobre el suelo del calabozo, pero mis labios y la parte superior de la cabeza, aunque parecían colocados a menos altura que la barbilla, no descansaban en parte alguna. Al mismo tiempo, me pareció que mi frente se empapaba en un vapor viscoso, y que un extraño olor a setas podridas llegaba hasta mi nariz. Me estremecí al alargar el brazo, pues descubrí que había caído al borde mismo de un pozo circular, cuya extensión no podía medir en aquellos momentos. Tocando las paredes precisamente debajo del brocal, conseguí arrancar un trozo de piedra y la dejé caer en el vacío. Presté atención a sus rebotes durante algunos segundos. En su caída chocaba contra las paredes del pozo. Lúgubremente se hundió por último en el agua, despertando estridentes ecos. Al mismo tiempo escuché un ruido sobre mi cabeza, como el de una puerta abierta y cerrada instantáneamente, a la vez que un diminuto rayo de luz conseguía atravesar la oscuridad para apagarse de inmediato.

Entonces vi la suerte que se me preparaba con toda claridad, y pude felicitarme por el oportuno accidente que, de momento, me había salvado. Un sólo paso más que hubiera dado y el mundo no me habría vuelto a ver. Tenía aquella muerte, que logré evitar a tiempo, ese carácter fabuloso que había considerado típicamente absurdo en las historias sobre la Inquisición. Las víctimas de su tiranía no tenían más alternativa que la muerte, con sus crueles agonías físicas o con sus torturas morales abominables.

Temblando, retrocedí a tientas hasta la pared y pensé que me dejaría morir antes que afrontar el ho-

rror de los pozos que mi imaginación multiplicaba por las tinieblas de la celda. Quizá en otros momentos habría tenido el valor suficiente para acabar con mis miserias de una sola vez lanzándome a uno de aquellos abismos. Pero entonces me dominaba la cobardía. Me era imposible olvidar, por otra parte, lo que había leído con respecto a aquellos pozos, donde se decía que la extinción repentina de la vida era un sueño imposible.

La agitación de mi ánimo me tuvo despierto durante algunas horas, al cabo de las cuales el sueño me venció nuevamente. Cuando desperté hallé de nuevo junto a mí un pan y un cántaro de agua. De un trago vacié el cántaro, pues me consumía una sed abrasadora. Algo debían de haberle echado al agua, ya que apenas hube bebido sentí unos deseos de dormir irresistibles. Caí en un profundo sueño similar al de la muerte. Nunca he podido saber cuánto duró, pero al abrir los ojos pude al fin distinguir los objetos que me rodeaban. Una extraña claridad sulfurosa, cuyo origen al principio desconocía, me permitió ver el aspecto y la magnitud de mi prisión.

La forma general del recinto era cuadrada. Lo que había creído mampostería parecía ser hierro u otro metal dispuesto en planchas enormes. Toda clase de emblemas repulsivos y horrosoros embadurnaban groseramente la superficie de aquella construcción metálica. Figuras de demonios con gestos amenazadores, con formas de esqueleto y otras imágenes del horror más realista, llenaban las paredes en toda su extensión. Si los contornos de tales monstruosidades estaban suficientemente claros, los colores parecían manchados y estropeados por efecto de la humedad. El suelo era de piedra. En su centro había un pozo circular de cuya boca había yo escapado, pero no ví que hubiese algún otro más en el recinto.

Todo ello lo percibí confusamente, después de hacer un gran esfuerzo, ya que mi situación física había cambiado bastante durante el sueño. Estaba acostado de espaldas sobre una especie de armadura de ma-

dera muy baja, y atado con una larga cinta que parecía de cuero. Se enrollaba en distintas vueltas alrededor de mi cuerpo, y únicamente dejaba libres la cabeza y el brazo izquierdo. Tuve que hacer un violento esfuerzo, sin embargo, hasta lograr alcanzar el alimento que contenía un plato de barro dejado a mi lado sobre el suelo. Me di cuenta con verdadero terror que el cántaro había desaparecido, y digo con terror porque una sed intolerable me devoraba las entrañas. Entonces creí que el plan de mis verdugos consistía en exasperar esa sed, ya que, además, el alimento que contenía el plato era carne salada hasta la saciedad.

Al levantar los ojos y examinar el techo, descubrí que se encontraba a una altura de unos treinta o cuarenta pies, y por su construcción se parecía mucho a las paredes laterales. Llamó mi atención, en una de sus caras, una figura de las más singulares. Parecía una representación pintada del Tiempo, tal y como se acostumbraba a representarle, aunque en lugar de la guadaña mantenía un objeto que, a primera vista, creí que se trataba de un gran péndulo como el de los antiguos relojes. Había algo en aquella máquina, sin embargo, que me hizo mirarla con más detenimiento.

Se encontraba situada exactamente encima de mi cabeza, y mientras la observaba mirando hacia arriba creí ver que se estaba moviendo. Poco después tal idea se confirmó. Se trataba de un balanceo corto y, por tanto, muy lento. Con alguna desconfianza, y sobre todo con extrañeza, lo estuve observando durante unos minutos. Al cabo de vigilar su fastidioso movimiento me cansé y volví mis ojos a los demás objetos que me rodeaban. Atrajo mi atención un ruido leve. Por el suelo cruzaban ratas enormes. Sin duda, salieron del pozo que yo podía distinguir a mi derecha. Mientras las contemplaba subieron en tropel a toda prisa, con ojos voraces y atraídas por el olor de la carne. Gasté mucha atención y un gran esfuerzo hasta lograr apartarlas.

Media hora después, o quizá una hora —no me era

posible medir el tiempo con exactitud— alcé nuevamente los ojos, y lo que vi me sorprendió en gran manera. El camino del péndulo había aumentado casi una yarda y, como natural consecuencia, también había crecido mucho su velocidad. Aunque lo que me impresionó con mayor fuerza fue comprobar que había descendido visiblemente. Vi entonces con el consiguiente espanto, que su extremo inferior estaba formado por media luna de acero brillante, cuya distancia de un cuerno a otro sería aproximadamente de un pie. Ambos cuernos se dirigían hacia arriba, y el filo inferior, con toda evidencia cortante como una navaja barbera, también lo parecía a pesar de su aspecto macizo y pesado, ya que se ensanchaba desde el filo. Ajustado a una gruesa varilla de cobre, todo el conjunto silbaba ahora moviéndose en el aire. La horrible ingeniosidad monacal me había preparado, sin duda alguna, una suerte espantosa. Los inquisidores habían previsto mi descubrimiento del pozo, imagen del infierno, cuyos horrores habían sido reservados para un hereje tan temerario como yo. Pero un accidente fortuito me había salvado de caer en él. Habiendo fracasado mi caída en el pozo, no figuraba en el demoníaco plan arrojarme a él. En consecuencia, estaba destinado, sin alternativa alguna, a una muerte distinta y más dulce. ¡Dulce! En mi agonía, pensando en el uso singular que yo hacía de esta palabra, casi sonreí.

Durante interminables horas de horror, más que mortales, conté las vibraciones oscilantes del acero. Línea a línea, pulgada a pulgada, descendía gradualmente, efectuando un descenso sólo apreciable a intervalos que para mí eran más largos que siglos. Y seguía bajando, cada vez más, cada vez más...

Tal vez pasaran días, muchos, antes de que llegase a balancearse lo bastante para llegar a abanicarme con su aire acre. El olor del acero afilado hería mi olfato. Cansé al cielo con mis súplicas, rogándole que hiciera descender más rápidamente el péndulo. En mi frenético terror, llegué a enloquecer lo bastante como para

hacer esfuerzos a fin de incorporarme e ir al encuentro de aquella cimitarra espantosa. Y luego, de pronto, inexplicablemente, se apoderó de mi una gran calma y permanecí tendido, sonriendo incluso a aquella muerte brillante como podía sonreír un niño a un hermoso juguete.

Luego transcurrió un corto intervalo de insensibilidad perfecta. No me pareció que el péndulo hubiera descendido una altura apreciable al volver a la vida. Es posible, sin embargo, que aquel tiempo hubiese sido larguísimo. Existían seres que tomaban nota de mi desvanecimiento, yo lo sabía, y que a su capricho podían detener la vibración. Como resultado de una enorme inanición sentí un malestar y una debilidad indecibles al volver en mí. La naturaleza humana suplicaba su sustento incluso entre aquellas angustias. Extendí mi brazo izquierdo tan lejos como mis ligaduras me lo permitían, con un esfuerzo penoso, y logré apoderarme de un pequeño sobrante que las ratas se habían dignado dejar en el plato. Me llevé un trozo a la boca, y un extraño pensamiento de alegría, incluso de esperanza, se alojó en mi mente. Sin embargo, ¿había algo de común entre esa esperanza y yo? Se trataba de un pensamiento informe. El hombre tiene con frecuencia ideas de esta naturaleza que nunca se completan. Comprendí que la débil llama de esperanza había venido a mi socorro no se sabe de dónde, pero también que había muerto al nacer. Inútilmente me esforcé en completar esa idea que me ofrecía la lejana posibilidad de escapar de mi encierro, pero los largos sufrimientos habían anulado casi completamente las facultades ordinarias de mi espíritu. Y me vi como un imbécil, como un idiota incapaz de razonar coherentemente.

El plano en que el péndulo oscilaba formaba con mi cuerpo un ángulo recto. La cuchilla había sido dispuesta, según vi, de modo que atravesara la región del corazón. Primero rasgaría la tela de mi traje, para volver luego y repetir la operación una y otra vez. A pesar de la gran dimensión de la curva recorrida

—unos treinta pies, más o menos— y la silbante energía de su descenso, que incluso hubiera podido cortar las murallas de hierro, todo cuanto podía hacer, en resumen, y durante algunos minutos, era simplemente rasgar mi traje.

Me detuve en este pensamiento, ya que no me atrevía a ir más allá de él. Con sostenida atención insistí en él, como si esa insistencia hubiera podido parar allí el descenso de la cuchilla. Incluso empecé a pensar en el sonido que produciría ésta al pasar sobre mi traje, y en la extraña y penetrante sensación del roce de la tela sobre los nervios. Pensando en todas esas cosas una y otra vez, los dientes me rechinaban.

Se deslizaba cada vez más bajo, cada vez más bajo... Yo encontraba un raro placer, una frenética sensación de euforia, comparando su velocidad de arriba abajo con su velocidad lateral. Ahora hacia la derecha, ahora hacia la izquierda. Luego se iba lejos, lejos, y volvía después con el chillido de un alma condenada hasta llegar a mi corazón, con el furtivo andar del tigre. Según me dominase una u otra idea, yo aullaba o reía alternativamente. Siempre más bajo, incesante, inevitablemente más bajo...

Mis ojos seguían el vuelo ascendente de la cuchilla y su caída con el ardor de la desesperación más enloquecida. La idea de la muerte constituía un alivio indecible. Y sin embargo, temblaba con todos mis nervios al pensar que bastaría que la máquina descendiera un grado para que se precipitara sobre mi pecho el hacha afilada y reluciente. Mis nervios tensos hacían encoger todo mi ser a causa de la esperanza. Era la esperanza triunfante aún sobre el potro, que escuchan todos los condenados a muerte, incluso en los calabozos de la Inquisición.

Aproximadamente diez o doce oscilaciones, según comprobé, pondrían el acero en contacto inmediato con mi ropa. Y al hacer esta observación entró en mi ánimo la calma condensada y aguda de la desesperación. Se me ocurrió que la correa que me ataba era de un solo trozo. Estaba atado con una ligadura conti-

nuada. La primera mordedura de la cuchilla de la media luna, efectuada en cualquier lugar de la correa, tenía que desatarla lo suficiente para que mi mano la desenrollara de mi cuerpo. ¡Pero qué terrible era, en ese caso, su proximidad! El resultado de la más ligera sacudida habría de ser mortal. Por otra parte, ¿habrían previsto o impedido esta posibilidad los secuaces del verdugo? ¿Era probable que en el recorrido del péndulo atravesasen mi pecho las ligaduras? Temblando al imaginar frustrada mi débil esperanza, la última realmente, levanté mi cabeza lo bastante para ver bien el pecho. La correa cruzaba mis miembros estrechamente, juntamente con todo mi cuerpo, en todos sentidos, menos en la trayectoria de la cuchilla.

Inmediatamente, con la energía de la desesperación, intenté llevar a la práctica una idea insólita. Desde hacía mucho tiempo, cerca del caballete sobre el que me hallaba acostado, se encontraba un número incalculable de ratas. Atrevidas, tumultuosas y voraces, fijaban en mí sus ojos rojos, como si no esperasen más que mi inmovilidad para hacer presa. «¿A qué clase de alimento —pensé— se habrán acostumbrado en ese pozo?»

Pese a todos mis esfuerzos, las ratas habían devorado todo el contenido del plato, a excepción de una pequeña parte. Mi mano se acostumbró a un movimiento de vaivén hacia el plato. Pero, a la larga, la uniformidad maquinal de ese movimiento le había restado eficacia. Aquella plaga, en su voracidad, dejaba señales de sus agudos dientes en mis dedos. Con los restos de la carne aceitosa y picante que aún quedaba, froté vigorosamente mis ataduras hasta donde me fue posible hacerlo, y hecho esto retiré mi mano del suelo y me quedé inmóvil y sin respirar.

Lo repentino del cambio y el cese del movimiento hicieron que los voraces animales se asustaran al principio. Pero semejante actitud —algunos de ellos incluso habían regresado al pozo— no duró más que un momento. La glotonería les atrajo nuevamente

hacia mí. Viéndome sin movimiento, algunas de las ratas más atrevidas se encaramaron por el caballete y olisquearon la correa. Me pareció el preludio de una invasión general. Y, en efecto, un nuevo tropel surgió del pozo. Se agarraron a la madera, la escalaron y a centenares saltaron sobre mi cuerpo. Nada las asustaba el movimiento regular del péndulo. Lo esquivaban y trabajaban activamente sobre la engrasada tira. Se apretaban moviéndose, e incesantemente se amontonaban sobre mí. Sentía que sus fríos hocicos buscaban mis labios, que se retorcían sobre mi garganta...

Estaba yo medio sofocado por aquel peso que constantemente se multiplicaba. Un asco espantoso, como ningún hombre ha sentido en el mundo, saturaba mi pecho y helaba mi corazón como un pesado vómito. Un minuto más y me daba cuenta de que la operación habría terminado. Sobre mí sentía perfectamente la distensión de las ataduras. Me daba cuenta de que en más de un sitio habrían de estar cortadas. Continué inmóvil, con una resolución sobrehumana.

Mis cálculos demostraron ser exactos. No habían sido vanos mis sufrimientos, y no tardé en sentir que estaba libre. La correa colgaba en pedazos en torno a mi cuerpo. Sin embargo, el movimiento del péndulo se efectuaba ya sobre mi pecho. La estameña que me cubría había sido atravesada, y cortada la camisa. Tras dos nuevas oscilaciones, un dolor agudo atravesó mis nervios; sin embargo, había llegado el instante de salvación. Mis libertadoras huyeron tumultuosamente a un ademán de mis manos. Con tranquilos y decididos movimientos, prudente y oblícuo, lento y aplastándome contra el banquillo, me deslicé fuera del alcance de la cimitarra. Estaba libre, al menos por el momento.

¡Libre, sí! Pero seguía en las garras de la Inquisición. Había escapado de mi lecho de horror, apenas hube dado unos pasos por el suelo de mi calabozo, y el movimiento de la máquina infernal cesó. La vi subir atraída hacia el techo por una fuerza invisible. Aquello constituyó una lección que llenó de desespe-

ración mi alma. Sin ninguna duda, todos mis movimientos habían sido espiados. Escapé de la muerta bajo una determinada agonía, sólo para ser entregado a algo peor que la muerte misma y bajo otra nueva forma. Fijé convulsivamente mis ojos en las paredes de hierro que me rodeaban, y observé un cambio que en principio no pude apreciar claramente, pero que se había producido con toda evidencia en la habitación. Varios minutos estuve distraído, lleno de ensueños y escalofríos. Me perdí en conjeturas vanas e incoherentes. Pero me dí cuenta por primera vez del origen de la luz sulfurosa que iluminaba la celda. Provenía de una grieta de media pulgada de anchura que se extendía en torno del calabozo en la base de las paredes que, de ese modo, parecían y en efecto lo estaban, completamente separadas del suelo. Intenté mirar por aquella abertura aunque, como puede imaginarse, inútilmente. Al levantarme desanimado se descubrió a mi inteligencia, de pronto, el misterio de la alteración que la celda había sufrido.

Comprobé que, aunque los contornos de las figuras pintadas en las paredes fuesen suficientemente claros, los colores parecían borrosos y alterados. Ahora acababan de tomar un sorprendente e intensísimo brillo que daba a aquellas imágenes fantásticas y diabólicas un aspecto temible. Pupilas demoníacas, de una viveza siniestra y feroz, se clavaban sobre mí desde mil sitios distintos, donde yo anteriormente no había sospechado que se encontrara ninguna, y brillaban con un fulgor lúgubre que, aunque vanamente, quería considerar como producto de mi imaginación. Pero no era así. Me bastaba respirar para traer hasta mi nariz un vapor de hierro enrojecido. Por el calabozo se extendía un olor sofocante. A cada momento se reflejaba un ardor más profundo en los ojos clavados en mi agonía. Sobre aquellas pinturas sangrientas se extendía un rojo cada vez más oscuro. Yo estaba jadeante, respirar me costaba grandes esfuerzos. No cabía duda sobre el deseo de mis verdugos, los más demoníacos y despiadados de todos los hombres.

Me alejé del metal ardiente dirigiéndome al centro del calabozo. Frente a aquella destrucción por el fuego, la idea de la frescura del pozo se desparramó por mi alma como un bálsamo. Me lancé hacia sus bordes mortales, dirigí hacia el fondo mis miradas. La inflamada bóveda resplandecía iluminando sus cavidades más ocultas. Sin embargo, durante un minuto de desvarío, mi espíritu se negó a comprender la significación de lo que veía. Al fin aquello penetró en mi alma a la fuerza, triunfalmente. Se grabó a fuego en mi corazón y en mi razón estremecida. Con un grito me aparté del brocal, y escondiendo mi rostro entre las manos lloré de amargura. El calor aumentaba rápidamente, y levanté una vez más los ojos, temblando en un acceso febril. En la celda se había operado un segundo cambio, y este se efectuaba evidentemente en la forma. Intenté inútilmente, como la primera vez, apreciar o comprender lo que sucedía. Pero no me dejaron en la duda mucho tiempo. La venganza de la Inquisición era rápida, y dos veces la había frustrado. Era imposible luchar por más tiempo con el rey del espanto. En un principio la celda había sido cuadrada. Pero ahora comprobaba que dos de sus ángulos de hierro eran agudos y, en consecuencia, obtusos los otros dos. Con un gruñido, con un gemido sordo, aumentaba rápidamente el terrible contraste.

La forma de la estancia se había convertido en la de un rombo. Pero semejante transformación no se detuvo allí. Ya, ni esperaba ni deseaba que se parase. Hubiera llegado a los muros ardientes para aplicarlos contra mi pecho como si fueran una vestidura de paz eterna. «La muerte —me dije— cualquier muerte menos la del pozo». ¡Insensato! ¿Cómo no pude comprender que el pozo era necesario, que aquel pozo único era la razón del hierro candente que me sitiaba? ¿Resistiría yo su calor? Y aún suponiendo que pudiera resistirlo, ¿podría sostenerme contra su presión?

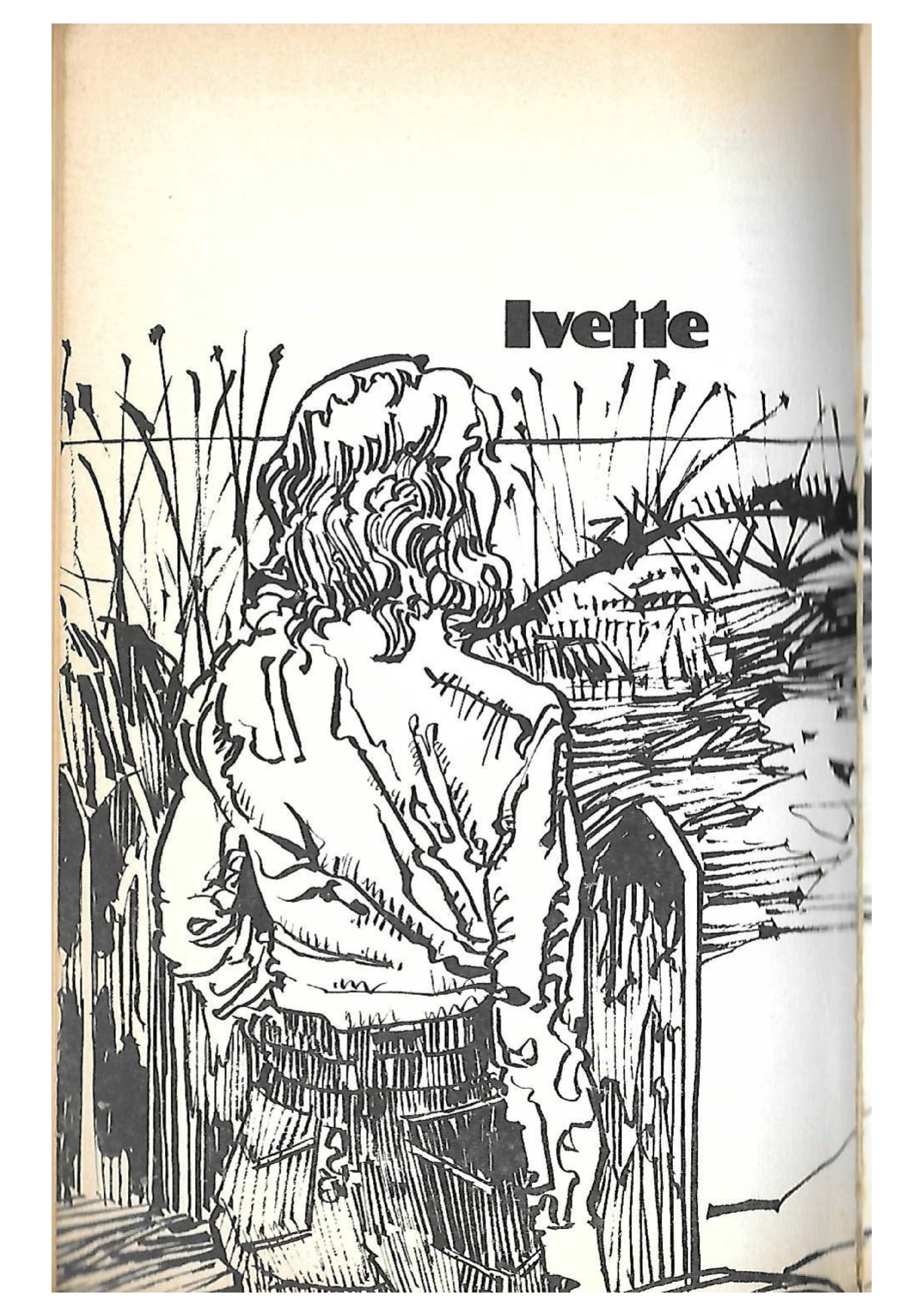
El rombo seguía aplastándose, aplastándose con tal

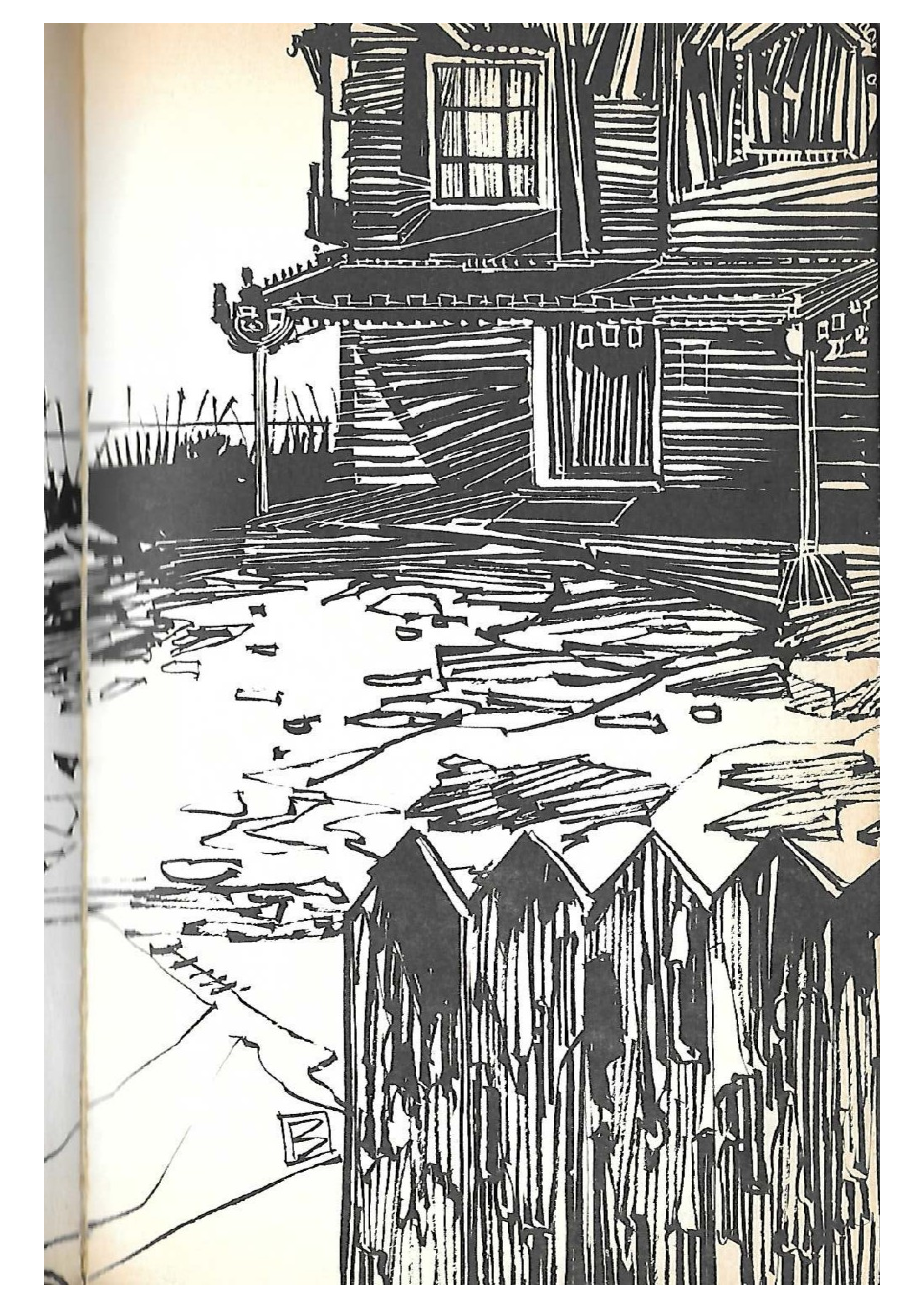
rapidez que ni siquiera me dejaba tiempo para pensar. Su centro, colocado sobre la línea de mayor anchura, coincidía justamente con el abismo del pozo. Intenté retroceder, pero al unirse los muros me empujaban con una irresistible fuerza. Mi cuerpo, quemado y retorcido, apenas encontró sitio. Apenas hubo lugar para mis pies en el cada vez más reducido suelo de la prisión. Y ya no luché más. Aunque la agonía de mi alma se exteriorizó en un fuerte y prolongado grito de desesperación. Me di cuenta de que vacilaba sobre el brocal...

De pronto, los muros de fuego se echaron rápidamente hacia atrás. Un estruendoso ruido de voces humanas, un huracán de trompetas, un rugido atronante. Y cuando ya casi me precipitaba en el abismo, un brazo logró asir el mío, impidiendo la caída. Era el brazo del General Lasalle. Acababan de entrar en Toledo las tropas francesas y, en consecuencia, la Inquisición había perdido repentinamente, todo su poder.



Ivette





Ivette

Arnold Rossman

Le gustaban los niños y la casa se encontraba cerca de la playa... Ante tan tentadora oferta de trabajo, ¿qué más le daba que la señora de la casa insistiera en llamarla Yvette?



ESTIMADA señorita: He recibido su carta en respuesta al anuncio que mandé insertar en el periódico solicitando una institutriz para mis hijos durante los meses de verano. Como me parece que usted reúne las condiciones exigidas, le ruego se persone lo antes posible en la residencia de Playa Pequeña donde recibirá instrucciones para cumplir su cometido. Atentamente: Leonor de Chanteray. Posdata: ¿No le importará que me dirija a usted llamándola Yvette en lugar de hacerlo por su verdadero nombre? Gracias.»

Sofía descendió del autobús que volvió a ponerse en marcha al instante, y tomando su pequeña maleta cruzó la carretera en dirección al cartel en forma de flecha que se encontraba situado unos metros más allá.

A pesar del polvo que lo cubría, los caracteres blancos eran todavía visibles, y sobre la superficie metálica algo oxidada por el paso del tiempo podía leerse: «Playa Pequeña». Y en letras algo más menudas, que Sofía tuvo que dejar al descubierto limpiando el polvo con sus dedos, rezaba: «Un kilómetro».

Mientras la muchacha descifraba la placa comenzó a oírse el ruido de un motor y a los pocos instantes un lujoso deportivo frenaba bruscamente junto a ella. El conductor, que velaba sus ojos mediante gafas de sol, dejó caer su brazo izquierdo por fuera de la ventanilla y tamborileó sobre la chapa de la portezuela mientras examinaba detalladamente a la joven. Un instante después, tras humedecer con su lengua el labio superior, dijo:

—¿Puedo ayudarle en algo, señorita?

Sofía rechazó cortésmente el ofrecimiento, y tomando su maleta se adentró por el caminillo que, según el cartel indicador, conducía a Playa Pequeña.

—¿Va a bañarse, nena? —dijo el conductor del deportivo—. Ese es un lugar muy solitario, puede hacerlo desnuda.

La joven continuó su camino con la mirada puesta en el pequeño bosque que se divisaba a unos trescientos metros, y cuando oyó que el vehículo reanudaba su marcha, anduvo algunos pasos más y a continuación volvió la cabeza para asegurarse de que el maduro donjuán motorizado había desaparecido definitivamente.

El camino se adentraba en el bosquecillo durante un corto trecho, y al salir de los linderos de la zona arbolada, Sofía pudo contemplar el mar reverberante y perezoso a aquella hora de la tarde. Allá abajo, junto a una zona arenosa, estaba la casa rodeada por una valla de tablas que en algunos puntos aparecían caídas por el suelo. El sendero descendía en pronunciada pendiente y Sofía consideró que acceder en coche a Playa Pequeña exigiría una pericia respetable y una buena dosis de paciencia.

Al aproximarse a la casa fue rodeando la valla para entrar por la puertecilla practicada en el lado más cercano a la costa, aunque no hubiera tenido dificultades para atravesar la empalizada por varios sitios en que su continuidad se veía alterada por la ausencia de tablas o por el derrumbamiento de unas cuantas. Pensó, no obstante, que no sentaría buen precedente,

en el caso de que alguien estuviera observándola, si penetraba en la propiedad por vez primera de una forma no muy ortodoxa.

Llegó pues a la parte frontal de la finca y al no hallar ningún tipo de llamador entró en el cercado empujando la puertecilla de madera.

Conforme se iba aproximando al edificio, Sofía advirtió que tenía todo el aspecto de estar abandonado. Algunos de los cristales de las ventanas estaban rotos, una cornisa del piso alto colgaba a punto de desprenderse, y la puerta de tela metálica que protegía el interior de la entrada de insectos batía sobre el marco a impulsos de la tórrida brisa.

La joven subió las escaleras del porche y tras llamar varias veces sin obtener respuesta alguna entró en la casa.

—¿Hay alguien? —repitió varias veces, pero nadie acudió a sus llamadas.

Depositando su maleta sobre el parquet de la amplia habitación del piso bajo, la muchacha esperó unos instantes por si aparecían los dueños de la casa, pero como no fue así salió de nuevo al exterior.

La playa estaba desierta, y por los alrededores no se divisaba ser viviente alguno como no fueran algunas aves marinas que se hallaban posadas sobre una roca vecina a la costa y graznaban ácremente dándose picotazos.

—¿Señora Chanteray? —llamó Sofía elevando la vista hacia la fachada del edificio—. ¿Señora Chanteray? —repitió—. Y durante un momento creyó ver a alguien tras los cristales de una de las ventanas del piso alto, pero después advirtió que se trataba del reflejo de una nube en un cristal hendido.

Dedujo que si había alguien en el edificio tenía que haberla oído, aunque también resultaba posible que los hipotéticos habitantes de la villa estuvieran realizando alguna excursión por los alrededores. Por todo lo cual, se sentó en unas de las hamacas que había en el porche, tras haberla sacudido para limpiarla del polvo acumulado sobre la lona, y esperó.

Cuando hubo transcurrido algo más de media hora sin que nadie diera señales de vida, Sofía entró de nuevo en la casa y se decidió a realizar una pequeña visita de inspección.

Llamando de vez en cuando a la señora Chanteray, para no ser sorprendida con apariencia de fisgonear si alguien se presentaba de repente, subió a las habitaciones superiores y fue entrando en ellas una por una. Todas presentaban el aspecto de no haber sido habitadas durante largo tiempo, todas excepto una que aparecía limpia y ordenada lo mismo que un pequeño cuarto de baño anejo a ella y que tenía toda la apariencia de ser la habitación del servicio.

En la planta baja los muebles del gran salón principal estaban cubiertos por una gruesa capa de polvo que se hacía más patente sobre la oscura superficie de un gran piano de cola, y junto a la chimenea, en la que podían verse restos de una lumbre reciente, había desperdigadas varias latas de conserva vacías y algunas botellas de coca-cola, como si el edificio hubiera servido de refugio temporal a algunos ocasionales excursionistas.

Unicamente la cocina presentaba un aspecto pulcro y aseado; daba la impresión de que alguien hubiera realizado una limpieza a fondo el día anterior preocupándose de que el área dedicada al servicio apareciera dispuesta para ser habitada.

De pronto le pareció que fuera se oía el ruido de un motor, y mirando desde la ventana de la cocina pudo ver que una destartalada camioneta descendía por el abrupto sendero en dirección a la casa. Por un momento Sofía pensó que el conductor no iba a ser capaz de detener el vehículo a tiempo y que iba a precipitarse en el mar como consecuencia de la imparable carrera cuesta abajo, pero al llegar junto a la empalizada la camioneta realizó un brusco giro y frenó violentamente a la vez que toda la carrocería lanzaba gemidos lastimeros. Hubo luego como un agónico estornudo y el motor del vehículo se detuvo.

Sofía salió al exterior y vio que un hombre vestido

con un grasiento mono se aproximaba a la casa llevando sobre el hombro una gran caja. Al llegar junto al porche el conductor de aquel asmático vehículo le dio las buenas tardes y depositó el cajón en el suelo.

—Aquí tiene las provisiones —dijo, y Sofía vio que la caja estaba llena de alimentos de toda clase incluyendo varias botellas de vino.

—Me parece que no hay nadie —dijo la muchacha—. ¿Quiere que se lo pague yo?

—Oh, no —dijo el del mono—. Esto ya está pagado; esto y la misma cantidad de provisiones durante este mes y el próximo. ¿Es usted la nueva dueña de la casa?

—No, no lo soy —repuso Sofía—. Yo acabo de llegar empleada por la señora Chanteray para cuidar de los niños durante el verano.

—¿Cómo dice? —preguntó el hombre frunciendo el entrecejo. Y como la joven repitiera su respuesta, el chófer, despojándose de la gorra y pasando el dorso de su mano por la frente para limpiarse el sudor, manifestó—: Se trata de una broma, ¿no?

—Nada de eso —dijo Sofía mostrando la misiva—. Le aseguro que no soy ninguna intrusa, esta carta acredita que es verdad lo que acabo de decirle.

El hombre del mono leyó el escrito y mirando fijamente a Sofía dijo:

—Me temo que le han tomado el pelo, señorita. La señora Chanteray murió hace hoy justamente un año.

—¿Qué dice? —preguntó la joven—. Aquí afirma que se me contrata para cuidar de sus niños durante estos dos meses.

—El yate de los señores Chanteray naufragó en algún lugar de la bahía cuando se encontraban a bordo la señora y los niños. Estas aguas son muy profundas, y no se pudo dar con el barco por más que se rastreó. El cuerpo de la señora Chanteray no apareció, aunque sí los de sus hijos de corta edad, que el mar arrojó a una playa cercana a los pocos días.

—No comprendo... —comenzó a decir Sofía—. Había un anuncio...

—Créame señorita, le han tomado el pelo miserablemente. Algún desaprensivo que se dedica a esas cosas.

—Pero yo escribí una carta a estas señas y esta es la respuesta de la señora Chanteray.

—Esa carta la puede haber escrito cualquiera. Aquí no viene nadie desde hace cerca de un año excepto uno de los sacerdotes de Santa María una o dos veces al mes. Dice su misa, se cuida un poco del panteón y se va.

—¿No acaba de decirme que no encontraron el cadáver de la señora Chanteray? —preguntó Sofía.

—Y es cierto, pero también le he dicho que el mar devolvió el de los niños, y su padre consiguió un permiso especial para enterrarlos aquí.

—¿El señor Chanteray? —preguntó la joven cada vez más sorprendida.

—Está internado en una clínica mental. Al conocer la noticia de la muerte simultánea de su mujer y de sus hijos sufrió una impresión tan grande que por poco pierde la razón.

—¿No hay algún pariente... alguien...?

—No, que yo sepa.

—¿Qué hago yo ahora? —se preguntó Sofía reflexionando en voz alta.

—Ya me extrañé cuando mi mujer me dio el recado —dijo él refiriéndose a la caja de provisiones—, pero lo más seguro es que se trate de una confusión. Cuando le hablan por teléfono lo entiende todo al revés. ¿Quiere venirse conmigo al pueblo? —preguntó el de la camioneta mirándola detenidamente de arriba a abajo.

Sofía meditó unos instantes, pero terminó por triunfar su lado razonable, o al menos así lo creía ella.

—Me parece que debo pasar aquí la noche; al fin y al cabo hay una habitación dispuesta para mí. Si por la mañana no ha aparecido nadie saldré a la carretera y tomaré el autobús de vuelta.

—¿Lo cree prudente? —preguntó el conductor—. Yo no soy en absoluto partidario de los aniversarios,

y hoy se cumple justamente un año de aquel suceso.

—¿Hay por aquí mucha delincuencia? —preguntó—. Y como el conductor le dijera que no, añadió—: Eso es lo único que podría preocuparme. Los fantasmas no me asustan.

—¡Cuidado! —exclamó el chófer arrojándose sobre Sofía y empujándola dentro del porche. Un instante después un gran fragmento de cornisa caía sobre las escaleras pulverizándose.

Sofía se hizo un bocadillo con algunas provisiones que el tendero se empeñó en regalarle y buscando en su maleta acabó por encontrar la pequeña radio de transistores. Alguien debería aparecer para darle una explicación conveniente; no se pone un anuncio en el periódico ni se paga una sustanciosa cantidad de dinero por anticipado si el asunto no es absolutamente formal.

Cuando hubo terminado de comer comprobó con cierto alivio que en la casa había luz, y abriendo un grifo obtuvo un abundante chorro de agua aunque no fresca.

Ardía en deseos de tomar una ducha, pero, por si acaso en el ínterin llegaba alguien a buscarla, no se atrevía a encerrarse en el cuarto de baño. Se le pasó por la imaginación la idea de darse un baño en el mar, así tenía la posibilidad de refrescarse y no perdía de vista la entrada de la casa, pero aplazó la decisión para un poco más tarde. Caso de que apareciera entre tanto el que la había contratado, si existía tal persona, no dejaría de parecer singular tener que presentarse surgiendo de las aguas como una Venus de servicio.

A lo que no renunciaba era a cambiarse de atuendo, así que tomó la maleta, y entrando en el que supuso que sería su cuarto, se despojó de los polvorientos vaqueros y se puso un vestido.

Al ir a depositar el reloj sobre la mesilla de noche reparó en un sobre que no había visto la primera vez que entró en el cuarto. Escrito a mano con la misma letra puntiaguda de la carta aparecía su nombre, me-

jor dicho el que la firmante Leonor de Chanteray deseaba usar por un extraño capricho en lugar del suyo.

«Ivette —decía la carta— me temo que hasta la noche no podré darle la bienvenida, pero confío en que habrá encontrado todo de su agrado. Le ruego que, hasta que pueda darle mis instrucciones en persona, procure que los niños se duerman al oscurecer; en esto soy muy severa, y aunque le parezca superfluo no deje en modo alguno (subrayado) de leerles los cuentos que encontrará junto a sus camas».

Sofía permaneció largo rato sin saber qué hacer ni qué pensar hasta que de pronto la luz se hizo en su cerebro, por lo menos una luz relativa: lo que no se le había ocurrido hasta entonces era que el bromista podría haber sido el imbécil de la camioneta. Seguramente se había acercado a la playa con intención de bañarse o a cualquier otra cosa y no había resistido a la tentación de embromarla en el peor estilo. Con toda probabilidad a aquellas horas estaría comentando con un grupo de amigos lo divertido de la chanza.

No del todo convencida, pero sí más tranquila por aquel razonamiento y por el hallazgo de la carta, recorrió de nuevo la casa y como todavía estuviera desierta encendió la luz del salón, se sentó confortablemente y buscó música en la pequeña radio.

En cierto momento le llamó la atención una gigantesca caracola depositada sobre la superficie de una mesa. Aproximándose a ella la tomó en sus manos, y examinándola detenidamente se admiró de la perfección de su forma y de la belleza de sus colores irisados. Al aplicarla a su oído escuchó tan perfectamente el sonido del mar, el murmullo de sus olas y el hervor de las resacas sobre la playa, que poco faltó para que debido a aquella magnífica impresión se le escapara la concha de sus manos. Al momento comprendió que el sonido del océano real, del que se encontraba a menos de cien metros, y el eco producido en aquella espiral nacarada, amalgamándose en su cerebro producían aquella curiosa sensación.

Cuando ya separaba la caracola de su oído creyó oír que alguien había pronunciado su nombre, el nombre de Ivette, pero no podía estar segura de si se había tratado de algo real o de un efecto sonoro debido a una mezcolanza entre su imaginación, que comenzaba a dar muestras de agitarse, y el eco de la caracola. Echó una ojeada fuera y volvió a sentarse.

Esta vez sí: El nombre de Ivette había sido claramente pronunciado en la cocina, de manera que, apagando la radio, Sofía entró en aquella habitación que aparecía desierta. ¿Acaso habría sido el viento lo que al golpear la puerta unido al sonido emanado de la radio le había dado la impresión de escuchar aquel nombre?

Iba ya a abandonar la cocina cuando oyó de nuevo una especie de doble voz burbujeante que la llamaba desde algún lugar cercano al fregadero. Se aproximó con recelo a las pilas y abrió uno de los grifos. Un violento y entrecortado chorro de agua se estrelló contra el fondo y la salpicó obligándola a dar un paso atrás. Al misma tiempo, unido al explosivo borbotón, el eco de una voz surgida de los grifos susurró: «Ivette».

Ya no estaba segura de si se trataba de una broma que le había gastado su imaginación o de algo real. En el primero de los casos lo más indicado era demostrarse a sí mismo que todo era una fantasía, y si de veras alguien había pronunciado su nombre era que ese alguien existía y estaba allí en carne y hueso.

Se le ocurrió que cualquiera de las dos opciones exigían una demostración de buen sentido y clarificación de las cosas. Puesto que en la parte superior de la casa no había nadie, y ya que la extraña llamada había partido de los grifos, era preciso investigar en el subsuelo.

Ni corta ni perezosa buscó el acceso a la planta de los sótanos, y cuando dio con la puerta que conducía a ellos descendió decidida por la escalera. En aquella planta inferior no había nada ni nadie extraordinario: una especie de bodega mugrienta, una habitación con

trastos viejos, otra estancia con la caldera de la calefacción que a juzgar por su aspecto no debía de encenderse nunca, y... Sí; otra habitación cuyas puertas metálicas estaban herméticamente cerradas.

Golpeó con energía los batientes y ya se disponía a decir «¿Hay alguien ahí?» cuando un sentido de la prudencia que no era característico en ella le hizo contenerse.

Recordó entonces que, colgada de una alcayata en una de las paredes del salón, había visto una llave de regulares dimensiones, y a juzgar por el recuerdo que de ella conservaba debía de ajustarse perfectamente a aquella cerradura.

Regresó de la planta superior con la gran llave y la introdujo en la cerradura intentando abrir. Al instante, y sin necesidad de grandes esfuerzos, la llave giró y las puertas se abrieron franqueándole el paso.

Tanteó con la mano la pared hasta que sus dedos dieron con un interruptor. Lo pulsó y al instante se hizo la luz, una luz difusa y reverencial, si así pudiera definirse; una luz tamizada por melífluos filtros que iluminó suavemente la cámara sepulcral.

Frente a ella había un pequeño altar, tras del cual, unas lámparas encastradas en la pared iluminaban una vidriera que fingía ser herida por la luz del sol y derramaba por la pequeña estancia un pálido arco iris en el que predominaban los amarillos color miel y los verdes pálido. A la parte derecha del ara dos lápidas gemelas cubrían la boca de dos nichos practicados en el muro, y aquello era todo lo que había en la estancia salvo un reclinatorio sobre el cual alguien había olvidado varios libros de cuentos infantiles.

Sofía no experimentó un miedo excesivo, tan sólo un ligero escalofrío recorrió su espina dorsal cuando su vista se posó en el reclinatorio. Notó incluso que un cierto espíritu de reto surgía de su interior, e impulsada por un insensato sentido del deber alentado con aquel ánimo de desafío que pocas veces la abandonaba, recogió los cuentos, se sentó en el reclinato-

rio dando la espalda a la puerta y comenzó a leer en voz alta.

«Todos los niños del mundo, menos uno, crecen. Y no sólo crecen, sino que en seguida saben que han de crecer. Nuestra Wendy lo supo del modo siguiente:

Cierto día, cuando sólo contaba dos años, estaba jugando en un jardín; arrancó una flor y corrió a llevársela a su madre. Es de suponer que debía estar encantadora, pues la señora, poniéndose una mano sobre el corazón, exclamó: ¡Oh! ¿Por qué no habías de quedarte así para siempre?»

«—¿Por qué no habíais de quedaros así para siempre?» —repitió para sí, e interrumpiendo la lectura se aproximó a las dos lápidas para leer los nombres de los dos niños muertos. «¡Pobre señora», exclamó para sus adentros.

De pronto, con un fortísimo estrépito, las puertas de la cámara se cerraron de golpe debido quizá a una corriente de aire. Sofía se levantó rápidamente y aproximándose a la entrada se dio cuenta de que había quedado encerrada.

Trató de abrir por todos los medios, buscó algún pasador que permitiera separar las dos hojas a un tiempo y violentar la barra del pestillo, pero todo fue inútil. A punto de perder la serenidad golpeó varias veces en la puerta, cuando de pronto notó que por la parte inferior comenzaba a entrar agua.

En principio se quedó confusa, pero luego comprendió que estaba a punto de provocarse una inundación. En su precipitado descenso al sótano no se había acordado de cerrar el grifo de la cocina, y el agua había encontrado un camino fácil al correr escaleras abajo hacia el subsuelo.

Durante más de media hora forcejeó inútilmente con la puerta, y al detenerse para estudiar más científicamente el modo de salir, notó que sus pies chapoteaban en el agua que había alcanzado ya una altura de cerca de dos centímetros en el interior de la cámara.

Un terrible pensamiento comenzó a hacer presa en ella. Se dio cuenta de que como algo no lo remediera iba a perecer ahogada por un descuido estúpido y de una forma absolutamente insólita. No en el mar como aquellos niños y su madre, si es que también ella había fallecido, sino que iba a ahogarse bajo tierra.

Acuciada por aquel horroroso futuro, renovó sus golpes en la puerta, y de pronto alguien le respondió desde el otro lado. Una voz apagada por el espesor de los batientes gritó:

—¡Hijos míos! ¡Hijos míos!

Y a impulsos de un fuerte golpe que derribó por tierra a Sofía, las puertas se abrieron y en el umbral apareció la figura de un hombre. La muchacha rodó hasta las proximidades del altar y golpeándose contra un saliente perdió el conocimiento.

Cuando volvió en sí se hallaba en el que parecía ser su cuarto y sentado junto a ella, aplicándole paños húmedos en la frente, estaba el conductor del coche deportivo que le había ofrecido ayuda en la carretera aquella misma tarde.

—¿Quién es usted? —preguntó Sofía pretendiendo incorporarse.

—No se mueva, querida, todavía está demasiado débil.

—¿Quién es usted? —volvió a preguntar la joven.

—¿No le parece que esa pregunta tenía que hacérsela yo? —dijo el caballero, y añadio:— Soy Philippe de Chanteray.

—Oh, Dios mío, usted es...

—El propietario de esta casa. Y ahora, si se encuentra mejor —dijo el señor de Chanteray...— Pero, yo la conozco..., ¿no estaba en la carretera con una maleta esta tarde?

—Sí —repuso Sofía—. He venido... —vaciló—. He venido contratada por su esposa como institutriz.

El señor de Chanteray se levantó como un rayo.

—¿Está usted loca? —exclamó— Mi esposa falleció hace un año.

—Oh, Dios mío —se quejó Sofía—. Qué dolor de cabeza...

—Vamos, tranquilícese, querida. No trate de incorporarse —dijo el caballero aplicando un paño sobre la frente de la joven—. Y ahora dígame: ¿Quién es usted realmente?

—Acabo de explicárselo —dijo la muchacha—. Tengo unas cartas —añadió señalando su bolso que el caballero le alargó.

—Esta no es la letra de mi difunta esposa —manifestó el señor de Chanteray—, sino una burda imitación. ¿Se llama usted Ivette?

—No —repuso Sofía.

—¿No cree que esta macabra broma no tiene ninguna gracia?

—Ya le he dicho que no lo comprendo.

—Por un momento cuando oí los golpes en la puerta del panteón creí... —reflexionó el dueño de la casa—. La espero en el salón señorita. Y salió bruscamente.

Sofía bajó al cabo de quince minutos. Se había vuelto a cambiar de vestido y aparecía más relajada después de la ducha, aunque el color no había vuelto del todo a sus mejillas. El señor de Chanteray la miró de tal modo cuando descendía por las escaleras que por un momento recordó la lúbrica ojeada que le lanzara desde el coche deportivo hacía algunas horas.

—Siéntese, Ivette —dijo.

—No me llamo Ivette —repuso Sofía.

—Lo siento, nuestra institutriz se llamaba así. ¿Cómo puedo llamarla?

—Mi nombre es Sofía —dijo la joven.

—¿Le apetece tomar algo?

La muchacha observó que junto a la entrada estaba el cajón de las provisiones.

—Me retrasé algunas horas —explicó el señor de Chanteray—. De ahí el malentendido con Simpson;

es un simple, y su mujer le tiene horror al teléfono. Menos mal que pasé por la tienda antes de venir y lo traje en mi coche.

La muchacha denegó el ofrecimiento y el dueño de la finca le preguntó:

—Ahora, dígame: ¿qué hacía en el sótano?

Sofía le explicó pormenorizadamente todo lo ocurrido desde su llegada a la casa, y el señor de Chanteray la escuchó sin apartar sus ojos de ella ni un sólo instante.

—¿No le dijo también Simpson que yo estaba internado en un sanatorio psiquiátrico?

—Sí —repuso Sofía que había omitido voluntariamente este punto en su narración.

—No tiene nada que temer, querida —dijo el señor de Chanteray cuyos ojos recorrieron el cuerpo de la muchacha con evidente placer—. Hace algún tiempo que me dieron de alta. Sufrí una gran depresión cuando... —y su voz se ahogó en un sollozo.

—Lo siento de veras —comentó Sofía.

—He pasado una temporada atroz —continuó el caballero—. Tratamientos terribles que no me hacían efecto, un encierro de clausura, y sobre todo... ¡Oh, Ivette, si usted fuera comprensiva! —dijo finalmente aproximándose a Sofía.

—Mi nombre no es Ivette —repuso ella poniéndose a la defensiva.

—Querida Ivette —repitió el señor de Chanteray por cuyos ojos cruzó una nube de tormenta—. No me puedes rechazar ahora, vida mía. Hemos de darnos prisa. Hoy es el día señalado, y dentro de poco tiempo se presentará Leonor.

Sofía se dio cuenta de que tenía que habérselas con un desequilibrado que seguramente había engañado a los médicos del sanatorio con una conducta aparentemente normal, lo que había provocado que le dieran de alta.

—¿Se refiere a su esposa? —preguntó la joven con precauciones.

—Hoy es el día en que surgirá del mar para hacer

una visita a sus hijos. ¡Oh, Ivette! ¿Por qué me obligaste a hacerlo? —preguntó.

La muchacha se puso en pie lentamente procurando no hacer ningún movimiento brusco que pudiera alarmar al dueño de la casa, y fingiendo naturalidad dijo:

—Ahora sí que aceptaría la copa que me prometió.

Philippe se dirigió a la cocina en busca de un sacacorchos para abrir una de las botellas de vino mientras Sofía reflexionaba velozmente acerca de la actitud que le convenía adoptar. Al cabo de un instante el caballero estaba de vuelta con una botella de vino y dos copas.

—¿Por qué lo hizo? —preguntó Sofía retadora, empezando a comprender el motivo de la depresión del señor de Chanteray.

—Por tu amor querida. Apenas llegaste para hacerte cargo de los niños no pude pensar más que en hacerte mía para siempre.

—¿Cómo lo hiciste? —inquirió la joven dándose cuenta de que estaba obrando de manera insensata.

—Del modo en que lo planeamos. Cuando tu te llevaste a los niños a dar un paseo y Leonor salió a navegar en el balandro yo había procurado que el agua comenzara a penetrar lentamente bajo la línea de flotación. ¡Cómo iba a suponer...! —sollozó.

—Que yo me fui sola y los niños salieron al mar con su madre... —aventuró Sofía temerariamente.

—He cometido un crimen monstruoso —dijo entre lamentos el señor de Chanteray—. ¡Pobres hijos míos! Por eso tú no puedes marcharte ahora y abandonarme.

—Y tú escribiste la carta solicitando una institutriz...

—Te juro que no he sido yo —dijo Philippe mirando fijamente a Sofía—. Sé que ella vuelve del mar algunas noches para vigilar a los niños. Se ha dado cuenta de que le hace falta alguien en quien poder confiar ya que ella se está pudriendo poco a poco en el fondo del abismo donde yace el balandro.

—Y has abandonado el sanatorio a escondidas... —siguió diciendo Sofía con una tranquilidad que a ella misma le resultaba extraña.

—He venido porque imaginaba que estarías cuidando a los niños, Ivette —dijo el señor de Chanteray aproximándose a la joven—. No puedes rechazarme ahora que he descendido a estos abismos por tí. Sé que Leonor vendrá esta noche a visitar a sus hijos, pero antes de que eso ocurra ya nos habremos ido. No me queda más remedio que arrostrar las consecuencias de este horroroso crimen cometido en las personas de mis pobres niños, pero tu amor me dará fuerzas para soportar esta carga el resto de mis días —y añadió con voz profunda—: Ven, amor mío.

Sofía creyó llegado el momento de pasar a la defensiva tras haber obtenido aquellas sorprendentes revelaciones a riesgo de su personal integridad.

—Tenemos tiempo Philippe —dijo con cierto temblor en su voz—. Todo el tiempo del mundo.

—Huyamos —repuso él mirando en dirección al mar—. Leonor desea vengarse y quizá por eso nos ha reunido de nuevo aquí esta noche. Cuando suba la marea vendrá con ella y para entonces no debemos estar aquí. Y diciendo estas palabras se abalanzó sobre Sofía con una fuerza tal que la muchacha sintió que no tenía posible escapatoria.

El señor de Chanteray recorrió el cuerpo de la muchacha con manos temblorosas y de súbito comenzó a arrancarle sus ropas. Sofía, realizando un tremendo esfuerzo, le dio un empujón y aprovechando su confusión echó a correr escaleras arriba refugiándose en la habitación y cerrando la puerta con llave.

El señor de Chanteray la siguió y comenzó a golpear en los batientes.

—¡Ivette! ¡Ivette! —susurraba roncamente—. Todo lo hice por ti. Mis hijos... —sollozó—. No me dejes.

Sofía abrió la ventana e inspeccionó la fachada a la luz difusa proveniente del mar por si tenía necesidad

de una fuga precipitada, pero comprobó con espanto que la cornisa estaba en tan lamentables condiciones que no podía arriesgarse a poner en ella un pie sin el peligro de precipitarse en el vacío.

—¡Ivette! —gemía el señor de Chanteray—. Déjame entrar, cariño. ¿No ves que está subiendo la marea? ¡Ivette!

De súbito, y antes de que Sofía pudiera reaccionar, se oyó un fuerte golpe en la puerta y los batientes se abrieron de par en par a la vez que el señor de Chanteray entraba en la habitación. La joven se refugió detras del lecho y el caballero, dando un salto feroz, se precipitó sobre ella y besó su boca apasionadamente.

Cuando Sofía recobró la conciencia de sí misma se hallaba desnuda sobre la cama. No sabía cuánto tiempo había transcurrido desde que fue víctima del feroz ataque del vesánico señor de aquella casa, pero comprobó al instante que estaba sola y sobreponiéndose al debilitado estado de su cuerpo se vistió como pudo y con todas las precauciones del mundo se dispuso a bajar las escaleras.

No había rastro de Philippe, y la joven atravesó el salón de la planta baja temiendo que en cualquier momento aquel demente se abalanzara sobre ella, pero no fue así. Al cruzar por la puerta que daba acceso a las escaleras del sótano vio luz y supuso que el señor de Chanteray estaba en el panteón llorando la muerte de sus hijos.

Salió al vestíbulo sin dejar de mirar a un lado y a otro y a continuación al porche. Una luna ominosa rielaba sobre el mar.

Atravesó precavidamente la distancia que la separaba de la verja de tablas, y al enfilar el caminillo que había de conducirla hasta la carretera, vio horrorizada que una figura de mujer surgía lentamente de las aguas.

La horrenda aparición vestía una larga túnica cuyos pliegues empapados se adherían a su cuerpo y sus

largos cabellos cubiertos de algas caían fláccidos sobre sus hombros. Una vez que aquella fantasmal visión pisó la arena de la playa se encaminó directamente hacia Sofía, que inició una loca carrera perseguida por la Venus macabra.

De súbito, Sofía vio que el coche deportivo del señor de Chanteray continuaba detenido junto a la parte posterior de la casa y cambiando de dirección corrió hacia él. La aparición la siguió velozmente, y la muchacha, sabiendo que moriría de terror si el vehículo no se encontraba abierto, redobló sus esfuerzos y llegó hasta donde se encontraba el coche. Tiró bruscamente de la portezuela y comprobó aliviada que las llaves estaban puestas. Las hizo girar un cuarto de vuelta y el motor del coche rugió obediente a la aceleración que Sofía imprimió al pedal correspondiente. Acto seguido, y cuando aquel horror se precipitaba sobre el vehículo, la joven lo puso en marcha y golpeó frontalmente al fantasma pasando a continuación sobre él.

Se oyó un grito espantoso y comprendiendo que ya no tenía nada que temer, Sofía detuvo el automóvil y volvió sobre sus pasos. Aplastado sobre el camino yacía agonizante el señor de Chanteray; una húmeda peluca se desprendió de su cabeza, y con mano temblorosa el hombre se arrancó parte del vestido. Después miró atrabiliariamente a Sofía y dijo entre estertores de muerte:

—Nunca te lo perdonaré Ivette, ni tampoco a mi marido. Os atormentaré el resto de vuestros días por haber asesinado a mis hijos para saciar vuestra asquerosa pasión... ¡Maldita! —exclamó—. ¡Maldita tú y maldito él para siempre! —Y dando un gran suspiro torció inverosímilmente la cabeza y con los ojos en blanco expiró.

Sofía notó que la abandonaban sus fuerzas, y con paso vacilante se encaminó a la casa. Ascendiendo penosamente por las escaleras llegó hasta su habitación y se tendió sobre la cama donde fue encontrada al día siguiente por la policía y los doctores de la clí-

nica psiquiátrica de la que había huido el señor de Chanteray.

—Lo he matado —sollozó la muchacha cuyo rostro estaba cubierto por una palidez cadavérica.

—No debe culparse de esa... llamémosla «doble» muerte —repuso uno de los doctores.

Sofía le miró perpleja.

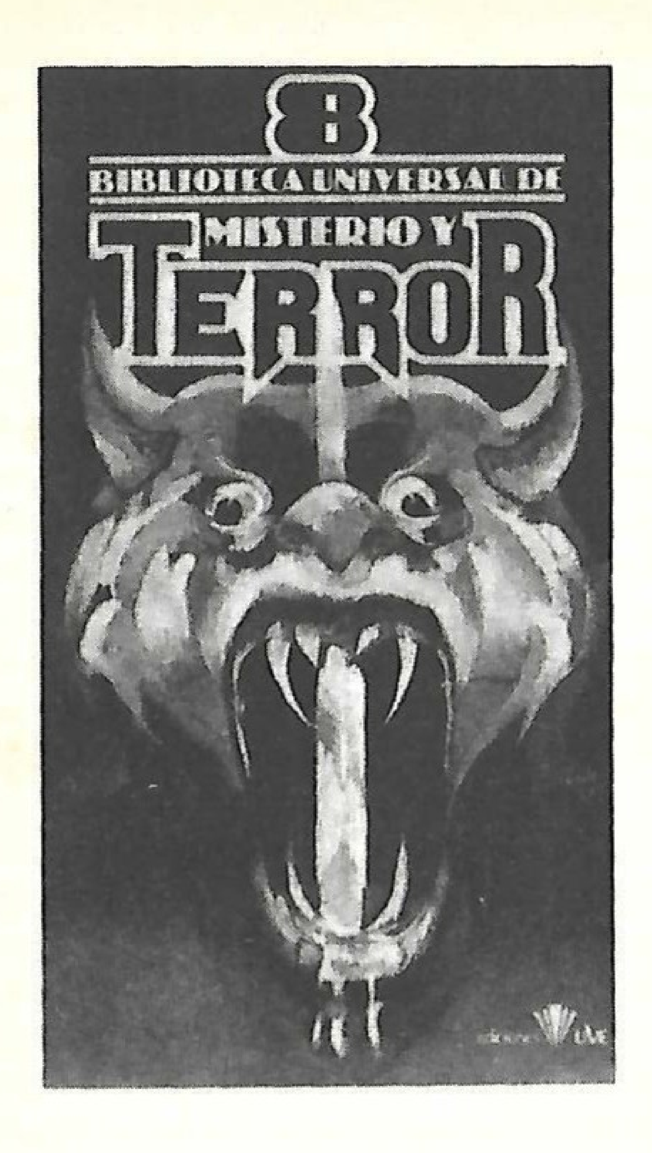
—Escuche señorita —continuó el doctor—, el señor Chanteray enloqueció al saber que por un capricho del destino había asesinado no solamente a su esposa, lo que pretendía hacer en colaboración con Ivette, la institutriz, sino también a sus hijos. Sintiéndose culpable de aquella horrenda muerte se trastornó de tal modo que surgió en él una doble personalidad. Por una parte era el señor de Chanteray, que todavía deseaba a Ivette y, por otra, asumió la personalidad de su mujer y urdió un plan de venganza en el que usted se vio azarosamente envuelta.

El doctor alargó a Sofía un vaso de agua en el que había disuelto un sedante y continuó:

—El problema del señor de Chanteray, en su esquizofrenia, estribaba en la necesidad de satisfacer sus dos personalidades. Por una parte su personalidad de señor de Chanteray se satisfaría con la presencia de una Ivette que él, en su locura, tomó por la original; y por otra su personalidad de Leonor, su esposa, procuraba un cuidado de los niños que su trastornado cerebro creía vivos a veces debido a que esta parte de sí mismo se negaba a aceptar tan criminal acción. Entonces, según se deduce de su narración, poseyó a Ivette como señor de Chanteray, lo que no le fue perdonado por su otra personalidad y surgió de las aguas disfrazado de Leonor dispuesto a vengarse de la institutriz que con su llegada a Playa Pequeña había desencadenado todos los acontecimientos.

Sofía bebió otro sorbo del vaso que contenía el sedante con la esperanza de que un sueño reparador la hiciese olvidar todo el horror de las últimas horas.

PROXIMA APARICION



EL HOMBRE QUE SE PERDIO EN LA NIEBLA

EL PANTEON DE LOS UGARTE

EL SECRETO DE LI WONG

LA CIERVA

ENIGMATICA TIA ELVIRA

LA CASA DEL JUEZ

EL GUARDAGUJAS

RR

7

LA CAJA FUERTE

PUERTA CONDENADA

EL TUNEL

LLAMADA AL MAS ALLA

EL POZO Y EL PENDULO

IVETTE